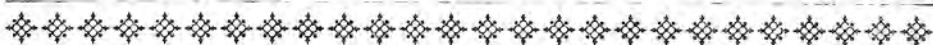


AUTOBIOGRAFIA
DE
JUAN MIGUEL ACEVEDO



INTRODUCCION

Cuatro años ha que había empezado a escribir esta obra, cuando llegó a mis manos la filosófica carta que en junio de 72 dirige el sabio y erudito doctor Ricardo de la Parra al señor José Caicedo Rojas. La lectura de esta carta hizo caer la pluma de mis manos y destruyó mis borradores. Me encontraba con un hombre sumamente estudioso, que se me había adelantado en sus dudas y en su estudio sobre religión. El doctor Parra, nacido y criado en una familia creyente y muy piadosa, no había podido resistir al deseo, que en muy temprana edad, le vino de buscar la verdad en la religión. Los caminos que tomó en esta investigación lo honran altamente, en ellos se descubre su juicio, su buena fe y su probidad. El asiduo estudio de los idiomas para ayudarse con él en su propósito de hallar la verdad, son una garantía de este juicio y dan al contenido de su carta un enorme peso. No buscó el apoyo de sus dudas, en oposición al romanismo: le buscó en la más remota antigüedad; en la historia; en el origen de las religiones, allí encontró por todas partes el sentimiento religioso dominado por los intereses y pasiones del hombre. De sus profundos estudios salió la carta que dio muerte a mis borradores. Me hallé muy pequeño ante este hombre; mis ideas, aunque muy de acuerdo con las de este sabio, no podían exhibirse con la solidez con que él había presentado las suyas; me fue pues preciso abandonar el propósito de combatir los abusos de Roma y sus satélites.

Luego vienen las pérfidias excitaciones de los obispos del Cauca y de Antioquia y la torpe ingratitud del clero, y con esto vuelvo a alentarme en mi idea de combatir el romanismo. Compré una resma de papel y al prepararme a dar principio a mi tarea, estalla la revolución con el horrible carácter de cruzada religionaria, y al propio tiempo es atacada mi amada compañe-

ra de una fuerte y peligrosa enfermedad que la pone en peligro de muerte. Estos acontecimientos terribles para mí me anonadan y me dejan en la impotencia de continuar en mi empresa.

Terminada la revolución, restablecida un tanto la salud de mi esposa, perdonados los atentados del clero, y siguiendo este en su propósito de no dar descanso a su patria, doy principio a mi obra con esta introducción y dedico este trabajo a todos los católicos romanos, con la esperanza de librar a algunos de ellos, incluso los clérigos, de las garras de la vetusta y corrompida Roma.

Mis lectores, si es que los he de tener, no deben esperar una obra bien escrita, esto no es posible; soy un campesino sin instrucción, impulsado por el amor a la verdad y a la justicia por el sincero deseo del bien de la humanidad, por mi natural repugnancia a la superchería y al engaño para dominar y convertir en rebaños los pueblos. Puedo estar engañado en mi modo de ver y de apreciar los hechos, pero afirmo que procedo de buena fe, y que por lo que anhele es por la verdad, y con ella el bien del hombre, su dicha posible. A pesar de mi carácter investigador, no he podido consagrarme por entero en mi larga vida, al estudio de la humanidad y del modo de influir en ella los hechos y acontecimientos que ella misma crea. Mi pobreza que me ha obligado a dedicarme al trabajo, la numerosa familia a que pertenezco con sus acontecimientos prósperos y adversos; los encantos del hogar, que arrastran, entretienen y seducen, todo esto ha venido robándome una gran parte del tiempo que podía haber consagrado al estudio. Verdades muchas ya presentadas al mundo por escritores competentes en el tono propio del saber, vengo a repetir en el estilo de la buena fe aunque en el tono brusco, natural a un campesino que no tuvo estudios. Los literatos delicados deben, sobre todo, ser indulgentes al sentirse mortificados con una mala redacción y un estilo ordinario.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

FAMILIA—NACIMIENTO—INFANCIA—PRIMERA JUVENTUD DE CAMPESINO
AL LADO DE MI MADRE

Quién he sido; quién soy; cuáles mis progenitores; qué causa han sostenido la mayor parte de los individuos de la familia a que pertenezco. Cuáles son los senderos que me han llevado a mi apostasía y por los que he hallado mis íntimas y profundas convicciones en política y religión. Cuáles han sido mis ocupaciones; cuáles mis estudios. Desde cuándo he dejado de creer en la Divinidad de Jesucristo y en su existencia en la hostia. Todo esto, y algo más que aparecerá en esta biografía, no deja de tener alguna importancia en mi apego a Dios, en mi aferramiento a mi alma, en mi amor a Jesucristo, considerándolo tan grande como hombre, como pequeño como Dios: últimamente en mi tremendo y descomunal ataque a Roma, creyéndola la autora de gran parte de las desgracias y males que agobian y afligen a todos los cristianos.

El día veinte de octubre del año de mil ochocientos siete, vine a este mundo. Sin articular más sonido que el llanto; con escasísimo uso de mis sentidos, sin ningún conocimiento de mi existencia, fui mandado por mis padres a la pila bautismal donde se me inscribió en el rebaño de Roma. Mi padre fue el ilustre prócer de la Independencia José Acevedo Gómez. Perdió su posición, perdió su fortuna, se vio precisado a abandonar su numerosa familia y vino a morir en una montaña desierta después de más de un año de crueles sufrimientos. Ofrendó su vida en las aras de la independencia y libertad de su patria. Mi madre Catalina Tejada Nieto de Paz, digna matrona, perseguida y

arruinada con su numerosa familia por los pacificadores don Pablo Morillo y don Juan Sámano. Mi tío Ignacio, hermano mayor de mi madre, ausente de su patria al tiempo de la revolución, cuando se reconquistó nuestra independencia y se fundó la Gran Colombia, fue nombrado ministro plenipotenciario ante la Corte romana, con el principal objeto de recabar de ella el reconocimiento de nuestra independencia, cuestión sumamente grave para el papado. Conseguido el reconocimiento, continuó en aquel destino, y de acuerdo con el ilustre general Santander, se entablaron otras gestiones, entre ellas la reducción de días de fiesta. El Papa opuso gran resistencia a esta solicitud. El ministro pidió al vicepresidente la estadística del crimen en Colombia, y habiendo resultado un ochenta por ciento, poco más o menos, de delitos cometidos en los días de fiesta, el Papa con este argumento consintió en la reducción que se solicitaba, excluyendo de ello las fiestas de la Virgen.

Mi tío Dionisio, otro hermano de mi madre, era militar al servicio del rey. Abrazó la causa de la independencia de su patria. Fue nombrado general y gobernador de la provincia de Antioquia, y allí cayó prisionero de las tropas del rey. Preso en el colegio de Santo Tomás y gravemente enfermo, el general Morillo, temiendo que muriera sin fusilarlo, mandó poner un banquillo en la plaza de San Francisco y lo hizo llevar en una frazada a aquel punto para darle allí muerte; rindió pues su vida por la independencia y libertad de la patria.

Uno de los hijos de mi tío Ignacio marchó a Venezuela a combatir contra las tropas del rey. Cayó prisionero con otros oficiales en manos del feroz Monteverde, quien los hizo encerrar en una pieza, donde los mandó matar a lanzazos, *para ver cuánta sangre daban esos insurgentes*. Rindió también su vida por la patria.

Mi hermano mayor, Pedro, se encontraba estudiando en el Colegio del Rosario cuando se dio el grito de independencia. Joven de quince años, dejó los estudios y se enroló en el ejército que a órdenes del general Nariño marchó al Sur, y en una de las gloriosas batallas que dio este general, fue herido en una pierna. Derramó también su sangre sosteniendo la independencia. José, otro hermano mío, se enroló en el ejército de Colombia a la edad de catorce años; llegó a general por escala rigurosa: derramó también su sangre y regó con ella el árbol de la libertad

en un combate en que recibió una herida que lo invalidó por algún tiempo. Más tarde, mi primo hermano Luis Vargas Tejada, luchando contra la dictadura y huyendo de la cuchilla del dictador, se ahogó en un caudaloso río, dando así la vida en defensa de la independencia y libertad de su patria. Mi cuñado Juan José Neira, después de haber luchado contra las huestes españolas, volvió a tomar las armas en oposición a la dictadura del general Urdaneta, y en esta lucha derramó también su sangre defendiendo la misma causa de la libertad e independencia de su patria. Ahora, el año próximo pasado mi sobrino Manuel Vinagre Neira, nieto de Neira y de una de mis hermanas, rindió también su vida luchando heroicamente en la memorable batalla de Los Chancos, en defensa de la independencia y de la libertad de la patria, atacada alevosamente por los enemigos de la República, y tras la máscara de religión.

Acaso se me criticará que en esta autobiografía presente los sacrificios hechos y la sangre derramada por los míos en defensa de una santa causa; pero encontrándome muy falto de suficiencia ¿qué otra carta de recomendación podría presentar que me captase la indulgencia de mis compatriotas y copartidarios?

Triunfante el ejército libertador en la batalla de Boyacá, reconquistada la independencia en el interior de la República, mi madre pobre y con su numerosa familia volvió a establecerse en Bogotá. Su primer cuidado fue ponernos a mi hermano Alfonso y a mí en la escuela. Cuando ella creyó que ya podía yo pasar a recibir instrucción secundaria, me puso en una aula de gramática latina, de que era catedrático el doctor Francisco de P. López Aldana. Como a los veinte días de encontrarme en mi nueva escuela, un estudiante travieso, sin ser visto, hacía tiros con maíz a la cara del catedrático; éste sin poder descubrir al delincuente, se irritó y ordenó que se nos diezmara, condenando a recibir seis azotes al que tuviera la fortuna de que le tocara el diez. Fui uno de estos favorecidos. Mi sorpresa fue grande; nadie me había tocado. Sin haber cometido la menor falta, habiendo cumplido fielmente con mis lecciones, me veía condenado a sufrir una pena vergonzosa; lloré y no me faltaron palabras con qué defender mi causa; fui oído y se me conmutó la pena en cuatro ferulazos en lugar de los seis azotes a que se me había condenado. El ejecutor de esta sentencia fue un patán bárbaro que me dejó las manos inflamadas por dos días.

El paso para estudiar las lecciones se hacía en los corredores bajos del Colegio de San Bartolomé. En el corredor que da sobre la entrada estudiábamos los cachifos principiantes. En el que da al frente, los más adelantados; entre estos últimos se encontraba el inquieto, el vivo y atrevido aristócrata Juan Clímaco Ordóñez. No tardó en descubrir que yo estaba enteramente descalzo. Mi madre por pobreza y por ideas de republicanismo me había puesto a estudiar así. Al tiempo de dar la señal el motilón de que había terminado el estudio, Ordóñez con algunos compañeros, al grito de “a sacar el patojo a la calle” se me echaron encima y lograron darme tres golpes o capotazos. Al día siguiente tomé mis precauciones y logré burlar las intenciones de mi gratuito enemigo. Al tercer día Ordóñez se me adelantó y pudo darme dos golpes. El segundo de estos golpes fue con marcada intención de maltratarme. Al salir de allí hice solemne propósito de dejarme matar, antes que continuar estudiando. Interesé a mi hermano Alfonso en mi suerte y fácilmente nos convinimos en no continuar yendo a la escuela y cambiar el estudio por paseos al rededor de la ciudad. Pronto fue descubierto nuestro ardid. El castigo recayó todo sobre mí. Alfonso fue mimado, puesto en el colegio y bien vestido en traje de colegial. Yo volví a la escuela de Lancáster regentada por el francés Commettant. A pesar de mi humilde traje, luego fui distinguido por el preceptor y nombrado monitor general. El francés no conocía mi familia y por mis vestidos no podía esperar mucho de ella; sin embargo él dirigió a mi madre una esquelita que conservo, y que dice así: “Muy señora mía. La conducta, aplicación y progresos de su hijo J. Acevedo, merecen elogios. Si sigue así, como lo podemos esperar, la llenará a usted de contento, lo que tengo el honor de comunicarle para su satisfacción. Su humilde y obediente servidor—*Commettant*”. Al acercarse el regreso de éste para su patria me instó que le pidiese licencia a mi madre de irme con él, que tenía un hermano muy buen matemático, y que él estaba persuadido de que yo sería un excelente discípulo.

Solicité la licencia, que por lo pronto me fue concedida. Joaquín Vargas Tejada, sobrino de mi madre, la convidó a un paseo a Tabio; mi madre fue y cuando volvió del paseo ya era campesina. Había tomado a su sobrino en subarriendo la estancia del boquerón de Tabio. A la vuelta, mi madre me hizo presente los peligros que corría yéndome con un extranjero desco-

nocido, me comunicó su resolución de retirarse al campo, y me dijo: tus hermanos han tomado la carrera militar, tú no tienes carrera, ¿quieres acompañarme? ¿quieres ser campesino? La pobreza, la injusticia y las falsas ideas de aristocracia me habían cerrado las puertas del templo de Minerva, los libros no eran para mí, me esperaban las herramientas, los surcos y todo lo que es propio de un agricultor pobre. Me hice, pues, agricultor y me entregué del todo a mi profesión de tal.

Me quedaba, para que no muriera del todo mi razón, el gran libro de la naturaleza abierto a todos; en él entra el hombre, con su educación, sus pasiones, sus hechos, su modo de ser y todo lo que lo constituye el ser más importante sobre la tierra; pero para poder estudiar en este gran libro era preciso haber adelantado algunas nociones previas. Para no volverme un bruto, como son generalmente los campesinos pobres, contaba con el auxilio de mi madre. Mujer inteligente, había vivido veinte años con mi padre hombre ilustrado y de talento: había leído, y frecuentado la buena sociedad. Aborrecía las maldades de la inquisición; detestaba la pérfida hipocresía del jesuitismo; criticaba la vagancia y la corrupción de los frailes; se burlaba de los milagros inmorales y ridículos; no admitía espantos ni duendes; criticaba fuertemente las torpezas, las sandeces y pillerías de los curas, ya en su manejo, ya en sus sermones y pláticas. Tal era la madre que me servía de maestra de observación y de crítica. Por otra parte, ella me enseñaba a amar el trabajo, a aborrecer el vicio, a despreciar la mentira. Con estos auxilios pude estudiar algo en el gran libro del mundo. Mi madre me subió de la mano los primeros peldaños de la observación y de la crítica. Sin esto no habría llegado donde hoy me encuentro en materia de íntimas convicciones políticas y religiosas.

De Tabio pasamos al distrito de Guachetá. Hacía poco había pasado un medio motín de indios contra blancos. Los primeros defendían la picota, donde les daban rejo enseñándoles la doctrina; los segundos la atacaban y lograron triunfar y destruirla. En aquel pueblo vi dos vecinos de ruana pintada, cada uno de ellos amarrado del pescuezo con una de las puntas de un lazo y este lazo colgado del cerrojo de la puerta de la iglesia: tenían por delante un tercio de yerba en castigo de no haber venido a comerse a Dios cuando se lo mandaba nuestra Santa Madre Iglesia.

De Guachetá pasamos al distrito de la Calera, donde mejoramos en relaciones. Mi madre tomó a don Luis Tobar una estancia en arrendamiento. El cura de aquel pueblo era el padre Merchán, religioso franciscano, hombre recto, inteligente y pacífico. Por aquel tiempo empezó a agitarse la política y comencé a interesarme en ella. El militarismo se presentaba en oposición a la Constitución y a las leyes y se sentían tendencias a un cambio de gobierno, que nos diera o un presidente vitalicio o un dictador. Los republicanos sinceros levantaban el grito contra estas tendencias, y los partidarios de ellas aumentaban sus filas enrolando en su bando a los enemigos de la república y de la independencia. Formé desde entonces entre los republicanos que se oponían a un cambio en favor del absolutismo. Mi posada en Bogotá era en casa de mi hermano Pedro; él me imponía de todo lo que estaba pasando en política. La temprana muerte de este querido hermano me hizo huésped de mi tío Juan Tejada, hermano de mi madre, republicano y antipapista como el que más. Su erudición en materias de religión era sorprendente. Toda la historia de la Iglesia con sus concilios, cánones, bulas, entredichos y excomuniones, estaba en su cabeza. Muy poco pude aprovecharme de este repertorio. Mis venidas a Bogotá eran a mandado, con vuelta al instante, y el tío regularmente estaba fuera de casa.

En mis faenas de campo, entró la de ir a enlazar una vaca brava que había escondido el ternero. ¡Quién lo había de imaginar! La braveza de esta vaca y la furia y borrachera del fraile que fue a socorrer mi alma en el trance en que ella me dejó, decidieron irrevocablemente de mi fe religiosa; volví para siempre la espalda a Roma.

En unos matorrales logré enlazar la vaca y apenas alcancé para detenerla a dar vuelta con la punta del rejo a un arbusto; al tirón ella cayó y el muchacho que me acompañaba corrió a ponerle otro rejo, al sentirlo la vaca se paró y no pudiendo irse sobre el muchacho se volvió sobre el que la detenía y con la ventaja de tener en su favor más de las tres cuartas partes del rejo, me alcanzó y me dio un golpe tremendo: me paré, ordené al sirviente que fuera a llamarme al mayordomo de la Calera que nos ayudara. Di algunos pasos y volví a caer sin sentido. Viendo el muchacho que no me movía, se me acercó y me encontró privado, fue a avisar a la casa; mi madre, mis hermanas y

las sirvientas vinieron al instante y me llevaron para la casa en una frazada. Serían las dos de la tarde cuando esto sucedía. A las cinco todavía no había vuelto en mí: se llamó al confesor. El cura estaba ausente, y el que lo desempeñaba era un fraile torpe. Llegó por fin, pero según me dijeron venía bravo y medio trastornado. Ya daba yo señales de volver a la vida, el padre pidió agua y me la echó en la cara; esto aumentó mis movimientos e hice esfuerzos por hablar pero no podía articular una palabra. El padre hizo salir la familia; quedé solo con él, sentía que me gritaba y no se cómo fue que me hizo arrodillar y en esta postura me dio un bofetón en la mejilla izquierda: sentí este fuerte golpe y afuera oyeron que mis murmullos se aumentaban pero sin formar palabras. El padre salió y se fue en el momento. Más de media hora después comencé a formar palabras pero todas de indignación contra el confesor; sentía dolor en mi carrillo y veía que mi madre y hermanas estaban bravas con el padre. Quedé propenso a sufrir accidentes de gotacoral y fue tan profunda la impresión que me hizo el trato que me dio el confesor que en el acto que empezaba a volver del accidente prorrumpía en improperios contra los frailes y a gritar que no me fueran a arrimar ninguno. Pero qué mucho, si hoy que han pasado cincuenta y un años de este suceso, todavía siento una impresión desagradable cuando recuerdo que, teniendo yo diez y nueve años, un fraile medio borracho me ha hecho poner de rodillas para darme un bofetón.

Después de dos años de estar en la Calera, mi madre compró un potrero en Usaqué. Pasamos a aquel pueblo a vivir en una casa de teja que está en el camino cerca del lugar. Llegó el tiempo de cuaresma y mi madre me advirtió que debía cumplir con la iglesia. A mí ya no me importaba esto, pero obedecí a mi madre. El cura era un doctor Salgar; al confesarme con él noté que era un hombre inteligente y advertido; él también me conoció. Di principio a mi confesión acusándome de que detestaba a los frailes; que creía que la mayor parte de ellos eran bestias y pícaros; sonriendo mi confesor dio una tácita aprobación a lo que yo decía, y maliciosamente me preguntó ¿que por qué los juzgaba así? Yo también maliciosamente le referí tres hechos: entre ellos, el menos era el que había pasado conmigo en la Calera. Conocí que oía con gusto mis relaciones, no disculpó a los padres y solo me interrogó si al clero también lo quería mal, le contesté que mi afecto o prevención hacia ellos, era según su comportamiento. Esto fue lo importante en mi confesión, lo de-

más fueron boberías que tanto para el confesor como para el penitente, nada significaban. Llegó la hora de comulgar. Confieso que al acercarme al comulgatorio y ver al cura que venía con la hostia en la mano, tuve miedo. Comulgué, me pasé la hostia en el acto y cuando me retiré, lo que sentí fue vergüenza de verme obligado a representar una farsa.

* * *

CAPITULO II

ME SEPARO DE MI MADRE—ENTRO EN LA REVOLUCION DEL VEINTICINCO DE SEPTIEMBRE—SIGO PRESO CON ALGUNOS DE MIS COMPANEROS HASTA EL CASTILLO DE LA VIGIA, EN PORTOCABELLO

Los acontecimientos políticos tomaban ya un carácter serio y grave. El general Bolívar había premiado a los jefes que en Venezuela se habían revelado contra la Constitución y las leyes. Regresaba de su patria con guardia y amenazando. En Bogotá, sus satélites insultaban y cometían tropelías, pero los republicanos estaban resueltos a sostener la Constitución. Me trasladé un día a Bogotá, encontré la ciudad alarmada porque habían circulado noticias que persuadían que era cierto se tramaba contra las instituciones. Vi al coronel Vélez en una esquina de la calle real, subido sobre una mesa, invitando al pueblo a defender la República. Se me dijo, que aquel día se habían alistado más de tres mil hombres para oponerse a los planes del general Bolívar.

Volví contento a casa; referí a mi madre lo que había visto y oído: ella, con risa burlona, me dijo: qué simple eres, no conoces a los patojos tus paisanos; cuando el general Bolívar se acerque, si viene con tropa, los verás disputarse el honor de limpiarle las botas. Cuando mi madre acabó de pronunciar estas palabras hirientes, yo hice propósito de aprovechar la ocasión de salirle al paso si el general Bolívar se proclamaba vitalicio o dictador. Triste es confesarlo; los anuncios de mi madre se efectuaron pero, por mi parte, cumplí mi propósito.

Mi madre vendió el potrero en Usaquén y compró una estancia en Chocontá. Estos continuos cambios de vecindad no son muy favorables para hacer fortuna; pero para el que observa y estudia en el gran libro del mundo, cada distrito a que se llega, es una página más que se estudia.

A poco tiempo de haber llegado a aquel distrito, me mandó mi madre a Fusagasugá a traer a una de mis hermanas que se hallaba allí acompañando a mi hermana Josefa esposa del doctor Diego F. Gómez. De paso, debía traer de Bogotá algunos encargos y hacer varias visitas. El veintidós de septiembre llegué a la ciudad; el veintitrés, en la primera visita que fue en casa de don Manuel Mendoza, una de las hijas de este señor me dijo: usted habrá venido a la revolución que le van a hacer al Libertador? Cómo, exclamé, ¿van a revolucionarse contra el Dictador? Qué, ¿no sabe usted nada y ha venido a la casa de su primo, que es donde se tienen las juntas revolucionarias? Señorita, no sé nada de revolución. Acevedo, desconfía usted de nosotras; no se acuerda que éramos en la Calera las que más apoyábamos a usted en su decisión contra las miras del general Bolívar? Así es, señoritas, pero yo no sé nada de revolución, vengo de paso para Fusagasugá, voy a traer a Concepción mi hermana que está allí, lo primero que oigo de revolución es lo que ustedes me dicen; les ruego a ustedes que guarden silencio, yo sabré todo ahora mismo y salí al momento para mi posada, no hallé a Luis, pasé a la habitación de mi tía Luisa, y le referí lo que me habían dicho donde las Mendoza y me quejé de que Luis hubiera guardado silencio conmigo. A esto me replicó mi tía, tú no debes meterte en esto, estás muy muchacho: le dije, ¿yo muy muchacho cuando voy a cumplir veinte años? Mis hermanos, uno a los catorce y otro a los quince, ¿no se armaron y siguieron a la campaña? ¿Pero tu mamá? Ella ya está acostumbrada a que sus hijos tomen las armas para sostener la libertad, y además, ella prefiere tener amo español que no venezolano.

A esto se presentó Luis y quedó convenido que suspendía mi viaje y me enrolaba en la revolución.

Los acontecimientos se precipitaron: fue preciso dar el golpe el veinticinco. Recuerdo que fui el primero, en aquella noche memorable, en formar en la fila que debía atacar el palacio, y el último en dispersarse.

A las doce menos cuarto marchamos sobre palacio los conjurados. El comandante Pedro Carujo con veinticinco artilleros, sorprendió la guardia, que torpemente se alojaba fuera de la puerta de palacio. Nueve jóvenes nos llevamos por delante todos los centinelas, el retén que se encontraba en el zaguán, y a un edecán, que quiso impedir, espada en mano, la entrada al salón

que quedaba frente a la escalera. Seguimos hasta los dormitorios: en el penúltimo se presentó la favorita del dictador, a quien ella acababa de salvar por el balcón del último dormitorio. El amor y el valor de una mujer habían librado de la muerte al dictador, pero no de su caída del poder, que había empezado a efectuarse desde aquella tremenda noche.

Los conjurados estábamos perdidos. Una compañía del batallón "Vargas de la guardia", que se había puesto en jaque en la plaza, marchó sobre nosotros que ya estábamos en la esquina de palacio, sin saber qué suerte habría corrido el jefe de la artillería en su ataque sobre el batallón "Vargas". Aquella intontona de la compañía sobre nosotros nos puso en evidencia la derrota de los artilleros: estábamos, pues, solos. Los soldados de la guardia, que en virtud de la sorpresa se nos habían reunido, empezaron a fugarse: con esto nuestro peligro aumentaba.

El doctor Florentino González tomó cuatro artilleros y se marchó; los demás jóvenes se fueron dispersando. El comandante Carujo con unos diez y ocho artilleros y el que esto escribe, marchamos para los cuarteles de San Agustín a cerciorarnos de la suerte que le había tocado a la "Artillería". Al llegar a la esquina de la cuadra donde estaban los cuarteles, fuimos detenidos por un *¡alto quién vive!* que respondimos con otro *¡quién vive!* a que nos respondió la guardia con "*¡Vargas de la guardia!*" y una rociada de balas. Tomamos para la plaza, y al llegar a la esquina de Santa Clara nos hicieron unos tiros que nos obligaron a cruzar hacia occidente. Casi al fin de la cuadra sorprendimos unos ocho soldados que, seguramente, iban en persecución de los artilleros derrotados. Darles el *¡quién vive!* intimarles que se rindieran y rendirse, fue obra de un instante. Cruzamos al norte, y al entrar en la calle que hoy es el camellón de la Concepción, nos dieron el *¡quién vive!* que contestó el cabo de los rendidos con un *¡Vargas de la guardia!* esto nos permitió seguir, pero al desembocar en la calle llamada de San Miguel, un oficial con su compañía nos dio el *alto*: los soldados rendidos conocieron a sus camaradas y corrieron a reunírseles; el oficial creyó, por la arrogancia con que le dimos el *¡quién vive!* que nos quedaba mucho de nuestro brío, y que aquellos soldados que corrían hacia él, éramos nosotros que calábamos bayoneta, y se puso en retirada para la plaza.

El comandante Carujo me dijo: "Chiquito, aprovechemos estos instantes, pongámonos en salvo; muchachos, cuando ad-

viertan el engaño se nos vienen encima; estamos perdidos. Sargento, acompáñeme con cuatro soldados". En el instante nos derrotamos: Carujo siguió la dirección que traíamos y los soldados restantes tomaron conmigo calle abajo con un trote más que regular; tres o cuatro trotábamos a la orilla de la pared y los demás por el centro de la calle; de estos quedaron cuatro muertos, según supe después. Cuando llegué al río tomé para el lado de Fucha, pero al salir al camino que va para Fusagasugá advertí que iba sin sombrero y temí que nadie hubiera avisado en casa de Luis nuestra derrota; me volví para Santa Bárbara: mi tía, Luis y el doctor Ezequiel Rojas estaban en el balcón cumpliendo la consigna que se les había dado. Desde la calle no más les dije que estábamos perdidos, Luis me replicó que cómo podía ser eso cuando Pachito Torres les había dicho que habíamos tomado el palacio. En este instante un tropel de caballería llegó a la puerta de San Agustín victoreando al Libertador; con esto se persuadieron de que no había que perder tiempo. Yo entré a la casa y dije a mi tía que obligara a Luis a que se pusiera en fuga para Fusagasugá, y que me botara mi sombrero de viaje y mis ruanas; así que las recibí dije adiós y tomé mi camino. Era viernes y venía mucha gente al mercado y me detenían a preguntarme qué había sucedido en la ciudad: por fortuna sabía yo que don José Leiva, marido de la señora Lucía Caicedo, había venido a Bogotá a curarse de la vista. Mi contestación a todos los que me detenían era, que había revolución y que del susto mi amo Pepe se estaba muriendo, y que me mandaban a "Terreiros" a avisarle a mi *señá* Lucía. Con esto cesaban las preguntas y me daban las señas de "Terreros" que era lo que a mí me importaba. Llegué al deseado "Terreros" como a las tres y media de la mañana. En aquella hora me costó trabajo que oyeran mis golpes; al fin apareció una negra que me dijo que su señora hacía tres días que estaba en cama; le contesté: "dile a tu señora que soy Juan Acevedo, que voy a pie, que hay revolución y van a coger a todos los diputados de la Convención de Ocaña que estuvieron contra la Constitución boliviana y que se teme los maten; que mi cuñado Diego Gómez y mi primo Vargas Tejada fueron de estos diputados; que voy a avisarles para que se pongan en salvo; que si me puede hacer el favor de auxiliarme con una bestia porque temo no alcance a llegar a tiempo". Al instante dio la señora la orden de traerme la bestia y de que me hicieran de almorzar. Un siglo me pareció; tardaron en coger la bestia y entre tanto me dieron chocolate, que jamás tomo, y frito.

La negra me instaba que comiera algo; yo me echaba un bocado, que en la boca se me volvía redondo, áspero y tan seco que no lo podía pasar. ¡Qué ratos tan deliciosos son estos! Un buen macho ensillado me dio esta excelente señora. Seguí mi camino ya más tranquilo.

Temprano llegué a Fusagasugá; pero esperé la noche para pasar por la población. A las siete y media llegué a la hacienda de mi cuñado: cuando estuve cerca de la casa canté alegremente para ocultar a mis hermanas el sobresalto consiguiente a una derrota. Mi hermana Josefa iba a mandarme preparar algún alimento, pero le dije que había comido tarde y que no tenía gana de refrescar. “¿Comiste en la población?”. —No, le repliqué, lo hice en una venta más allá del poblado. —¿En cuál, si en el monte no hay ninguna? Ya mi hermana había notado que algo grave me había pasado, y buscó el medio de tener un aparte conmigo. Al instante que estuvimos solos, me dijo: “tú nos ocultas alguna desgracia muy grande, sea lo que fuere dímelo pronto”. Bien, te diré lo que nos ha pasado, y le referí la noche buena que habíamos tenido, agregándole que era posible que Luis se apareciera de un momento a otro, porque habíamos convenido en reunirnos allí. “Tengo que poner ahora mismo en conocimiento de Diego todo lo que me has dicho; esto es gravísimo”, y en el acto salió mi hermana para el cuarto de mi cuñado y le dijo lo que pasaba; éste se trasladó en el momento a la pieza donde yo estaba. “¡Hombre! exclamó, qué diablura tan grande han hecho, y se les escapó el dictador! ¡Ahora sí nos llevó el demonio, nos llevó el demonio!”. Ya no nos ocupamos sino en tomar precauciones para lo que podía sobrevenir.

Al día siguiente, estando haciendo todos el papel de que nada había pasado, a las once de la mañana se apareció Luis montado en una mulita tan grande como una burra; en silla orejona, vestido de *dandy*, casaca puntiaguda, calzón blanco, pero mugroso, y sombrero de pelo. Tan largo y flaco como era él; con una derrota tan grave en consecuencias como aquella; con un fuerte golpe que le había dado el famoso caballo en que salió de Bogotá; con dos trasnochadas horribles y dejando a su madre y hermanos en grandes conflictos. Con todo esto puede concebirse cuál sería la figura que presentaba mi flaco y desencajado primo. Todos nos desconcertamos; ya no disimulamos ni reímos. Aquel mismo día a las siete de la noche estando refrescando todos reunidos, una criada desde la puerta llamó: “mi

señá Pepa, ¡mi señá Pepa!...". Todos dimos un salto como si fuéramos de caucho, y la criada entregó a mi hermana un papelito en que le avisaban que acababa de llegar tropa en busca de nosotros y que seguía inmediatamente para la hacienda; que nos pusiéramos en salvo. El punto donde debíamos escondernos y el modo de proveernos de alimentos y tener noticia de lo que pasaba, ya estaba arreglado. Mi hermana Concepción debía dejarnos todo en una piedra a la orilla del río. No recuerdo si aquella misma noche o al día siguiente ocupó la tropa la casa de mi cuñado. Dicha tropa permaneció allí, y un esclavo de la casa aseguró que estábamos cerca y en comunicación con la familia, supimos esto en tiempo, y en la noche nos trasladamos a las montañas de Tibacuy. Cansados los oficiales de buscarnos, resolvieron marcharse llevando preso a mi cuñado, seguramente porque recibieron orden para ello. Esto y lo mucho que sufríamos en aquellas montañas, particularmente por las yayas, insecto imperceptible y que lo desuella a uno vivo, nos hizo tomar el partido de salirnos a la sabana. Luis con el ánimo de ocultarse en casa del señor Domingo Caicedo o en la de mi cuñado Neira, y yo con el de tomar mi caballo que lo había dejado donde un pariente y seguir para Chocontá donde mi madre y, si era preciso, esconderme en los páramos de Tilatá. Nos convenimos en separarnos en Sibaté y en que si nos cogían, decir el punto donde nos habíamos separado sin saber nada más del compañero. A Luis le fue mejor que a mí porque logró llegar donde se había propuesto; pero el poco tiempo que duró su existencia fue muy penoso, y al fin vino a ahogarse en un río. Yo no logré llegar sino a la mitad del camino que debía andar. Por tomar mi caballo fui cogido, y a pocos días de estar preso se me sentenció a muerte con el general Santander, el doctor Florentino González, los capitanes Mendoza y Briceño y no recuerdo cual otro.

La víspera del santo del dictador se me leyó la sentencia y se me obligó a que firmara la notificación, cosa que me sorprendió que uno tuviera que dar recibo de que lo iban a matar. El mismo día debía ponérsenos en capilla; circunstancia que nos fue favorable. Todos los que fueron a cumplimentar al dictador le pidieron la gracia de que cesara el derramamiento de sangre: el Libertador accedió y conmutó las sentencias a muerte por destierro o presidio, y a mí, por gratitud del general Herrán a mi padre, que había favorecido al suyo en la revolución del veinte de julio, se me permitió escoger entre presidio o el último sol-

dado, sin opción a ascenso. No había que vacilar: venga el fusil y no la carlanca. Mi hermana Josefa y mi cuñada María Josefa Valencia, fueron las portadoras de este anuncio. Al verlas llegar a mi calabozo, hechas un mar de lágrimas dije al centinela que no las dejara entrar; ellas se quejaron al jefe que les había dado el permiso de verme y este al instante interrogó al centinela, el que le contestó que el preso se lo había mandado. Esta respuesta fue bastante para que lo relevaran y allí mismo amarrado a la baranda le dieran veinticinco palos. ¡Cuánto se menoscaba la justicia por la precisión de la disciplina!

Al tercer día de conmutadas nuestras sentencias se nos anunció que teníamos que salir para Cartagena. Entonces se les permitió a las familias y amigos que nos visitaran y nos proporcionaran lo que necesitábamos para nuestro viaje. Grande fue el interés que tomaron por nosotros nuestros compatriotas: bagajes, fiambre, equipajes, dinero, todo lo tuvimos al momento. Yo era el menos, y tuve un baúl de ropa a propósito para el clima a donde íbamos; una faja con siete onzas y dos doblones y algo más de doscientos pesos en plata: esto es algo para un último soldado. Como a las diez de la mañana salimos catorce prisioneros, todos a caballo, por entre filas. Un coronel, un capitán, dos oficiales y como ochenta soldados nos custodiaban. Llegamos a Funza, donde el generoso don Francisco Olano nos esperaba con una abundante y bien preparada comida. Al día siguiente llegamos a Facatativá a las cuatro de la tarde, poco más o menos. El primo Saavedra, cura de aquel lugar, me mandó recado ofreciéndome y disculpándose de no ir a saludarme porque no le era posible. Le contesté dándole las gracias y suplicándole nos hiciera el favor de proporcionarnos una tinaja con agua. A poco rato llegaron con la tinaja, tinajero y todo lo necesario; acto continuo, nos dio un excelente refresco para todos, y a nuestra salida nos obsequió con un abundante almuerzo. Que Dios le haya abonado a mi pariente este acto de generosidad con sus enemigos, pues que él era enteramente boliviano! Llegamos a Guaduas, donde el rumboso y patriota coronel Acosta nos obsequió con comida y almuerzo, espléndidos en aquel tiempo. Seguimos nuestra marcha y ya no encontramos más amigos ni parientes generosos. En Honda nos embarcaron en un champán, con tropa y bogas. Empezamos a sufrir todas las penalidades consiguientes al clima, alimentos y opresión en que íbamos. Sin embargo de los muchos tormentos que sufríamos en aquella navegación forzada, nuestro buen humor no se apagaba.

Al cabo de algunos días de penosa navegación, que no recuerdo cuántos fueron, salimos del champán y tomamos camino por tierra, todos a caballo y sufriendo infinitamente menos que en el río. Llegamos a Pasa-caballos, tampoco recuerdo en cuántas jornadas, pero fue por la tarde nuestra llegada. A las diez de la mañana del siguiente día se nos embarcó en una goleta, y sin darnos tiempo para desayunarnos se nos tuvo todo el día dando vueltas en la bahía y fingiendo afanes y dificultades, para desorientarnos y hacernos llegar de noche al castillo de San Fernando, en Bocachica. El aparato con que se nos recibió, el ruido de las cadenas para bajar el puente sobre el foso, el aspecto atrevido de la tropa que debía custodiarnos y hasta la figura del coronel jefe del castillo, que era un hombre extremadamente grueso de estómago, de suerte que el sable le quedaba opuesto debajo del brazo. Era tuerto, y el ojo dañado estaba brotado y blanco. Sin embargo de este aspecto desagradable, era un sujeto atento y bien criado; pero muy rígido en el cumplimiento de su deber. Saltamos por fin al muelle, pasamos el estrepitoso puente, entramos al importante castillo y fuimos formados en un patio circular y en una sola fila. Allí se nos fue llamando por nuestro nombre y apellido; un oficial con cuatro soldados nos llevaba a la bóveda donde se tenían ya nuestros equipajes; éstos se iban registrando en presencia del dueño y sacando de ellos todo lo que pudiera servir para escribir, y lo que se considerara como arma, aun cuando fuera un pequeño corta-plumas. Luego se registraba la persona minuciosamente y se le quitaba igualmente todo lo que era objeto de embargo, incluso el dinero. De todo lo embargado se le daba un recibo y el mismo oficial llevaba al preso a la bóveda a que se le había destinado.

Me tocaron de compañeros en una misma bóveda, mi cuñado doctor Diego F. Gómez, el doctor Ezequiel Rojas, el teniente coronel Tomás Herrera, y los capitanes Rafael Mendoza, Joaquín Acevedo y Emigdio Briceño. La bóveda en que fuimos alojados estaba cubierta de lama en muchas partes. La muralla que da frente sobre el mar tiene dos varas tres cuartas de espesor; la rehendiya que sale al mar para hacer fuego, tiene tres dedos de ancho y una vara poco más o menos de largo. Esta rehendiya al través de la muralla va disminuyendo de largo y aumentando de ancho, de suerte que dentro de la bóveda presenta un cuadrado de media vara por cada lado. De algún consuelo nos servían estas *hermosas ventanas*, dándonos algo de

luz y de fresco. Nuestra primera noche en el castillo fue malísima: con hambre, sin en qué reclinar la cabeza, sin más cama ni asiento que nuestros pañuelos puestos sobre un suelo mojado.

A las doce del día nos presentaron un vivandero para que contratara con nosotros el modo de proporcionarnos el alimento; se arregló esto y a las tres de la tarde nos trajeron de comer y nos entregaron los equipajes no embargados. Con esto mejoramos bastante de suerte. La puerta de la bóveda estaba cerrada con un fuerte cerrojo y tenía un centinela por fuera. Para ir al común se tocaba con el centinela, éste llamaba al cabo de guardia, y este al oficial que se presentaba con un sargento y dos soldados que debían conducirlo a uno a la secreta y permanecer a muy poca distancia. Esto era de lo más penoso en nuestro nuevo alojamiento.

Algunos días después se enfermó Rafael Mendoza: a media noche le remacharon un par de grillos y de esta manera lo sacaron para conducirlo a esa hora al Hospital militar. Pasados unos cuatro días, también a media noche, se abrió nuestra bóveda con el aparato imponente de escolta armada y ruido de cadenas. Se presentó el coronel jefe del castillo llamando al doctor Gómez, éste contestó: "aquí me tiene usted". —Tengo orden de su excelencia el señor general Montilla, de preguntar a usted, señor doctor, a dónde quiere irse, si a las islas Canarias o a Venezuela. El doctor Gómez contestó: "Diga usted, señor coronel, al señor general Montilla, que no tengo ni se me ha acusado de haber cometido ningún delito; que en la revolución que motiva esta injusta persecución contra mi persona, no tengo la más mínima parte ni tenía conocimiento de ella; que soy el Presidente de la Alta Corte de Colombia; que nada tengo que hacer en las islas ni en Venezuela; que a donde quiero irme es a mi casa". Por tres veces insistió el coronel, y con modos insinuantes, en la pregunta al doctor Gómez, y siempre contestó este que no quería ir sino a su casa. Entonces el coronel le dijo: "Tenga usted, doctor, la bondad de seguirme". Salieron juntos, y a poco rato volvió el doctor con un cabo de vela y nos dijo que lo separaban de nosotros para tratarlo bien, según le había asegurado el comandante del castillo; que le habían entregado lo que le tenían embargado y que la vela era para que compusiera su equipaje para salir para la ciudad a las cuatro de la mañana. Quedamos sin este compañero cuya experiencia y saber nos iba a hacer mucha falta.

Después de algunos días nos sacaron para embarcarnos para Venezuela. Nos metieron en la fragata "Colombia". Este grande y lujoso buque de guerra llamó mucho mi atención: medía noventa varas de largo, diez y ocho de ancho y treinta de alto. Llevaba treinta y dos cañones de calibre de a treinta y seis, cuatro morteros u obuces para arrojar granadas de a cuarenta libras. Todo en esta fragata era hermoso y bueno, menos el lugar que se nos destinó: oscuro, inficionado con la hedionda agua de la bomba, a vara y media por lo menos bajo el nivel del mar y ensartados en una fuerte barra de grillos en la que cabíamos cinco. Uno de los compañeros, el que es hoy coronel Galindo, tuvo la bondad de enfermarse y cedernos su lugar, con lo que quedamos más holgados el doctor Rojas, el comandante Herrera, el capitán Briceño y yo, que fuimos poseedores por más de dos meses de este famoso y comodísimo mueble, que nos tenía siempre acostados boca-arriba y que una que otra vez, a los fuertes vaivenes del buque, nos amontonaba casi unos sobre otros, dándonos fuertes pellizcos con los grillos.

Salimos por fin a alta mar a navegar contra viento y marea. Después de unos catorce días de esfuerzos contra las corrientes, éstas, al volver sobre nuestras costas, nos arrastraron frente a Cartagena. Se volvió a remontar y a los once días entramos en el puerto de Santa Marta, donde fondeamos, para llenar los depósitos de agua, embarcar algunos bueyes, etc. etc. En el día se embarcaron los bueyes y se limpiaron los depósitos de agua para llenarlos al día siguiente; pero estábamos de malas: esa noche una fuerte brisa arrancó la fragata, a pesar de haberle echado otra ancla y dos anclotes. Salimos como una basura, arrastrados por el viento, y al tercer día nos encontrábamos en la bahía de Cartagena desmantelados, sin anclas, porque fue preciso cortar las cadenas a cincel para no zozobrar; y habiéndose sufrido una pérdida de más de doce mil pesos, según decían los jefes.

Algo más de un mes se gastó en reparar las averías que sufrió la fragata. En todo este tiempo con la quietud del buque aumentó el calor y nuestros sufrimientos se hicieron mayores. Volvimos a salir mar afuera; ya las corrientes habían calmado. A los diez y ocho días nos hallamos en puerto de una isla holandesa. Nos dieron permiso para procurarnos unas frutas. El recomendado nos llevó nísperos y naranjas. También conseguimos del jefe del buque, que era un coronel inglés, menos des-

pota que Montilla, que nos cambiara la barra por un par de grillos a cada uno. El día de este cambio fue un día de gran placer para nosotros: el descanso y alivio que nos causaba era inmenso.

A poco tiempo fondeamos en Portocabello. Llevábamos mucho tiempo de estar a media luz y con prisiones; sin embargo de esto no se tuvo la menor consideración con nosotros; se nos desembarcó a las once del día con un sol radiante y un sofocante calor; así se nos llevó por entre una arena que quemaba hasta frente a la casa del general Valero, donde nos detuvo este aventurero más de hora y media parados al rayo del sol. Allí fueron separados los que iban a cumplir su condena en presidio y mandados al castillo de la Vijía los doctores Argañil y Rojas, los tenientes-coroneles Pedro Carujo, Tomás Herrera, Bonifacio Rodríguez y mi pobre persona. Teníamos que atravesar algunas cuadras por un arenal ardiente y luego trepar por una cuesta pendiente hasta llegar a la cima que coronaba el castillo de la Vijía. Llegamos sofocados, sin aliento. Nos condujo a la prisión y fue nuestro carcelero el capitán González, joven gallardo, buen mozo, simpático, noble y generoso hasta donde puede desearse, nos dio alimento y, con sus procederes y sincera amistad, nos convirtió los calabozos en una mansión agradable. Vivíamos en familia, a pesar de las prevenciones para que se nos mantuviera encerrados y privados de comunicación. Habíamos establecido un colegio; los catedráticos eran los doctores Argañil y Rojas y el comandante Carujo: entre los discípulos se contaba el jefe del castillo y un oficial ayudante. Apenas tenía tres días de fundado el colegio cuando llegó orden de que me remitieran a la plaza para embarcarme aquel mismo día para la Guaira. Este fue un golpe terrible para mí.

CAPITULO III

ME SEPARAN DE MIS COMPAÑEROS, ME CONDUCE A LA GUAIRA, DE ALLI A CARACAS, DONDE ME HACEN EFECTIVA MI CONDENA DE ULTIMO SOLDADO SIN OPCION A ASCENSO; DE AQUELLA CIUDAD ME MANDAN A CHARAYABE, A ENROLARME EN LA FUERZA QUE PERSIGUE AL GUERRILLERO CISNEROS; VUELVO A CARACAS Y OBTENGO MI LIBERTAD

Un sargento con dos soldados me presentaron en la comandancia. Pedí licencia al general Valero para ir a saludar y decir adiós a mis compañeros que estaban en el presidio: me concedió la licencia, dándome un sargento para que me acompañara y advirtiéndome que a las dos y media debía estar en el muelle; que nada tenía yo que preparar, porque ya estaba arreglado mi pasaje, que al dueño del buque se le había entregado lo que me pertenecía y se le había pagado mi conducción y alimentos.

Estuve en el presidio y vi con gusto que mis compañeros estaban separados de los demás presidiarios y que no los hacían trabajar ni los molestaban.

A las tres de la tarde salimos del puerto con viento en popa, y a poco rato ya no vimos tierra por parte alguna. El capitán dueño del buque era un negociante de cargazón, un hombre soez, que solo pensaba en las pesetas. A las diez de la noche cesó el viento y lo reemplazó una calma absoluta que duró treinta y ocho horas. El capitán solo había preparado víveres para el viaje a la Guaira; así fue que al segundo día puso a sus ocho marineros a media ración y a mí a una cuarta parte, sin variar esto a pesar del buen tiempo que nos hizo después; por fortuna jamás he sido glotón, y me hallaba tan abatido, tan anonadado, que todo me era indiferente.

Más pronto de lo que me figuraba estuvimos en la Guaira. El capitán y dos de sus marineros me entregaron al jefe de la plaza que era el general Carabaño. Lo encontramos en un corredor paseándose y silbando; contestó el saludo que le hizo el capitán del buque con un movimiento de cabeza, estiró la mano y recibió los pliegos, y entró a la pieza de despacho, dejándonos en el corredor sin volvernos a mirar, siquiera por curiosidad. A pocos momentos salió llamando a un oficial, previniéndole que fuera con dos soldados. Luego que se presentó el oficial le dio un papel diciéndole: "Vaya usted entregue ese preso en la guardia

de prevención y dígale al oficial que encerrándolo no hay necesidad de centinela". No se cómo tuve fuerzas para resistir esta escena. Seguí al oficial en medio de dos soldados; llegamos al principal o guardia de prevención. El oficial de guardia me recibió con aire de curiosidad, me preguntó de donde era y le contesté: "de Bogotá". Al oír mi respuesta un oficial bien parecido, que estaba sentado en un extremo de la sala, se levantó, dirigióse hacia mí y con mucho interés me preguntó si sabía qué suerte le había tocado al comandante Tomás Herrera. —"Apenas hace cinco días que me separaron de él; lo he dejado en Portocabello, preso en el castillo de la Vijía". Mientras pasaban estas palabras, el oficial de guardia leyó la orden del jefe de la plaza, en la que se le decía que el preso era de los del veinticinco de septiembre, que lo encerrara en la bóveda número 14. El oficial que se interesaba por Herrera era un joven Vallejo, de Panamá, primo-hermano de Herrera, y estaba confinado en Caracas por liberal. Esta guardia de prevención era el lugar más concurrido, más notable y más apetecible de toda la ciudad. Vallejo era un oficial distinguido, de talento y de muy buena educación. La bóveda donde debía encerrármese estaba enteramente ocupada. Todas estas circunstancias vinieron a cambiar mi horrible suerte. Fui rodeado de varios oficiales que me interrogaban sin descanso, hasta el punto de sentirme desfallecer; me vi precisado a decirles: "Señores, en estos últimos cinco días he sido infamemente tratado por el dueño del buque en que me han traído a esta plaza; con el pretexto de una calma en alta mar no se me ha dado más que la cuarta parte de la ración y hoy no he tomado sino un pocillo de agua de panela escasísima de dulce". Cuando acababa de decir esto se presentó el edecán del general Carabaño, que no era el mismo que me había traído, con orden para que me sacaran de la bóveda y me condujeran a su presencia. Todos se asustaron, pero el oficial se disculpó con que la llave de la bóveda la tenía el guarda-parque, porque estaba ocupada con elementos de guerra y que aún no la había traído, y señalándome, le dijo: el preso es este joven; entonces el edecán me dijo: "El general le manda a decir que le ponga en un papel los nombres del padre y de la madre de usted". No me hice de rogar; el edecán salió con mi declaración y yo quedé esperando algo favorable.

Al momento de la llegada del edecán dos oficiales salieron a mandarme un buen almuerzo de que tanta necesidad tenía. Acabado de almorzar estaba, cuando llegó otra vez el edecán con

recado del general, quien me mandaba a decir "que deseaba serme útil, que lo ocupara sin escrúpulo, porque él tenía una inmensa deuda de gratitud a mis padres". Al oficial de guardia le envió una orden escrita para que me albergara en su alojamiento, me tratara con consideración y me permitiera pasear en la muralla cuando quisiera. ¡Qué alternativas! No hacía dos horas que estaba con hambre, desfallecido, abrumado de tristeza, anonadado, mirado con desprecio, esperando ser encerrado solo, en una bóveda inmundicia y oscura, sin un centinela siquiera a quién llamar, y ya todo había cambiado; seguramente el espíritu de mis padres estaba conmigo para consolarme, para alentarme y para cambiar mi bóveda en una mansión propicia y hospitalaria, como realmente lo era la prisión en que quedé y con la libertad de pasear en la preciosa muralla que era un hermoso y prolongado balcón, en donde se recibía un fresco delicioso y se abismaba uno con la vista de un mar sin límites, donde se contemplaban los espléndidos albores del día y las infinitas barcas de pescadores, afanadas para volar con su pesca a servir de plato preferente en los almuerzos de los habitantes de Caracas. Mis temibles carceleros se habían trocado en amigos benévolos y generosos. Mi cambio de suerte fue tan extraordinario que casi no eché menos a mis compañeros de prisión. En aquella guardia de prevención puede decirse que no pasaba un instante sin que hubiera algún objeto que distrajera. Diez y nueve días habían pasado cuando vino un joven a decirme de parte del general, que me alistara para marchar al día siguiente para Caracas, que aquel día podía pasear libremente en la ciudad, que podía comer en la posada y que allí me proporcionarían bagaje y todo lo demás que necesitara; que me llevaría un sargento con cuatro soldados; pero que el sargento era un hombre decente, y que me serviría de buen compañero y que iba recomendado para entregarme mis cosas en Caracas. Luego me llamó el joven a la sombra de una garita de centinela me entregó mi faja con las onzas que me tenían embargadas y sesenta y dos pesos que me quedaban todavía en plata. El general me mandó decir, también con el joven, que era probable me pusieran de soldado y él se tomaba la libertad de aconsejarme que hiciera todo lo posible para que ni los oficiales ni los soldados me vieran los reales que llevaba, porque los unos me los estafarían y los otros me los robarían. El joven me dio a entender que el general no quería que se supiera su conducta conmigo; pero no hay duda que él quiso devolver a mi padre los servicios que le hizo cuando vino emi-

grado de Venezuela; la conducta del sargento me acabó de persuadir de la gratitud del general hacia mis padres. No solo me trató muy bien, sino que fue tan delicado, que llevaba los soldados dispersos y lejos, y cuando veía venir gente se quedaba atrás y me rogaba apurara mi caballo para que no conocieran que iba preso. Al entrar en la ciudad, mandó un soldado con dos cargas que traían, a que saliera por otra calle a la casa del general Soublett, los otros tres los mandó al cuartel, y él, que venía con solo un machete de sargento, se puso cerca, procurando conversar conmigo, para que no me fijara en los letreros que había contra los del veinticinco de septiembre. Cuando le manifesté mi agradecimiento por el trato que me había dado, me contestó que no había hecho más que cumplir las órdenes de su general.

Llegamos a la casa del general Soublett, que nos recibió con atención y me llevó a su cuarto, me hizo sentar, me preguntó si traía equipaje y de quién era el caballo en que había venido. A mis respuestas, se salió a dar orden al sargento para que dejara allí lo que me pertenecía y fuera a entregar el caballo a la posada. Luego entró, se sentó junto a mí y me dijo: hace un mes que tengo cartas de la hermana de usted y de su cuñada la señora Valencia, recomendándomelo; aun sin estas recomendaciones, que son de mucho valor para mí, yo lo habría atendido con solo ser hermano del coronel Pedro Acevedo, sujeto muy digno, que quise mucho y a quien he sentido muy de corazón. Siguió haciéndome preguntas sobre los sucesos de la revolución y sobre el modo como me habían conducido. Un criado avisó que la comida estaba en la mesa; el general se paró y me dijo: "por el sargento supe que usted no había comido, por eso mandé que le sirvieran y es a usted a quien llaman; camine y mientras come, oscurece para que vaya mi hermano a llevarlo a su prisión". Se vino conmigo, tomó un asiento y siguió diciéndome: "oiga usted a un hombre de experiencia; sea usted sufrido, tenga paciencia y moderación, yo entreveo un pronto indulto; avíseme usted donde lo colocan y a donde lo destinan, para ver en qué puedo serle útil". Dicho esto se salió, llamó a su hermano y a un sirviente, al primero le dio largas instrucciones y al segundo le ordenó que llevara mi pequeño baúl y una hamaca. Cuando acabé de comer ya estaba todo preparado para mi marcha a la guardia de prevención en el batallón Anzoátegui: allí fui entregado por el hermano del general y muy recomendado, recomendaciones que fueron perfectamente atendidas: el oficial de guardia quitó su hamaca y colocó la mía en su lugar. Siguió

conmigo la buena fortuna que ya, en lo general, no me abandonó. A los cuatro días de hallarme en aquella cómoda prisión, escribí una atenta carta al comandante general, pidiéndole permiso para escribir a mi familia. La contestación fue puesta al margen de la carta y decía: "Este soldado puede escribir a su familia lo que le de la gana. *L. de Clemente*". Ese mismo día por la tarde vino un sargento del batallón a conducirme a la casa del segundo comandante del cuerpo, que era un español muy caballero, de apellido Jelambí; al verme en su presencia se sintió contrariado. El había recibido del general Lino de Clemente una comunicación que poco más o menos decía: "Reclame usted un preso que está en la guardia de su batallón, que es de los asesinos del veinticinco de septiembre; haga usted de él una filiación escrupulosa, es un mozo que trae recomendaciones especiales del jefe que condujo a Cartagena varios de estos conspiradores: dice el jefe que Acevedo es un jovencito atrevido, altanero y capaz de todo. Queda, pues, este mozo bajo la especial vigilancia de usted". —Caballero, cumplo con una orden terminante, póngase usted en el cartabón; luego hizo mi filiación y me la leyó, no pude menos de decirle, señor comandante, usted me favorece mucho, por su filiación puedo escaparme. Ojalá pudiera libertarle; lo he pintado a usted como lo veo, usted me parece paisano, debe usted tener muy cerca el español. Sí, señor, le repliqué, soy nieto de un noble de Castilla llamado Ignacio Sánchez de Tejada. Acevedito, me dijo, usted se recomienda mucho. Tome usted la táctica que se enseña en el batallón, aprenda el ejercicio, porque este viejo del general Clemente querrá verlo pasar revista y, si no lo halla, se enfurecerá. Por ahora no le impongo más obligación que la de que aprenda el ejercicio y la de que pase todos los días lista de seis por la tarde; por lo demás queda usted con la ciudad por prisión, puede buscar el alojamiento que le convenga.

Volví a mi prisión, varios de los oficiales con quienes ya tenía relaciones me esperaban con ansiedad; les conté todo lo que me había pasado, sin omitir un punto. Todos me felicitaron, me llamaron el hijo de la fortuna, y algunos me ofrecieron su casa: manifesté mi agradecimiento a todos y al día siguiente me salí solo con el objeto de buscarme posada y de pasear sin testigo toda la ciudad. Así lo hice: en los avisos de establecimientos leí uno que decía: "Café del Comercio". Allí entré, di con un joven decente que era el que gobernaba aquel establecimiento y que contestó a mis preguntas: "Si usted viene por meses le

cuesta diez reales por día almuerzo, comida y refresco, y si por día, son doce reales por esto mismo". Lo aseado y ordenado de aquel café, el que lo atendía y la idea de que allí debía concurrir la gente decente, me hicieron sentar plaza, a pesar del exceso de la cuota y de lo pequeño de mi capital. Volví pronto al cuartel a avisarle al oficial que desde aquel día ya tenía posada para alimentos, y fui a almorzar al café. A la mayor parte de los que se sentaron a la mesa les llamé la atención; entre ellos estaba ese día el señor Manuel Ruiz, hombre de más de cincuenta años, habanero, que había dejado su patria por amor a la República y que se había establecido en Venezuela, llevando su fortuna. Era el dueño de aquel café y de otras muchas propiedades. Fue el primero que me dirigió la palabra diciéndome que yo no parecía de Venezuela; mi contestación abrió la puerta a la conversación que fue animándose y excitaba la atención y curiosidad de todos. Oculté por entonces cuál era mi destino, y solo dije que estaba confinado en Caracas por liberal. Con excepción de dos de los presentes, los demás, especialmente el señor Ruiz y un joven Toro, me manifestaron interés y cariño. A la comida aumentaron unos tres curiosos, y entonces el señor Ruiz me encargó que tuviera mucho cuidado con lo que hablaba, que el corazón no debía estar en la boca. Fui, pues, más cauto en la conversación. A la noche concurrieron a refrescar muy pocos de los que almorzaron y comieron; pero aparecieron unos cuantos jóvenes que refrescaban allí para irse a sus visitas. Todos supieron que yo estaba proscrito por liberal, y ninguno me hizo el asco.

Al día siguiente, al pagar la deuda de ese día, el joven que asistía el café no me recibió los reales, y me dijo, que no solo podía continuar yendo todos los días, sino que si tenía algún paisano proscrito y lo quería obsequiar, podía hacerlo como si fuera en mi casa. Dejé la paga sobre la mesa y dije al joven, que mientras no supiera a quién debía aquel favor, yo no lo aceptaba. A la noche vino el señor Ruiz y me tomó de la mano, me llevó a un cuarto y me dijo: "soy rico, no tengo familia, usted me presenta una ocasión de servir a mis copartidarios cuando están en desgracia; por una casualidad supe anoche por mi amigo Jelambí, jefe del batallón de que es usted último soldado, quién es usted y cuál es su suerte; usted no tiene aquí ni posada y los cuatro reales que haya economizado en su larga prisión debe seguir economizándolos, siempre que pueda hacerlo sin desdoro; yo le presento una ocasión de estas, déjese usted de delicadezas

conmigo, yo soy republicano, aborrezco los tiranos y los déspotas, pero quiero ser déspota con usted y mandarle que me de el placer de serle útil en lo que yo pueda". —¡ Señor! —“No hay señor, está usted en su cuarto que es este, mañana lo llevaré a mi casa, allí tiene usted libros por si quiere distraerse leyendo. Hasta mañana”; y salió como un relámpago. Yo no puedo decir lo que sentí, no se cómo me quedé; pero el hecho es que no pude refrescar, que no salí del cuarto y que pasé la noche en vela. Lo que me estaba sucediendo me parecía todo un sueño.

Gocé de muy buena fortuna más de dos meses; adquirí muchas buenas relaciones por medio de los jóvenes que refrescaban en el café. Presenció la reyerta del arzobispo de Caracas con la policía. El arzobispo señaló calles y fijó horas para salir y entrar las procesiones. Al salir la procesión del miércoles santo, la policía toda de gran uniforme, se puso a retaguardia y dirigió la procesión de manera que la tuvo en la calle hasta más de las diez de la noche. Al día siguiente dispuso el señor Méndez que ninguna procesión volviera a salir de los templos. En estos dos meses advertí que en política, más que en otras cosas, lo que aparece en la superficie no indica lo que hay en el fondo. Al ver los innumerables letreros que había en todas las calles de Caracas contra los conspiradores del veinticinco, y contra todos los hombres notables del partido liberal, parecía que en aquella población no podría presentarse un septembrino sin ser hecho pedazos al instante. No sucedía sino todo lo contrario: los proscritos que llegaban eran muy bien recibidos.

Salí de Caracas convencido de que eran infinitamente mayores las simpatías a favor de la revolución contra la dictadura, que las en pro del dictador.

Hacia seis días que teníamos a la mesa un antiguo parroquiano del café. Era este nada menos que un señor coronel, llanero barbarote, engreído con su grado y más todavía con su tratamiento de usía. Le tocó su asiento a mi derecha, era mi compañero de botella y estaba muy contento porque yo solo tomaba una copa y a él le tocaba apurar el resto de la botella. Por fin supo quién era su compañero de mesa, y se enfureció de que lo hicieran alternar con un último soldado, y que este tuviera el atrevimiento de negarle el tratamiento que le correspondía. Exigió del señor Ruiz que me retirara de la mesa; este caballero no accedió a la exigencia del coronel y esto fue suficiente para

que fuera donde el general Páez a quejarse de que lo habían ultrajado, haciéndolo alternar con un conspirador condenado a último soldado; supuso, además, que los que se reunían en aquel café eran enemigos del Libertador. La queja de este coronel surtió su efecto: a las seis, cuando vine a pasar lista, fui detenido y se me avisó que a las tres de la mañana marchaba en un piquete que salía para Charayabe, a incorporarse a la fuerza que perseguía a Cisneros. El oficial de guardia era ya amigo mío y fácilmente me permitió, bajo mi palabra, salir a prepararme para el viaje. Lo primero que hice fue ir donde el general Soublétt; luego que lo impuse de lo que me pasaba, me dijo: "no tenga usted cuidado, el jefe de operaciones es un negro; pero es un hombre sencillo y bueno, yo lo hice coronel y me es muy adicto, voy a ponerle un papelito para que lo lleve usted y con esto basta para que lo trate bien". Recibí la carta, dí las gracias, que fueron contestadas repitiéndome que contara con él. De allí me fui donde el comandante del cuerpo, que se sorprendió mucho que me sacaran de Caracas sin él saberlo. Me mandó luego al cuartel una carta para el capitán Alborno, que era el jefe accidental de las tres compañías del batallón que se encontraba en Charayabe. Me fui donde el señor Ruiz, él me contó lo que llevo referido le pasó con el coronel: entonces me alegré de que me sacaran de Caracas, pues con esto tal vez se aplacaría el furioso coronel y no le causaría algún daño a mi protector. El señor Ruiz me dijo que no tuviera el menor cuidado por él, que nos ocupáramos de lo que importaba, y añadió: "de aquí a las nueve tendrá usted sus cosas, caballo y una carta mía para Valentín, que es un coronel negro, un tanto bestia, pero excelente y muy amigo mío; algunas veces viene a comer a este café. Todo esto lo encontrará usted en el cuartel. Usted no se encerrará muy temprano en su prisión, irá a despedirse de las niñas, cuidado con las lágrimas y con detenerse mucho en los adioses, está su palabra comprometida con el oficial de guardia. No le pido recomendaciones mientras su ausencia, porque a los viejos no se nos confían esas cosas". Me dio un estrecho abrazo, y yo sentí un profundo dolor al separarme de aquel hombre tan generoso, tan franco y que me daba pruebas de que me quería muy de veras.

Hice mis despedidas teniendo muy presentes las advertencias de mi protector. A las once estuve en el cuartel. El sargento que iba con el piquete me entregó mi fusil y mis fornituras, allí mismo traté con un soldado la conducción de aquellas fincas:

el sargento quiso oponerse a esto y a que fuera a caballo. El capitán de la compañía a que pertenecía el sargento, le dijo: “este joven va destinado a la cuarta compañía y no es soldado hasta que no esté incorporado en ella, puede todavía ir como quiera; cuidado sargento, lo que va con este señor, va conmigo”. Al decir esto se me acercó y me echó el brazo, y me dijo: “¿no es verdad, Acevedito?”. —“Gracias mi capitán, pueda ser que algún día retribuya yo sus bondades”. Todo estaba en el cuartel como se me había ofrecido; el caballo ensillado y comiendo. Cuando le dieron mi baulito al sargento para que lo acomodara en las cargas que iban con equipaje de tropa, dijo éste: “no entiendo por qué este último soldado va con más ínfulas que un capitán”. A las doce todo estaba arreglado, nos acostamos, y a las tres llamó el sargento y nos pusimos en marcha. Un poco antes de las seis de la tarde llegamos a Charayabe; al pie de la falda donde está el pueblecito hay una quebrada que tiene una vega de más de una cuadra de ancho, en la que había regadas algunas grandes piedras; allí me entregaron mi equipaje, ya aumentado con mi tren militar. Me senté sobre mi compañero baulito y recosté mi fusil contra una piedra. Allí quedé solo, entregado a mis recuerdos y a mis meditaciones, sobre cual sería mi porvenir. Un oficialito joven, se paró junto a mí a mirarme atentamente, y admirado me dijo: “¿no es usted Juan Acevedo? ¿qué viene a hacer usted aquí?”. —“Eladio Obando, usted también en estos rincones? usted es oficial”; —“sí, pero confinado a Venezuela por las opiniones de mi padre”. —“Yo no sufro por pecados ajenos, sufro únicamente por los míos”. —“¿Qué, me replicó Obando, usted fue de los de la revolución del veinticinco?”. —“Algo de eso, le contesté, y esa friolera me iba costando la vida, y salí bien librado viniendo aquí a sus órdenes, soy último soldado, por ocho años y sin opción a ascenso”. —“De veras, exclamó mi antiguo condiscípulo, viene usted destinado a mi batallón, voy a pedirlo para mi compañía y lo saco de mi asistente con eso no lo molestan. “Gracias, Eladio, vengo destinado a la cuarta compañía”. —“Esa es precisamente a la que yo pertenezco, esta noche no más lo saco de asistente”. —“No Eladio, usted debe comprender que mejor estoy de soldado que de asistente”. —“¿Cierto, no? pero yo puedo servirle de algo”. —“De mucho, y ahora puede hacerme un gran favor”. —¿Cuál? —Llevármele estas cartas a los jefes. Las tomó, y diciéndome “espéreme aquí”, salió muy aprisa. No me hizo esperar mucho, vino a llevarme donde el coronel, entramos a la casa, muy adver-

tido de que debía darle el tratamiento de usía. El coronel estaba en su cuarto acabándose de poner las charreteras. Obando le dijo: "mi coronel, aquí tiene usía, a Acevedo". —"Bueno Obandito, vaya hágame el favor de llamarme a Alborno", y acabando de decir esto se dirigió hacia mí y me abrazó diciéndome "paisano, mucho gusto tengo de poderle servir. Las dos cartas que usted me trajo son de dos sujetos que quiero y respeto mucho: ambos me lo recomiendan como a un hijo, aparte de esto, yo lo llamo paisano, porque en Bogotá fue donde me quiso la primera mujer blanca; porque allí fue donde me hicieron coronel y porque mi despacho de tal, está firmado por mi compañero el coronel Pedro Acevedo, hermano de usted, según me dice el general en su carta. Puede paisano tratarme con franqueza, puede ir a comer a mi casa cuando quiera, yo estoy muy bien, tengo ciento cuarenta pesos mensuales de sueldo; almuerzo todos los días carne frita en manteca, huevo frito también pasado por manteca; me cuido; ¿no ve qué gordo estoy?". En seguida de esta lluvia de manifestaciones me advirtió que no fuera a decir nada contra el Libertador, y que él tenía allí una querida muy bonita, llamada Mariana, que le costaba mucho, y que si acaso notaba yo que algún oficial se la enamoraba, le hiciera el favor de avisarle para sacarlo de la guarnición; que él no me consideraba como soldado sino como confinado. Llegó el capitán Alborno, y después del saludo pasó el coronel a recomendarme advirtiéndole al capitán que no me considerara como soldado, sino como a un amigo en desgracia. "Sí, señor, dijo el capitán, tengo carta del jefe del cuerpo recomendándome mucho al joven Acevedo; que no lo considere como soldado, sino como huésped en mi casa". Volviéndose a mí el capitán, me dijo: "De lo que aquí llamamos pabellón de oficiales, que es un rancho, tengo yo la mejor pieza; allí están su baúl y su hamaca; verá usted cómo nos acomodamos y lo pasamos bien". Salimos de la casa del coronel y nos fuimos para el pabellón. La tertulia fue larga; esa noche no más quedó arreglado lo tocante a alimentos: pagaba lo mismo que los oficiales, que daban tres reales diarios; y como ganaba real y medio de ración, tenía que completar mi cuota.

Siete meses permanecí en Charayabe sin haber vuelto a ver mi fusil. El coronel me llevó a fiestas a Santa Luisa, a Ocumare y a Cua. En el primero de estos lugares, que era una villa, me mostró el cuartel donde sorprendió Cisneros a diecisiete milicianos, a quienes después de rendidos los obligó a sacar un cepo

a la calle sobre el cual les cortó la cabeza él mismo a once de estos infelices; a otros dos los entregó a sus oficiales para que tuvieran también el gusto de matar insurgentes, y cuatro se salvaron milagrosamente.

Cisneros, este bandido religionario, fue en Venezuela un digno representante del elemento teocrático. Era un indio pescador cuando los temblores destruyeron a Caracas y otras ciudades y pueblos de Venezuela. Esta terrible desgracia la tomó el clero como arma ventajosa para combatir la República. Persuadió al pueblo ignorante de que aquella calamidad no era otra cosa que un castigo del cielo, porque se habían revelado contra su legítimo Rey que gobernaba por derecho divino. El pueblo se fanatizó y se exaltó de una manera espantosa y causó más estragos y ruina a Venezuela que los mismos terremotos. La guerra a muerte que hizo este pueblo a su patria es digna de figurar al lado del santo tribunal de la Inquisición; y si Boves, Morales, Monteverde y otros héroes de la ferocidad y la carnicería hubieran triunfado, hoy los tendríamos en sus nichos haciendo milagros.

Derrotados por todas partes los ejércitos del Rey, Cisneros (creo que con más de doscientos hombres) se retiró a los valles y montañas del Tuy, y permaneció por espacio de quince años haciendo una guerra de sorpresas y de exterminio, de que tal vez no hay ejemplo en la historia. El metal de voz de este monstruo era femenino. Cuando sorprendía una población o una hacienda, daba el grito ¡Viva el Rey! ¡Viva la Religión! A este grito nadie se atrevía a moverse de donde estaba. Si la población o hacienda la creía adversa, saqueaba, ultrajaba y asesinaba a los que se figuraba que eran militares.

En los primeros años, los godos y los frailes de dos conventos que había en Caracas eran los que alentaban y sostenían a este bandido. Cuando ya no quedó duda de las íntimas relaciones de los frailes con Cisneros, estos fueron expatriados y el gobierno ocupó sus propiedades. Durante mi permanencia en Charayabe ya Cisneros estaba de caída; no tenía ninguna protección. Solo dos hazañas hizo en aquellos siete meses: la una, robarse una muchacha, cosa que hizo varias veces, y cuando se le desertaban y las alcanzaba las mataba; la otra, sorprender una posada, sorpresa en la cual cayó un comandante Ortega y su asistente. Al comandante le hizo que se agachara y viera la

señal que tenía en el pie donde lo había mordido una culebra; le mandó agachar más y le estiró el pie, y cuando ya estaba como él quería, le asestó un machetazo que le cortó la cabeza. A este comandante lo llevaron a Charayabe para darle sepultura y allí pudimos verlo; era un hombre bien parecido y como de unos treinta años; le llevaron en una barbacoa, y observé que no le habían cortado totalmente la cabeza; pero ésta, al levantar un soldado la barbacoa cayó sobre el estómago de la víctima, sostenida apenas por la piel de la garganta; esto nos horrorizó a todos.

En la persecución que se le hizo a Cisneros después de esta sorpresa, hirieron al capitán en un muslo y lo hicieron prisionero, trayéndolo a Charayabe a curarle la herida, y después de tres días de curación, se quitó él mismo los vendajes; pidió hojas de fique, las hizo machacar y se las envolvió en la pierna; con esto, pronto cedió la inflamación y empezó a sanar. Así que estuvo de poder moverse lo llevaron a Caracas, donde lo fusilaron al tercer día de su llegada. El coronel me mostró copia de una de las cartas que le tomaron a Cisneros, la cual era de un provincial del convento de San Camilo. Este reverendo felicitaba a Cisneros por la gloria de haber merecido que su majestad la Reina lo hubiera hecho coronel de sus ejércitos; lo animaba a que hiciera la guerra sin descanso; le decía que se preparaba en España una expedición formidable, apoyada por la Santa alianza; que los hermanos religiosos de Pasto tenían a todos aquellos pueblos llenos de un santo entusiasmo por su Dios y por su Rey; que hacían prodigios de valor; que tenían a los insurgentes destrozados; y que el triunfo de la santa causa era casi seguro, y que se atrevía a afirmarle que si triunfaban, la Reina le premiaría su constancia y sus servicios haciéndolo capitán general de Venezuela, y que también le aseguraba que si sucumbía en la lucha su Santidad el Sumo Pontífice lo canonizaba. ¡La teocracia siempre la misma!

En los siete meses que permanecí en Charayabe no tuve el menor desagrado con los oficiales; todos ellos me trataron bien y algunos me quisieron como amigos. En cuanto al coronel Valentín, no pudo ser más bondadoso de lo que fue conmigo. El capitán Juan Albornoz, mi tocayo, que así nos tratábamos, era la bondad personificada; me quería como a un hijo y me consentía como a un niño. Yo vi, palpé muchas ocasiones, que el destino me quería perseguir, abrumarme y sepultarme

en la desgracia; pero acontecimientos y relaciones sumamente distantes de tiempo y de lugar, venían como traídos por la fortuna a favorecerme y a salvarme del abismo que me esperaba. ¡Bendito seas, Dios mío! ¡Qué felicidad tan grande es creer y esperar en vos!

En la vega de la quebrada y en la orilla del camino estaba la casa de un vecino Juan González, padre de una estimable familia, en donde nos reuníamos por la noche. En los primeros días de diciembre, cuando ya se sentían rumores de revolución, ocurri, como de costumbre, a la reunión en casa del señor González, fui solo, porque los oficiales compañeros habían tenido reunión aquella tarde, por algo que los inquietaba. Al entrar en la sala me dijo la señora de la casa: "Esta noche no es usted el capitán de la tertulia; tenemos de huésped al doctor Bárcenas, que es el ídolo de la familia". En el mismo tono de chanza de la señora le dije: "Veremos qué tal gusto tienen ustedes para elegir ídolos". Seguí al corredor donde nos reuníamos, y encontré allí al doctor, que era un señor serio y entonado: estaba conversando con dos señoritas. Mi saludo atencioso fue contestado con seriedad. A las muchachas me dirigí con franqueza y cariño. El doctor siguió serio, se retiró a la sala y se recostó en una de las hamacas que estaban allí. A poco rato llegaron los oficiales, y después de una hora de tertulia en el corredor, la señorita y las hijas se retiraron y nosotros nos entramos a la sala; tomé la hamaca que estaba paralela a la que ocupaba el doctor, y los oficiales, que eran los más bolivianos que tenía la guarnición, comenzaron a hablar impugnando la idea de revolucionarse contra el Libertador, quier, decían, era el único con derecho a gobernar la República. Esto dio lugar a entrar en discusión, y según el doctor Bárcenas, estuve muy feliz y manifesté una gran superioridad sobre mis contendores. Al irnos a retirar, el doctor se levantó de su hamaca, se acercó y me suplicó me quedara, pues tenía que hablar conmigo. Los oficiales se apercibieron de la cita y se despidieron. El doctor tomó asiento en el momento junto a mí. ¿Quién es usted? me interrogó. ¿De dónde es? ¿Qué hace en esta montaña? ¿Qué hace en tan íntima amistad con estos oficiales tan de cargazón e ideas tan ruines?". La curiosidad que le infundí a este señor fue grandísima y no fue menor la sorpresa que le causó saber quién era yo, cómo estaba allí, y sobre todo, cómo aquellos oficiales, torpes bolivianos, parecía que me estimaban superior a ellos. Le repliqué al doctor: "En cuanto al trato

que me dan los oficiales nada tiene de extraño, pues estoy recomendado por jefes muy respetados de los superiores de esta guarnición. El general Soublett es el que, con su influencia, tiene al coronel de jefe de operaciones, y por nada querría disgustarlo; además, él hace alarde de mí, porque su despacho de coronel es firmado por mi hermano, que desempeñaba la secretaría de guerra por enfermedad del general. El capitán Alborno, jefe accidental de la fuerza que existe aquí, tiene recomendaciones especiales de su jefe el comandante Jelambi, en las que le dice que me trate como a un hijo; ambos jefes encargan que no me hagan entrar en ninguna faena de soldado. Por lo mismo que son oficiales subordinados respetan las recomendaciones de sus jefes. Por otra parte, yo no les doy motivo para que me quieran mal; esta noche es la primera vez que hemos discutido en lo tocante al general Bolívar; pero he procurado no ofenderlos”.

Nuestra conversación fue muy larga y él concluyó diciéndome que había hallado en mí la persona que se necesitaba en Caracas para comprometer al general Páez a que se decidiera en favor de la revolución, pues estaba muy vacilante por lo que le había pasado en el año 26; y como el general Bolívar era el que lo había salvado, le impresionaba aparecer como ingrato, y temía también que el poder y el prestigio de Bolívar lo vencieran, cayendo ignominiosamente.

Me instó mucho para que resolviera desertarme e irme con él, que me escondería en su casa y que allí con el club revolucionario se convendría en lo que se debía hacer para obligar al general Páez a que me pusiera en libertad. Resistí a desertarme; me parecía esta una mala acción, cuando se me trataba con tanta generosidad y tanta confianza. Le aseguré al doctor Bárcenas que podía irme el día que quisiera, que los jefes ambos consentirían en mandarme como enfermo; pero que yo necesitaba tener más seguridad en la realidad de la revolución para no dar un paso falso que me hiciera perder las conveniencias de que disfrutaba. El doctor ofreció mandarme pruebas que me persuadirían de que la revolución era ya un hecho y que no se podía retroceder.

Al tercer día volvió el doctor de su hacienda; me ofreció el dinero que tenía; yo le dije que todavía me quedaban unos reales, porque allí no había en qué gastar, pero que ocurriría a

él llegado el caso. “Bien, me dijo; pero usted queda comprometido conmigo a irse para Caracas, luego que tenga más seguridad en la revolución; mientras, trabaje aquí con sus protectores carceleros. Este batallón es el que apoyó al general Páez el año de 26, por consiguiente tiene que ser muy boliviano. En Caracas, con esta clase de bolivianos de cargazón, el medio de que nos valemos para atraerlos, es asegurarles que la revolución no es contra el Libertador, sino contra el gobierno de Bogotá que oprime y anonada a Venezuela; y como este fue el pretexto del doctor Peña para levantarse contra la Constitución, hallan esto corriente, sin tomarse el trabajo de examinar las diferencias de hechos y de circunstancias. Trabaje usted por atraerlo, pues por sus cuestiones de la otra noche, me he convencido de que usted no perderá su tiempo con sus compañeros de armas”.

A los cuatro días de ausencia del doctor recibí un posta con una larga carta de él remitiéndome muchos impresos y una representación al general Páez pidiéndole mi libertad para que yo la firmara. Esta representación exageraba mis sufrimientos, de manera que parecía que los jefes y oficiales me habían tratado mal, cosa que me era absolutamente imposible decir. Contesté al doctor, que ya tenía el consentimiento de los jefes para irme; que el coronel lo deseaba mucho, pues quería que yo contara a todo el mundo el modo como se había él portado conmigo. Le dije que había cumplido con su recomendación de trabajar en favor de la revolución; que el terreno estaba enteramente preparado; que no esperábamos más sino que el general Páez se pusiera a la cabeza de la revolución, para sostenerla decididamente. También le dije que su posta y sus impresos me habían dado mucha importancia entre mis superiores, y que los oficiales estaban persuadidos de que él no había venido a Charayabe, sino porque ya tenía relaciones conmigo y que yo estaba en el plan de la revolución.

Termino mi carta ofreciéndole que cuando más tarde dentro de cuatro días nos veríamos. Así fue, a los cuatro días estuve en Caracas me alojé en el pabellón de la oficialidad del batallón de que era soldado.

Aquella misma noche fui donde mi protector don Manuel Ruiz, con quien pasamos a la casa del doctor Bárcenas. Ambos querían que me alojara en casa de uno de ellos, mas los persua-

di de que debía quedarme en el pabellón mientras fuera soldado. En seguida arreglamos los términos en que debía hacerse mi representación al general Páez, la que debía ser recomendada al general Arizmendi, como que era el más interesado en la revolución. Sin demora fue elevada mi solicitud al día siguiente, y al tercero fui a imponerme del resultado que hubiera tenido. Por desgracia, el secretario que desempeñaba en todo al general Páez, era el doctor Peña, el hombre más enemigo de los granadinos y un boliviano acérrimo, quien, en consecuencia, me recibió muy mal diciéndome que aunque Colombia se separaba de Venezuela, no por eso autorizaba el tiranicidio, y que Su Excelencia había hecho demasiado por mí, resolviendo que quedara de soldado con opción a ascenso; que pasara al Estado Mayor en donde hallaría lo resuelto.

Como yo había ido ya donde el general Soublett a comunicarle el paso que había dado, quien me lo improbo por parecerle que no era oportuno, no me atreví a pasar inmediatamente al Estado Mayor. Me dirigí donde mis consejeros y los impuse de todo, y opinaron que me fuera inmediatamente a ver si lograba que no se pusiera lo resuelto por el doctor Peña, que era quien había ordenado aquello. En seguida fui donde el jefe de Estado Mayor, quien cariñosamente me dijo: "Ya ve usted, Acevedo, ¿cómo no era tiempo de pedir su libertad? Por obrar tan de prisa, me han ordenado que lo reclute para el ejército de Venezuela, aunque todavía no se ha puesto la resolución de Su Excelencia; ¿quiere usted que esperemos?". "Sí, señor, esperemos", le contesté.

Siguió el general dándome broma; pero todos descubrían que él no pensaba sino en entretener y ganar tiempo.

Este general y el doctor Peña eran decididos partidarios de la dictadura del general Bolívar, y esperaban del congreso un buen resultado a favor de la dictadura, y esto era precisamente lo que tenía estacionario el rompimiento de la revolución.

A los tres días llegó el general Armario con la noticia de los pronunciamientos del Oriente de Venezuela, desconociendo la dictadura y proclamando la separación de Colombia y Venezuela. Esta circunstancia fue muy a propósito para aclarar los acontecimientos: se convino en que aquella noche, en un baile que se les daría a los pronunciados de Oriente, el doctos Forti-

que persuadiese al doctor Peña de la conveniencia que había en que se me pusiera en libertad, pero se resistió tenazmente, y puso término a la discusión con estas terminantes palabras: “Ultimamente, mi amigo Fortique, mientras yo tenga el honor de estar al lado de Su Excelencia el general Páez, no permitiré que ese joven altanero salga de su condición de soldado”. Esta arrogancia del doctor Peña nos sorprendió a todos.

Al día siguiente el doctor Fortique me redactó una buena representación para que en persona la pusiera en manos del general Páez. Se convino en hacer por la prensa algunas observaciones y manifestaciones a mi favor, y entre el doctor Bárcenas y un joven Toro me pusieron majo para presentarme bien ante el general Páez. Lo esencial para esta comedia, era que el doctor Peña no estuviera en palacio al tiempo de representarla, y por fortuna esto se consiguió. Un edecán del general me proporcionó el momento a propósito para la deseada entrevista. En efecto fui recibido y tratado con atención aun después de que el general supo quién era y qué objeto me llevaba a su presencia. Luego que le manifesté que sabía por el señor general Soublett que debía continuar de último soldado en el ejército de Venezuela, le observé que no comprendía cómo quedaba de soldado, si castigado porque me había opuesto a la dictadura en mi patria y obligado a marchar al Táchira a resistir contra esta misma dictadura, o reclutado en Venezuela. A esta observación Su Excelencia sonrió, se llevó la mano a la frente y me dijo: “haga usted otra representación”. —“Aquí la tiene vuesencia”, le dije, sacando del bolsillo del pecho la que me había dado el doctor Fortique. —“Llévela usted al Estado Mayor que es aquí a la espalda, y dígale usted a Soublett que la ponga inmediatamente al despacho”. —“Gracias, excelentísimo señor”, repliqué, y salí al instante para el Estado Mayor. Esta oficina era una casa baja claustrada. Al presentarme en el corredor de la entrada, salía el general Soublett de una pieza del frente. “¿Qué trae usted, señor Acevedo?”. —“Otra representación, señor general”. —“¿Qué impaciente es usted, o mejor dicho, cómo lo afanan sus amigos”. —“Señor, le repliqué, ya hace más de dos años que estoy preso. Su Excelencia me ordenó dijera a usted que inmediatamente pusiera al despacho esta representación”. —“¿Usted ha hablado con el general Páez?”. —“Sí, señor, y él mismo me dijo hiciera otra representación”. La sorpresa que esto causó al general, la prontitud con que entró a sacar su sombrero, y todo su ademán,

parecían decir “¡ya no hay remedio, es preciso ceder!”. Salimos juntos, seguí la calle recta hacia arriba y él tomó para el palacio.

Había quedado con el joven que me proporcionó hablar con el general, y que había visto y presenciado todo, que no me separaría de aquellas calles. No habían pasado dos horas de mi entrevista con el general Páez, cuando el joven me salió al encuentro pidiéndome albricias porque ya estaba en libertad. La prensa publicó aquel mismo día el decreto que me declaraba libre; dijo mucho en obsequio y honor del general Páez, y esperó que inmediatamente se seguiría la libertad de todos los penados y confinados que por la revolución del veinticinco se encontraban en Venezuela.

Cuando fui a darle las gracias al general Páez por el inmenso bien que me había hecho, me dijo: “Pronto estarán todos sus compañeros en libertad; pero espero que no me abandonen”. —“Imposible, señor, le repliqué; el deber y nuestro propio interés nos obligan”.

El veintitrés de diciembre se convocó una junta de todos los habitantes de Caracas que apoyaban la revolución. Esta junta debía tener lugar al día siguiente en el coliseo. A las once de la mañana ya estaba completamente lleno el edificio. El general Páez presidía esta reunión. En las tablas un poco más hacia la derecha, se encontraba una mesa con útiles de escribir. Alrededor de ella estaban sentados el general, su secretario doctor Peña y dos señores que no recuerdo quienes eran a la derecha, y a la izquierda tres oficiales de graduación. Sonó la campana, se paró, y apoyando ambas manos sobre la mesa, empezó su discurso con estas precisas palabras: “El pueblo de Caracas ha colmado mis deseos”. En el discurso dio a entender que sus deseos, eran la separación de Venezuela, de la Nueva Granada; que Venezuela estaba llamada a figurar como una gran república y que de provincia dependiente de Bogotá jamás sería nada; hizo presente que aquel pronunciamiento podía traer a Venezuela una guerra tal vez tan desoladora como la que se había tenido al separarse de la madre patria; que aquella reunión tenía por objeto principal ver si había el valor suficiente para entrar en una lucha tan colosal y arriesgada como en la que se iba a entrar y ver si había recursos para sostenerla.

Concluyó su discurso suplicando a todos los que tomaran la palabra, que no se hiciera alusión para nada al nombre del Libertador.

Uno de los generales Ayalas tomó la palabra y dijo que él sentía en el alma la disociación de la Gran Colombia, pero que la dictadura del general Bolívar la hacía indispensable. Al momento tocó la campana el general Páez, y observó que había suplicado no se tomara el nombre del Libertador para nada y que si esto se repetía se retiraba al instante. Con esta prevención algunos de los que querían hablar callaron, y vino a ser el gobierno de Bogotá, el autor de todo cuanto malo había pasado en Colombia. Cesaron los discursos y se pasó a las ofertas para sostener la revolución. El doctor Peña manifestó que no se podía contar con ofertas de palabra, pues las palabras se las llevaba el viento, y cuando hacía esta observación ya había mandado cerrar las puertas del coliseo, de suerte que los que trataron de sacar el cuerpo tuvieron que pasar por la vergüenza de ser detenidos y conocidos. A pesar de esto, el patriotismo y entusiasmo que se manifestó en aquella reunión fue grandísimo. Cerca de las doce de la noche terminaron las ofertas escritas y firmadas por los donadores, las que pasaron, en dinero y efectos, de más de un millón de pesos. Después de este acto, salió el decreto de asambleas primarias que debían hacer las elecciones de diputados para el congreso, que iba a constituir a Venezuela en república independiente.

CAPITULO IV

SALGO DE CARACAS CON ALGUNOS DE LOS PROSCRITOS QUE SE HALLABAN EN AQUELLA CIUDAD, CON LOS QUE SIGO ENROLADO EN LA REVOLUCION DE VENEZUELA, HASTA QUE, A CONSECUENCIA DE LA CAIDA DEL DICTADOR URDANETA, SE ESTABLECE LA PAZ

A pocos días de publicado este decreto salió el general Páez para Valencia, y luego lo seguimos la mayor parte, de los ya libres, que nos hallábamos en Caracas.

El general le dijo al coronel Concha que debíamos seguir a ocupar la línea en el Táchira y que para esto era bueno que los

militares que quisieran marchar representar pidiendo las auxilios que les correspondían conforme a ordenanza. El coronel Toscano redactó esta solicitud y se encargó de presentarla. La firmaron los coroneles Concha y Toscano, el comandante Rodríguez, los capitanes Triana y Galindo y el alférez Alquiciras. El general se la hizo leer a Toscano y al momento le dijo: “Ahí no aparece un joven Acevedo; fue el primero a quien puse en libertad, y tanto en su representación como de palabra me ofreció que ayudaría a sostener el pronunciamiento de Venezuela”. —“Sí señor, está listo para marchar, pero como no es militar no ha firmado”. —“Póngalo usted ahí como oficial, para ordenar que se le den auxilios; ese joven me ha gustado, parece vivo y puede servir”. Cuando fui a darle las gracias por este nuevo y espontáneo servicio, me manifestó mucho cariño. Me dijo que ya había nombrado a Concha jefe de vanguardia para que marcháramos al Táchira; pero que esto debíamos hacerlo con precaución y asegurándonos de la opinión para que no nos fueran a poner la mano. “A usted y a algunos de sus compañeros no les dan capilla. Mañana se pasa revista al ejército voluntario, es preciso que ustedes lo vean, para que con esto y los documentos que llevan, animen y entusiasmen a los habitantes de los pueblos por donde pasen. El conde Tovar se ha hecho cargo de tenerlos a ustedes al corriente de todo”.

El día siguiente presenciábamos la revista: cerca de diez mil hombres llenaron la plaza y calle principal de Valencia. El bullo era grande porque había seis mil de caballería. El general Páez con su Estado Mayor ocupaba el centro de la plaza. Montaba un briosísimo y hermoso caballo blanco, desde el que dirigió la palabra a aquel numeroso ejército. El entusiasmo que le inspiró aquella arenga fue extraordinario; no he visto ni creo volverlo a ver igual.

Dos días después nos pusimos en marcha, y con excepción de las ciudades del Tocuyo y Trujillo y de los pueblecitos Mucuchíes y dos más cuyos nombres no recuerdo, que nos fueron hostiles, en todas las demás poblaciones se nos recibió con benevolencia y extremada generosidad. Nuestra marcha fue lenta y gozamos de muchas comodidades. En las ciudades de Barquisimeto y Mérida nos detuvimos bastantes días, y pudiera decirse que nuestra permanencia en ellas volvíase fiesta por las diversiones y paseos que se nos proporcionaban.

No recuerdo bien si fue en Mérida donde se nos incorporaron unos doscientos hombres del batallón "Anzoátegui", con los que seguimos ya a ocupar la línea. El jueves santo, como a las once de la mañana, bajamos a San Antonio del Táchira. Desde que nos avistaron en la población soltaron la lengua a las campanas, que la tenían amordazada aquel día, y las echaron a vuelo. De repente este entusiasmo se cambió de espanto; la guarnición de la Nueva Granada que estaba en el Rosario de Cúcuta, dos cuadras poco más de distancia y con el río Táchira por medio, mandó una fuerza al paso del río a pedir explicaciones, y esto hizo creer que iba a tener lugar un combate, lo que produjo en la población una alarma grande, que calmó luego que dieron aquellas.

A Pamplona había mandado el dictador un batallón y un regimiento de caballería, a órdenes del coronel Florencio Jiménez.

Pocos días después llegó la comisión que el nuevo gobierno de Colombia enviaba a Venezuela, con el objeto de que desistiera de separarse de la Unión. Pasó esta comisión el Táchira, pero iba acompañada de un coronel llamado Escolástico Andrade y tres o cuatro oficiales más, que sin política ni consideración alguna empezaron a trabajar descaradamente en contra de la revolución. Esto obligó a las autoridades a hacer que se devolviera la comisión, a pesar de la respetabilidad de los miembros que la componían, que eran el general Sucre, el obispo Estévez y el doctor Aranda o Méndez.

En estos días recibí un recado del señor Estévez mandándome un salvoconducto para volver a mi casa, suplicándome que lo aceptara y que le diera el gusto de ser él el que me volvía a mi familia. Con anuencia de mis compañeros, pasé al Rosario a darle las gracias al señor Estévez y a decirle las razones que tenía para no aceptar el salvoconducto. Este respetable y excelente sujeto, muy buen amigo de mi familia, sintió mucho que no me fuera posible acompañarlo a su regreso; pues me hallaba comprometido a correr la suerte de Venezuela, en donde había recibido grandes favores, y además desconfiaba mucho de los planes bolivianos.

Con la salida del general Bolívar de Bogotá disminuyeron los temores de guerra. Una parte de la tropa acantonada en Pamplona, regresó al centro de la república y la otra se disol-

vió sigilosamente. El coronel Concha se retiró a su casa y fue remplazado por el general Nariño, que llegó con el carácter de general en jefe del ejército de vanguardia.

Continué en el ejército, a pesar de no haber admitido el despacho de teniente-ayudante de campo que el coronel Concha, creyendo favorecerme, obtuvo para mí. Jamás he querido seguir la carrera militar, aunque en muchas ocasiones me han tocado los azares de ella.

Un día, convidados a casa del señor García Herreros, estando sentados a la mesa, se me dirigió el general Nariño y me dijo "Acevedito, si usted quiere, puede hacerme un gran servicio: usted me ha dicho que contrajo amistad en la Guaira con el general Gómez, cuando él salía desterrado por el amor que le tenía a los revolucionarios del 25; usted conoce la situación tanto como el que más; usted sabe persuadir: no hay que decirle más sino que el servicio que usted puede hacerme es marchar esta tarde misma para Maracaibo donde Gómez, que es el jefe de aquella plaza, y demostrarle la imperiosa necesidad que hay de que me mande la fuerza y vestuario que le he pedido. Acevedo, no crea que soy yo solo el conjurado contra usted: presentes están el doctor Soto, los señores Herreros, Baral y el señor... (no recuerdo el nombre, era un rico comerciante extranjero) que da para usted su famosa mula". —"Sí, Acevedito, en mi mula no necesita usted de preguntar por dónde es el camino; fíese de ella y va usted seguro". Dí las gracias al señor que me daba tan buen bagaje, y dice el general que si creía que yo podía desempeñar la comisión, mi deber era servir en lo que me fuera posible. "Estos señores, me dijo, ofrecieron dar a usted cartas de recomendación; yo les he dicho que no las necesita puesto que va a la ciudad más anti-boliviana de las de Venezuela y a donde el general Gómez, que adora a los conjurados del 25, y que, además, encontrará en Maracaibo a muchos de sus compañeros, y más que todo, muchachas muy amables, graciosas y ladinas, que no dejarán de encantarlo". —"¿Qué? dije al general, pide usted muchachas también al señor general Gómez y debo ser el comisionado para traerlas? Entonces estoy en marcha; me permite, señor general, ir a alistarme y a ponerme de gran uniforme; el bagaje, cartas, si las hay, pliegos, etc., entiendo que lo encuentro aquí todo; vuelvo ahora mismo".

Mi capotera con dos mudas interiores, un calzón de dril, mi casaquita con que pedí mi libertad al general Páez, mi hamaca y una sábana; he aquí mi equipaje. Mi gran uniforme consistía en una chaqueta, de paño azul, abotonada hasta el cuello con botones de metal, que solo la usaba cuando figuraba como militar.

A los tres cuartos para las cuatro estaba montado en famosa mula y me despedía del general y de los demás señores que me empuntaban para Maracaibo, lugar que deseaba mucho conocer. En el pueblecito o Puerto-limón o de los Limones, el alcalde debía darme dos baquianos que me guiaran al puerto de "Los Cachos" para de allí seguir embarcado en el río Zulia. Tuve que detenerme mientras que dicho alcalde consiguió los guías. Seguí con mis dos compañeros y antes de una hora la oscuridad en la montaña era absoluta y con ella los guías se me desaparecieron, los llamé y los amenacé con devolverme a hacerlos prender y mandarlos donde el general haciéndolos responsables de los males que se causaban al gobierno por el atraso de la comisión. Yo hacía esta amenaza a voz en cuello y persuadido de que ellos estaban cerca, pero fue inútil mi diligencia y quedé entregado a la mula que excedió en mucho de las recomendaciones que el dueño había hecho de ella. El río había salido de madre y formado en su orilla chorros y caños que hacían peligroso el camino; pero la práctica y el instinto de aquella mula tan superior, suplieron la luz y allanaron las dificultades. Parece que fondeaba los pasos y escogía el punto por donde debía pasar; yo nada tuve que hacer, cerré los ojos y me entregué a discreción a la voluntad de aquel animal; porque la oscuridad me llevaba más que vendado. A las once de la noche me puso la mula en la puerta del dormitorio del guarda de bodega del puerto de "Los Cachos" ¡Hola! grité con toda mi voz, y repetí este grito dos veces aun alzando más la voz. Al tercer grito contestó una voz gruesa y como de un hombre ya de edad, diciendo "¿quién diablos va a estas horas?". — "Un comisionado del general en jefe del ejército de Venezuela". — "¿Qué quiere ese comisionado?" — "Que apronte usted un champán para las cinco de la mañana". — "Baaac; que buena hora para aprontar champán", y a esto abrió la puerta trayendo una linterna en la mano. El hombre era lo que representaba la voz, un hombre corpulento y de avanzada edad. Se me acercó, me metió la linterna por la cara, diciendo: "Quién es el que se mete de noche a la montaña estando el río crecido". Yo estaba de buen humor y me sentía ufano con las admiraciones del viejo empleado, y le contesté:

“Soy fulano, servidor de usted”. —“Gracias! que buen servidor, y antes de verme ya entra mandándome”. —“Yo no soy quien lo manda a usted, son las órdenes del general”. En este momento, reconoció la mula y dijo: “esta es la mula del señor tal, sepa, señor oficialito, que esta mula ha sido el ángel de su guarda; pero ¿por qué no se desmonta, piensa seguir esta noche embarcado en ella?”. —“Esperaba que usted me lo indicara”. —¡Gua, que oficial tan bien criado! pero apesar de eso, si yo volviera a ser militar no querría servir a sus órdenes”. —“¿Por qué?”. —“Porque usted parece muy cumplido y querría que todos lo fueran”. —“Creo, caballero, que usted no es venezolano ni cucuteño, ¿puedo saber de qué tierra es usted? —“¿por qué no? ¡soy bogotano!” —“Ah desde la guerra a muerte había oído decir que los santafereños eran chiquitos y que se burlaban de un entierro”. —¿Qué hay de champán?”. —“Pues hay tres con carga pero no han seguido porque cuando la creciente del río es grande no pueden entrar las falúas a recibir el cargamento y aquí hay mucha más comodidad para esperar a que baje el río. Si usted sigue mañana es probable que no pueda entrar en la laguna y que eche menos el viejo de “Los Cachos”, y ha de saber, que si por mí fuera no lo dejaría seguir, usted no iría a pasarlo mal y yo estaría muy contento con tener aquí un compañerito de quien me parece aprendería mucho, y a quien yo también podría enseñar algo”. Contesté los cumplidos y repetí la pregunta, “¿qué hay de champán?”. —“Con lo que le he dicho se resuelve a seguir?” —“Sí sigo, ese es mi deber”. —“Pues bien, voy a prevenirlo todo para las seis de la mañana, porque más temprano no es conveniente” y salió a dar sus órdenes; y yo aunque estaba contento con la conversación de aquel hombre me quedé dormido en el instante que salió. Volvió diciendo: “ya está todo arreglado; con las mismas cargas le hicimos un camarote en el que irá con comodidad. Va en el mejor champán y con un patrón que le ha de gustar mucho a mi capitán”. —“¿De qué capitán habla usted? yo no soy ni soldado, soy paisano”. —“Eso si no lo creo, ¿que usted no es militar?, imposible, ya se vé, es santafereño; se burla de un pobre diablo como yo”. —No, señor, no tengo para que burlarme de usted, le digo la verdad, no soy militar. Pero ¿cómo va en comisión militar?”. —“Por mi gusto y porque quiero servir a Venezuela que en dos años me ha hecho muchos favores y que hoy sostiene una causa que me interesa. Es preciso dormir algo”. —“Cierto, señor; pero le aseguro que me duermo queriéndolo y que lo voy a sentir mucho”.

Cuando desperté era ya de día, salté de mi hamaca, la descolgué y junto con mi demás equipaje la puse bajo el brazo y salí. Mi huésped ya tenía todo listo: un fiambre compuesto de una gallina, un pescado acabado de sacar del río, un racimo de hartones, unos huevos y unas arepas. “Aquí tiene caballero, este avío; por lo demás, el patrón gratificándolo, le proporciona todo lo que se pueda”. —“Bien, ¿qué debo por todo lo que se me ha proporcionado?”. —“Desde anoche le dije que me dormía queriéndolo y ahora viene a avergonzarme; a las personas que agradan y se quieren, tiene uno gusto en atenderlos”. Seguimos para la orilla del río y al despedirnos abrí los brazos; “que usted me abraza?”. “No recibe usted un abrazo de gratitud, de amistad y de cariño?”, —“¿pues no lo he de recibir?”, me estrechó con tanto afecto que sentí muy de veras separarme de aquel hombre tan natural y tan bueno. Seguimos nuestro rumbo río abajo.

El patrón del buque era como me lo había pintado el empleado de la bodega, pero tipo opuesto, pues este era flaco y largo y a pesar de lo descarnado se le notaban en un muslo dos grandes y profundas cicatrices, señales de dos tarascadas de caimán en lucha a muerte con uno de esos habitantes del río. Este patrón era supersticioso, había visto las ánimas caminando sobre las aguas del río y pasando de un lado al otro y he sido testigo de otros prodigios semejantes. En cuanto a batallas con tigres, con serpientes y caimanes contaba prodigios; pero todos los atribuía a la intercesión de algún santo. Lo que temía y me pronosticaba mi amigo de la bodega sucedió a la letra. Seis mortales días tuve que permanecer en unos ranchos inundados a tres cuartas de altura, subidos sobre barbacoas de guadua y pasando por palos a los barrancos, que quedaban en seco. El alimento fue constantemente rancho de plátano con pescado. El río por la creciente se veía tan turbio como el Magdalena; pero los bogas decían que en ocasiones era claro. A pesar de la creciente, me pareció menos caudaloso, menos tortuoso y más desplomado en su ribera que aquél.

Al fin apareció el buque deseado. Todo lo que había que hacer se hizo volando, a las cuatro o cinco horas de llegado el buque ya navegábamos en la hermosa laguna de Maracaibo y con viento favorable. Recuerdo los seis días de angustia que pasé esperando, pero no recuerdo el tiempo en que bajé el río ni el en que se atravesó la laguna. Me parece que se pasaron tres días sin ver tierra. Al fin, como a las diez de la mañana llega-

mos al puerto de desembarque en la ciudad. ¡Qué día tan hermoso! ¡qué vista tan pintoresca y alegre la de aquella ciudad! ¡qué gente tan contenta, tan lista, tan aseada la que se presentaba! ¡qué animación, qué vida la que se percibía en todo! Al desembarcar no mas, supe que el general estaba de convite en el hatico o quinta del coronel Yolí, pero que en aquel instante se alistaría la goleta que debía ir a traer al general y que en ella seguiría yo a donde él estaba. Luego que se supo de dónde venía y que era comisionado del jefe de la plaza, se me agolparon muchos curiosos haciéndome atenciones y dándome apretones de manos. En pocas palabras satisface la curiosidad de todos. Sin entrar a la ciudad, volví a embarcarme en una elegante goleta de guerra de las que tomó el ilustre Padilla en la gloriosa batalla que lo inmortalizó. Llegamos muy pronto a la quinta. El general por de pronto no me conoció; una sola vez habíamos almorzado y comido juntos y esto hacía más de un año. La poca barba que entonces tenía me la afeitaba y ahora me le presentaba barbado y de bigote.

Cuando me reconoció, me echó los brazos y me presentó a todos los convidados, diciéndoles: “Aquí tienen ustedes uno de los nueve atrevidos que atacaron al dictador en su fortaleza”. Entre los convidados estaban el doctor Romero, uno de los convencionistas de Ocaña que más se habían opuesto a las miras del general Bolívar. Los demás convidados todos eran decididos, también, contra la dictadura; así fue que me encontré muy bien recibido. Entrando en cuestión sobre el asunto de mi viaje, le dije al general Gómez: “Si el señor general Mariño no me hubiera dicho que usted había sido desterrado por el amor que tenía a los conjurados del veinticinco, yo no habría admitido la comisión que se me ha encargado, que no es únicamente cosa del general sino que se interesaron para que la aceptara, asegurándome que no volvería desairado, los señores Soto, Herreros, Baral y otros sujetos que no recuerdo”. —“Muy buenos abogados ha traído usted en el bolsillo; pero ciertamente, Acevedito, Mariño le ha dicho la verdad: yo, como otros muchos, teníamos grandes motivos por qué admirarlos y quererlos a ustedes. Cuando recordábamos los inmensos sacrificios que habíamos hecho para conseguir la independencia y libertad de nuestra patria y para fundar la Gran Colombia; cuando recordamos los inauditos esfuerzos que nos costó levantar el ejército para oponernos a la revolución de Páez, que la hacía con los batallones que el gobierno le había confiado para sostener la independencia de la patria y la

Constitución y leyes; cuando recordamos que teniéndolo rodeado y en vísperas de someterlo, llega el general Bolívar, se toma nuestras tropas, nos separa de ellas con pretextos y engaños y va y se abraza con Páez, lo vuelve a colocar de Comandante general de Venezuela, confirma todos los ascensos que dio a los que le acompañaron en su rebelión y les da los empleos que desempeñábamos con lealtad y nos despide del ejército de Colombia con letras de cuartel; cuando sabemos que vuelve a la capital de la República y allí se rodea de los enemigos de ella y llama la teocracia a sus filas, y con estos auxilios, sigue maquinando contra la República hasta que disuelve su gobierno y con sus nuevos aliados se hace proclamar dictador y se rodea de guardias y jefes que sostienen su poder, y que ustedes sin apoyo, sin un plan concertado, siquiera en la tercera parte de la República, solos, se lanzan contra una fortaleza donde está guardado un dictador de prestigio y nombradía; cuando recordamos todo esto, ¿cómo no hemos de admirarlos y quererlos? Acevedito, el coronel me dice que usted es uno de los convidados”. —“Muchísimas gracias, señor coronel, por el honor que recibo de usted; pero no me es posible aceptar este honor mientras el señor general Gómez no despache mi comisión favorablemente”. —“¿Y eso de dónde lo ha sacado usted?”. —“¿No se general, dijo uno de los convidados, que este comisionado viene con los bolsillos llenos de abogados?”. —“Sí, señor, repliqué, y hay algo más, sobre todos los riesgos y trabajos que he pasado en esta comisión, y seis días de angustia y de hambre, si salgo desairado, no puedo volver a comer pan a manteles”. El doctor Romero dijo: “no, señor general, es imposible que usted condene a una pena tan dura a ese joven. Tampoco es corriente que usted, mi general, retire de la mesa a nuestro nuevo convidado”. —“No hay duda de que este Acevedo es de estirpe de conspiradores: está aquí por conspirador, y apenas hace una hora que ha llegado y ya me ha hecho una conspiración para obtener lo que quiere; que así sea, y puesto que nos llaman, vamos a la mesa”. —“Gracias mil, señor general; ¿marcha la tropa y llevan los vestuarios?”. “Sí, pero si toman a Maracaibo y vuelve el dictador, queda usted comprometido a hacerle otra visita”. —“Corriente, señor general”. Grande fue el contento y cordialidad que hubo en la mesa: se brindó hasta porque Colombia volviera a aparecer unida, grande y gloriosa. Mi comisión nació en un convite y concluyó favorablemente en otro convite y debía volverme dentro del tercer día. ¡Pero quién había de pensar que tras de mí estaba la muerte asechándome! El general, el coronel y dos más de

los convidados, quedaron fuera de combate; fue preciso llevarlos en peso a embarcarlos. Llegamos a las nueve de la noche. El comandante Ramón Márquez, que se encontraba allí de segundo jefe del Batallón Caracas, ya había sabido mi llegada en comisión y estaba en el muelle esperándome para llevarme a su posada. En Caracas habíamos hecho amistad y juntos salimos de allí para Valencia a donde, por ser venezolano, lo destinaron a ser segundo de un cuerpo. Con mucho gusto me fui con Marquécitos, tanto más cuanto que el general iba tan mal parado. Al día siguiente temprano estuvieron a abrazarme los compañeros de prisión doctor Argañil, comandante Carujo, Rafael Mendoza, y nuestro carcelero del castillo de la Vijía, el amable y generoso capitán González. Nuestra charla fue larga y sabrosa y resultó de la relación de trabajos y aventuras que yo había sido el más favorecido de la fortuna. A las doce del día fui a presentarme donde el general. Me reconvino porque no me había ido a su casa. Le referí lo que había pasado y los compañeros que me habían rodeado; aceptó mis excusas, y me exigió que antes de irme fuera siquiera un día a comer con él, y arreglaríamos mi marcha.

Ese mismo día a las cinco de la tarde fui donde el doctor Arangure a entregarle mis cartas de recomendación. Cuando las leyó, me hizo mil ofrecimientos, me instó mucho que me fuera a su casa. Al tercer día muy temprano fui a donde el general a arreglar todo lo que tenía que ver con mi marcha fijada para el otro día; salí a despedirme del doctor Arangure y volver a comer con el general. Hice la visita de despedida, y al pararme a dar la mano al señor Arangure me hallé casi sin sentido, herido de la fiebre amarilla que reinaba en aquella ciudad. Fui alzado por este señor y otras personas de la familia, colocado en una cama, cuidado y tratado con un cariño y esmero como a un hijo. En el acto se llamó al doctor Arocha, médico de la familia. Al tercer día de mi enfermedad, en la visita de la oración, preguntó el doctor de dónde era yo, y cuando le dijeron que de Bogotá, dijo "entonces es casi imposible el salvarlo, es probable muera esta noche". Yo me sentía ya bueno y oía lo que el doctor decía, sin asustarme. Cuando salió el doctor se me acercó el señor Arangure para ver si ya agonizaba. "¿Usted, señor, cree lo que ha dicho el doctor?". "¿Qué ha dicho el doctor?", me replicó; "que esta noche muero, y yo creo que estoy bueno y que puedo levantarme mañana. El doctor Arangure, según me dijo después, tomó mi reposición por una de esas reacciones que en algunos enfermos suelen aparecer al tiempo de morir; sinembargo, él

llevó adelante mi idea de que estaba bueno; pero me dijo que no hablara, me callé y me quedé dormido. Muy avanzada la noche desperté y sentí que se me acercaba el doctor Arangure; le pregunté qué hora es, "son las cuatro de la mañana", me dijo. "Es ya de día, le gané al doctor, estoy sintiéndome bueno pero empapado en sudor. En el pabellón de los oficiales del batallón Caracas vive el segundo comandante que es Ramón Márquez, en el cuarto suyo dejé unas camisas: el se levanta muy temprano". —"Hace dos días que las mandó, están aquí y Marquecitos viene con frecuencia a ver qué se le ofrece a usted". —"Bendito sea Dios! donde quiera me va bien". Cuando acabé de decir esto, ya estaba solo, pero un momento después volvió mi protector con un compañero a vestirme. "No, señores, yo puedo hacerlo". Me senté en el acto, me quité la camisa y me froté con ella, costumbre que tengo todavía; tomé la que presentó el otro señor y me la puse; hice lo mismo con los calzones. Admirados, se quedaron mis enfermeros. Ayudé a mudar las sábanas, me acosté bien y les dije: "me siento muy sabroso y con sueño". —"Bueno, duerma usted todo lo que quiera y llame si se le ofrece algo". A las ocho vino el doctor: cuando entró, ya le había dicho todo lo que había pasado. Se me acercó, me tomó la mano y sacudiéndomela me dijo: "Caballero, me tiene tan contento como admirado el triunfo de usted sobre mí, pero hay en este triunfo alguna especialidad que es preciso examinar", y diciendo esto se sentó a mi cabecera, hizo sobre mí un examen minucioso: "está usted perfectamente bueno; pero la prontitud de su restablecimiento requiere mayor cuidado en su convalecencia; creo que usted es una persona muy bien educada y que será dócil a todas las indicaciones que le hagamos, especialmente a las que le haga el dueño de casa que se ha interesado tanto por usted como apenas lo habría hecho su mismo padre. Usted me ha dejado admirado con su instantáneo restablecimiento, insisto en que hay en esto alguna especialidad, alguna causa que está en usted, en su modo de ser; pero que la manera cómo, se puede decir, ha resucitado, ha sido tan singular, que yo en más de dos mil enfermos de esta fiebre, que he asistido, no había visto un caso igual ni remotamente parecido. Un habitante del interior de Nueva Granada, salvarse en Maracaibo de fiebre amarilla es un caso que ni lo he oído!".

A los veinte días de haberme enfermado me dio de alta el señor Arangure y me permitió volver a mi posada. La bondad de este señor y su familia para conmigo fue inmensa; solo Dios

habrá podido recompensarla. En mi posada supe que el coronel Escolástico Andrade se encontraba en la ciudad con trece oficiales más; que el jefe de la plaza los había recibido con mucha generosidad; pero que ya se estaba sospechando de sus intenciones. Comenzaron a seducir la oficialidad del batallón Caracas, exagerando el inicuo trato que daba el nuevo gobierno de Colombia a los venezolanos; que un soldado granadino estaba mejor tratado y pagado que un oficial venezolano; que el Libertador había dejado en la Tesorería más de dos millones de pesos, y que a pesar de esto habían despedido a todos los venezolanos no dándoles sino media ración y negándoles los sueldos que se les debían. Decían que cuando el general Rafael Urdaneta había venido hacia Chocontá con carácter de liberal, a impedir la vuelta de las tropas sobre Bogotá, no había sido sino a tomarles juramento de que pondrían sus espadas al servicio del Libertador llegado el caso; que este juramento lo habían hecho reunidos a media noche con el general en la hacienda de Tilatá.

De esta clase eran todas sus conversaciones. Más adelante, se comenzó a rugir que los negros de aquella plaza trataban de hacer una revolución contra los blancos. Aparecían pasquines: “¡Abajo los blancos! Maracaibo es de los negros. Los blancos son todos monarquistas. Viva el general Padilla, negro que con otros negros libertó esta ciudad”. De este jaez eran los pasquines que amanecían todos los días.

El citado coronel Andrade se presentaba con otros sujetos, ya bien conocidos, donde el general Gómez, haciéndose los muy alarmados, a ofrecer sus servicios y a inspirarle desconfianzas contra la tropa, porque sabía que parte de ella estaba comprometida con los negros. El general no dejaba de tener sus sospechas de los negros, porque guardaban silencio y no desmentían los pasquines; pero también tenía su desconfianza en sus protegidos bolivianos. El comandante Carujo y yo fuimos los primeros en atribuir públicamente los pasquines al coronel Andrade y sus oficiales y en defender a los negros como que se les calumniaba. Un negro, decente en todo, se acercó a nosotros que íbamos de paso, a darnos las gracias porque los defendíamos y a decirnos que él sabía los planes de los bolivianos, y que si nos parecía conveniente lo denunciaría todo al general, con eso él mismo podía cogerlos a todos reunidos en una casa hacia el arrabal que era donde se reunían tarde de la noche. Nosotros le contestamos que lo hiciera cuanto antes, pero que no fuera delante de nadie;

y que si quería iría yo donde el general a prevenirlo para que lo recibiera. “¿No será mejor que vamos juntos?”. Carujo le contestó diciéndole que no, porque eso daría sospechas a los bolivianos si nos vieran entrar juntos donde el general. Convenimos en todo lo que debía hacerse y en el acto marché a prevenir al general, que estuvo pronto para recibir el denuncia. Salí al lugar donde me esperaba el negro y le dije que lo estaba aguardando el general. En esta entrevista quedó todo arreglado para esa noche en que tenía lugar la reunión de los bolivianos.

El comandante del batallón Caracas, que era un señor Rodríguez, antioqueño, debió introducirse en una casita contigua a la que servía de punto de reunión a los contra-revolucionarios: esta casita estaba habitada por una negra muy pobre, hermana del denunciante. Allí podía situarse el comandante de modo que quedaba en aptitud de oír y observar. La reunión no fue plena esa noche, faltó un señor Baral, que parecía ser el jefe de aquella conspiración y faltaron tres oficiales de los compañeros de Andrade. Tal vez por la falta del jefe, no hubo embarazo en condenar a muerte a los jefes y capitanes de los cuerpos que guardaban la plaza y a todos los septembristas que se encontraban allí. Al general Gómez y a otros muchos sujetos de importancia, que eran liberales conocidos, debía embarcárseles en el acto y llevárseles a la mayor distancia posible de las costas de Venezuela. Al oír esto salió al instante Rodríguez y trajo dos compañías ya listas y prendieron a todos los de la reunión sin que pudiera escapar uno. Fueron llevados donde el general que ya los esperaba. El comandante los presentó como cogidos conspirando. Andrade negó que aquella reunión fuera para conspirar, que de lo que se trataba era de ver como se evitaba la revolución de los negros. Entonces Rodríguez les replicó diciéndoles lo que él les había oído en el tiempo que él había permanecido observándolos, y que habiendo oído de lo que se trataba no había vacilado en salir al instante a traer la fuerza que ya estaba preparada, para el caso de que fueran ciertos los denuncios que se habían dado. La firmeza y tono del comandante desconcertaron al coronel que no acertó a decir una palabra. El general les hizo algunas preguntas y terminó su interrogatorio diciéndoles que él los condenaba a la pena a que ellos lo habían sentenciado, pero que no sería tan riguroso en llevarlos a la mayor distancia posible de las costas de su patria, que más bien los iba a introducir más en ella, y que ahí tenían esos dos oficiales como asistentes; que comisionaran a uno de entre ellos, no siendo el coronel, para que trajeran sus equipa-

jes, pues de allí saldrían a las cinco de la mañana a embarcarse. El coronel Andrade le dijo al general que les hiciera el favor de conmutarles la pena por pasaportes para la Nueva Granada, con palabra de no intentar nada contra Venezuela. Gómez le contestó que aquello le era absolutamente imposible y que su decisión era irrevocable respecto de los oficiales, que en cuanto a los vecinos de la ciudad, los dejaba en su poder pues ellos debían comprender que aquello era otra cosa. Con esto terminó el segundo intento de los bolivianos, para apoderarse de Maracaibo, considerado por ellos como la llave de Venezuela. Terminó también la revolución de negros que no dejaba de inquietar.

Mis lectores recordarán que el primer intento sobre Maracaibo fue el envío desde Cartagena del batallón Boyacá a órdenes del coronel Fermín Vargas; que este batallón así que llegó a su destino se pronunció contra la dictadura; que luego que el general Bolívar salió de Bogotá el coronel Vargas con su batallón marchó para la capital a ponerse a órdenes del nuevo gobierno, y que este batallón fue el que derrotaron los santuaristas que proclamaron la dictadura del general Urdaneta. Estos intentos son también comprobantes de la gran revolución que quedó concertada en la capital de la República al tiempo de la salida del dictador para la costa.

En estos días había llegado el doctor Florentino González y como mi mansión allí no tenía ya objeto, y mis pocos recursos se agotaban, pues no juzgué regular, habiéndome quedado por mi gusto y solo de paseante, seguir cobrando sueldo como en servicio, acepté la invitación de Florentino, de que nos viniéramos juntos para Cúcuta, advirtiéndole sí que yo no salía con gusto de Maracaibo porque era para mí un país muy alegre, bello y animado, y cuyos habitantes me gustaban y los quería; que sin el calor, que me parecía insoportable, me quedaría allí con gusto por mucho más tiempo: es decir que le pedía paciencia. Arreglamos todo, gasté tres días en despedidas, porque pasé un día entero con el general que estaba de paseo en uno de esos deliciosos hatos a orilla de la laguna, cuya principal belleza consiste en las calles de hermosísimas palmas de coco, cuyas hojas vienen a unirse y formar una bóveda a manera de un templo elegante. Otro día comí en casa del señor Arangure, de quien me despedí con grandísima pena, pues se puede decir que le debía la vida, y el último, comimos todos los compañeros de suerte y nuestro querido capitán González en el café donde comíamos

siempre Marquécitos y yo. El doctor Argañil me dijo que no me admitía la despedida allí, que tenía que ir a decirle adiós a su posada. Esa noche fui y me manifestó que quería decirme que sentía mucho que me fuera solo con Florentino, que no era republicano sino un ambicioso con mucha gana de figurar; que temía que maleara en su compañía; que mis ideas en política eran sanas y buenas, que no las fuera a corromper. Mucho tenía que agradecer este interés del anciano Argañil, pues a pesar de ser yo un joven pobre, sin instrucción y sin hogar, siempre me distinguí entre todos mis compañeros.

Un hecho notable: los prosritos que nos hallábamos en Venezuela y muchos de los que estaban fuera de Colombia, nos unimos de buena voluntad a la revolución de Venezuela que tenía por objeto combatir la dictadura y afianzar la libertad de las Repúblicas. Solo el capitán Emigdio Briceño, venezolano, condenado a presidio por el dictador, aunque recibido en Puertocabello en el establecimiento del presidio, fue bien tratado como sus demás compañeros y luego puesto en libertad por Venezuela. También fue el único que se separó de todos y marchó a Bogotá a pedirle colocación en el ejército al señor Mosquera. Este magistrado no podía colocar a Briceño, sin condenar la dictadura y aceptar la revolución de Venezuela, por lo que se vio precisado a no darle colocación. En el acto se pasó o los rebelados contra el gobierno, y luego que fue vencido el señor Mosquera, marchó con su pariente el general Justo Briceño a someter la provincia del Socorro en donde hicieron prisioneros seis o siete oficiales a quienes fusilaron inmediatamente. Más tarde siguieron a los valles de Cúcuta y allí lo mandó el general su pariente, en comisión hacia los granadinos que nos hallábamos en San Antonio del Táchira. El general Piñango, que era entonces el jefe de la línea, me autorizó para recibir la comisión de Briceño: el objeto era persuadirlos que debíamos abandonar la causa de Venezuela y pasar a la Nueva Granada a sostener la dictadura del general Urdaneta. Nuestra conferencia se agrió, y Briceño fue el que concluyó con aquellas memorables palabras que ya he citado en uno de mis escritos y que fueron estas: "Chico, la Nueva Granada es una marrana y es un majadero el que no le saca su tajada".

Al fin salí para Cúcuta con mi compañero doctor Florentino González. Atravesamos la laguna y tomamos por tierra dando vuelta por las provincias de Trujillo y Mérida y al pasar el páramo de Mucuchíez, tuve por qué recordar las advertencias del

doctor Argañil y observar que no le faltaba razón en su modo de juzgar a Florentino. En el centro del páramo, para distraerme del frío iba cantando una canción que me había enseñado una preciosa caraqueña cuando advertí y vi en una hondura, un rancho de vara en tierra rodeado de una pequeña sementera de papas que estaba desyerbando un hombre de aspecto muy pobre y que del rancho salía un muchachito medio desnudo, a llevarle al hombre una taza que este recibió y se puso a tomar a cucharadas lo que iba en ella. Paré mi caballo, dejé de cantar y dije a Florentino: mire qué cuadro. —¿Cuál? me contestó. —El que se presenta en ese ranchito. —Nada tiene para mí de poético ni de notable. —No es por lo poético que llamo la atención hacia él, es por lo triste y que da lugar a consideraciones sobre el desnivel de la sociedad. —Vaya con la que sale usted; el que nació para el azadón que aguante azadón. —Sí, que aguante su azadón pero que le dejen el triste y pobre producto de su azadón; que no venga el diezmero a diezmarle sus surcos; que no venga el primiciero a contarle de siete uno; que no venga el mayordomo de fábrica a cobrarle la limosna para el culto después de que ha comprado los bienes que recibe del culto; que el gobierno no venga también a esquilmarlo, y más tarde cuando ya estén aniquiladas sus fuerzas y necesite del apoyo de su hijo no se le aparezca a media noche el señor Alcalde a arrebatárselo y se lo amarre y lo lleve como un criminal. —Que detenga usted su caballo, que deje de cantar la linda canción para ponerse a pensar en majaderías que usted no puede remediar! Juanito, si se mete a filántropo no saldrá usted de haber sido un pobre diablo. —Florentino, prefiero ser un pobre diablo a ser un diablo rico. —Sí, pero siga con *El tiempo fue*. —No sigo; ya se me quitó la gana de cantar y hasta de hablar; andemos; y piqué mi macho y seguí pensando en el doctor Argañil y en lo superficiales que eran en Florentino, el patriotismo y el liberalismo. Seguimos, y después de seis días de marcha llegamos al valle de Cúcuta; pasamos a San José y hallamos que sus moradores estaban alarmados; que llegaban emigrados del interior de Nueva Granada trayendo noticias de violencias y fusilamientos ejecutados por el general Justo Briceño en varios lugares de la provincia del Socorro y que marchaba sobre Cúcuta como jefe de operaciones. El general Fortoul, el coronel Toscano y el doctor Soto eran entre otros, los recién llegados de Pamplona. El doctor Soto no dudaba que Briceño, hallando la línea del Táchira desgarnecida, avanzaría sobre Venezuela. El se dirigió especialmente al doctor González y a mí, haciéndonos ver el inmenso peligro que corríamos si caía-

mos en manos de Briceño; que era seguro que no nos daba capilla. Por fin nos obligó a unos cuantos a que emigráramos aquella misma tarde. Pasamos el Táchira, y como a las ocho de la noche llegamos a la hacienda de un amigo del doctor. Allí se tomaron precauciones para no ser sorprendidos y al amanecer nos pusimos en marcha para San Cristóbal. Como a las nueve de la mañana llegamos a aquella villa. A la entrada no más encontré un mozo que llevaba un tercio de leña para vender, se lo compré para cuidar la mula que el general Fortoul me había dado la víspera para que me sirviera de ella todo el tiempo que fuera preciso. El doctor Soto se había adelantado, y cuando salió a montar para seguir en fuga y vio que yo desensillaba mi mula, se me vino bravo: —¿Qué es lo que hace usted, Acevedo? ¿Sabe usted si ya nos alcanza la partida que le ha de cortar la cabeza? Usted tiene más de dos dedos de frente, no haga el disparate de quedarse aquí. —Pero doctor, ¿no se esperaba la llegada del coronel Concha, no se esperaba la llegada de un comisionado que debía traer noticias seguras? ¿Por qué no esperamos aquí siquiera para saber si nos persiguen? ¿Ayer mismo en San José no había rumores de que Urdaneta estaba casi en el suelo? El sabe que no tiene mucho prestigio en Venezuela. que los planes sobre Maracaibo han fracasado; parece imposible que intente nada sobre su patria. —Sí, Acevedo, espere usted a Concha que es otro temerario. Doctor González, ¿usted también se queda? —No, señor, yo sigo a Caracas con el objeto de que ya hemos convenido; pero a Juanito no le falta razón en quedarse; que se quede y vámonos los que nos hemos de ir, aquí estamos perdiendo tiempo; diciendo esto montaron él, Floretino y otros dos señores que no recuerdo, pero que eran pamploneses. El señor Martínez, rico capitalista, era el dueño de la casa; tenía relaciones con él, pues en las dos veces que había pasado por aquel lugar, había llegado a su casa. Se me acercó, y me dijo: —Mucho miedo lleva el doctor Soto, no lo pude reducir a que se quedara a almorzar; se ha ido como bravo con usted. —Lo siento porque lo quiero y él es por aprecio que quiere que lo siga, pero yo con mi miedo tengo y no me gusta ir espantado sin saber si es cierto el espanto.

A las once de la mañana no más llegó posta del coronel Concha avisando que había pasado a San Antonio con algunos jóvenes y setenta milicianos de San José, que voluntarios lo seguían. Decía también que se esperaba al coronel Cruz Paredes con un batallón de milicias de Mérida. Esto es bastante para

regresarme al valle, lo que verifiqué esa misma tarde. Llegué y tuve el gusto de encontrarme con el coronel y muchos de los jóvenes con quienes ya era camarada. Entre ellos estaba Vicente, hijo del coronel, joven instruido, buen mozo, recién llegado de París y sumamente simpático: estaba el capitán Rangel, cuñado de Vicente, y otros jóvenes decentes. Todos se hallaban disgustados porque el coronel los habían hecho salir de San José, con tal motivo tuvimos una reunión, en la que se acordó instarle al coronel para que volviéramos a ocupar aquella ciudad. Vicente y yo fuimos los comisionados ante el coronel, que estaba de muy mal humor, y nos recibió con disgusto, nos regañó y nos dijo que no sabíamos ni dónde estábamos parados. —Siento mucho que usted haya venido a sufrir el mal humor de mi padre; porque el general Fortoul no pudo resistir como Intendente de Boyacá a la dictadura de Urdaneta, mi padre está hecho una furia con todos; ya no lo podemos aguantar: si le hacemos alguna indicación se molesta y si callamos dice que nada se nos ocurre, que no servimos para nada. —Paciencia, Vicente, es su padre y ha lidiado tanto por la Independencia y libertad de su patria que ya debe de estar cansado y casi desesperado de ver que no hay esperanza de tranquilidad; pero puede que venga algún suceso favorable y con esto se le quite el mal genio. —Nada de esto; los motivos de disgusto crecían; la fuerza que condujo el coronel Paredes, constaba de ochenta milicianos de Mérida que no tenían la más pequeña idea de milicia, solo había un sargento español y un cabo tambor que entendían de manejo de armas. Los oficiales eran artesanos acomodados, pero que apenas sabían saludar. El coronel Concha no tenía recursos para sostener su gente, y Paredes le dijo que si le daba raciones, tenía que incorporarse en la fuerza de Venezuela. Después de muchas discusiones Concha tuvo que ceder; pero no se conformaba con estar a órdenes de un jefe de ayer, como él decía. Los voluntarios de San José eran despiertos y altivos y los forzados milicianos de Mérida, escogidos y pusilánimes. El servicio lo hacían los cucuteños, cuando querían. Los disgustos eran continuos.

Un día previno Paredes, en la orden general, que el servicio se alternara rigurosamente, que se hiciera ejercicio a tarde y a mañana y que toda la tropa durmiera acuartelada. La incomodidad del coronel Concha fue grande, y para mi desgracia, se le antojó que yo había de ser el parlamentario o mediador. Concha decía que era una torpeza de Paredes querer aplicar el rigor

de ordenanza a voluntarios extranjeros que concurrían a servirle. Paredes replicaba que no comprendía cómo Concha, un coronel de mucha experiencia y de mucha instrucción militar, podía figurarse que al frente del enemigo se podía permanecer con fuerzas indisciplinadas y cómo podía suponerse que un jefe de vanguardia, cubriendo una línea fronteriza con Nación enemiga, no tenía órdenes superiores que cumplir. Lo peor de todo para mí era que Paredes tenía razón, porque todos los días recibía quejas de la insubordinación de los voluntarios cucuteños. Ensayé aplacar al coronel Concha y persuadirlo de que estaba en nuestros intereses evitar un rompimiento entre las tropas del dictador y las de Venezuela, porque cualquiera que fuera el resultado sería funesto para nuestra patria. Que un pueblo que sacudía el yugo por mano ajena se esclavizaba, y que si Urdaneta triunfaba, el absolutismo se hacía invencible. Que a Paredes no le faltaba razón en desear que la tropa tuviera disciplina y buen comportamiento. Le dije que me constaba que el coronel Paredes le tenía cariño y lo respetaba. —Buen cariño y buen respeto, y quiere figurar conmigo. Usted ya es más venezolano que granadino, está de parte de Paredes; por fortuna usted no vino ahora conmigo; puede hacer lo que le dé la gana que yo también haré lo que se me antoje, y me volvió la espalda diciendo: —Advierta, Acevedo, que las armas que usted tiene son de la Nueva Granada. —Lo sé, señor, quedan en casa de usted, y me salí. No llevaba cólera sino un dolor profundo. Quien sabe si yo había faltado o si era que Concha empezaba a perder la razón. Pasaron cuatro días y mientras más pensaba en los muchos desagradados que se habían tenido en poco más de dos meses mas me persuadía de que el coronel estaba medio desesperado y en peligro de una enajenación mental. Al quinto día, en el instante de levantarme, lo primero que supe fue que el coronel Concha se había ido con los cucuteños, a tomar a San José. ¡Concha, que poco más de dos meses antes había mirado la ocupación de San José como una enorme bestialidad y esto cuando no había fuerza que se opusiera, que venga a intentarlo cuando está de por medio un general aguerrido que tiene un batallón de seiscientas plazas de lo más lucido del ejército colombiano y el famoso escuadrón Guías de Colombia con el tremendo coronel Bizaez de jefe! Ya no quedaba duda de que el coronel había perdido el juicio. La expectativa para todos fue tremenda, no podíamos esperar sino cuando más un triunfo momentáneo pero seguido de consecuencias muy graves, y que era probable trajeran una guerra larga y desastrosa.

Al principio el coronel Paredes intentó resistir en dos casas altas en la esquina de la entrada a la plaza, pero el general Fortoul y otros sujetos lo disuadieron de semejante cosa. Entonces hizo formar los reclutas en la salida de la plaza listos para correr al cerro. El coronel, dos oficiales, el sargento, el cabo tambor y yo listos con nuestros caballos a la mano y tres cargas de pertrecho para echarlas por delante, el cabo quedó a pie. Paredes insistía en que aunque fuera cierta la derrota y muerte del coronel, el general Carrillo no pasaba la línea. El general Fortoul, el coronel Zapata y otros sujetos que estaban recién llegados de vuelta de la emigración con el doctor Soto, no esperaron más razones y se pusieron en marcha para el centro de Venezuela.

Poco más de las ocho de la mañana serían cuando nos llamaron a almorzar. En la mitad de esta operación íbamos, cuando oímos el fuego ya en las calles: nos pusimos a caballo; el coronel se adelantó a la boca-calle de la plaza por donde venía el enemigo y desplegó un pañuelo blanco; el fuego cesó y paró la tropa; pero al entrar en palabras, un entusiasta hizo fuego a retaguardia del batallón y mató un sargento, entonces el jefe del Cuerpo, que era el comandante Calasancio Gómez, dio la voz de "fuego, avancen". No sé cómo se salvó el coronel de aquella descarga, pero el hecho fue que pronto tomamos la cuesta y que de los siete que íbamos solo murió el cabo tambor, por el fuego que nos hizo una partida que de la retaguardia salió a cortarnos. Al oír la descarga no quedó uno solo de los de los reclutas a esperar órdenes, ni en los tres días de derrota se halló uno para un mandado. Cuando coronamos la altura paramos y nos pusimos a observar al enemigo: estaba formado en la plaza; el batallón ocupaba todo el frente a nosotros y el escuadrón Guías el costado derecho; éste echó pie a tierra y la infantería hizo pabellones. Esto demostraba que no nos seguían de pronto; pero el coronel creyó conveniente dejar el camino nacional y tomar uno de varios que desviaban: así lo hicimos y esto nos hizo sufrir bastante, sin necesidad. Cuando llegamos a la Grita ya estaba allí un oficial del general Carrillo con pliegos en que daba y pedía explicaciones por haber pasado la línea. Paredes siguió con sus compañeros para Mérida, yo me quedé a esperar al general Piñango que traía mil hombres, según decían. En esta fuerza se encontraba Rafael Mendoza mandando el cuerpo que se había sacado de Maracaibo. Llegó el general Piñango, y seguí con él para San Antonio. El general Fortoul y sus compañeros de emigración

también bajaron al valle. A Mendoza lo dejaron en el pueblecito de Táriba, con su batallón.

Entre los nuevos oficiales que vinieron al Táchira, había bastantes con deseos de ser conquistadores o libertadores de la Nueva Granada, a esto se agregaba que muchos de los emigrados de Cúcuta y Pamplona estaban ya cansados de idas y venidas y deseaban con ansia un rompimiento porque esperaban con él poder pasar a sus casas; pero había también bastantes granadinos que nos oponíamos a esto considerándolo como una calamidad mayor que la que se iba a remediar. Mendoza había recibido cartas exitándolo a que procurara un rompimiento, y dándole instrucciones de cómo podía efectuarse. El me mostraba estas cartas que yo combatía sin descanso. Por fin fue preciso trasladar, el batallón al valle porque la tropa se había enfermado en Táriba. Como Mendoza estaba vacilante, yo temblé de esta llegada y no me separaba de él. Dos pequeños incidentes vinieron a decidirla en favor de mi opinión. Las viudas y huérfanos de la catástrofe de Concha pasaron emigrados a donde estábamos nosotros, ni Piñango ni ninguno de sus oficiales les hicieron la más pequeña atención, hallándose entre estas emigradas la viuda y la hija del coronel Concha. Notamos mucho esta indiferencia y descortesía. A la semana siguiente da Piñango un convite a los Briceños, venezolanos radicados en el Rosario que fueron los que proclamaron la dictadura de Urdaneta en el valle; los que habían ocultado en su hacienda parte de la tropa que sostenía con Carrillo la dictadura y los más furiosos perseguidores de las familias liberales de Cúcuta. A estos enemigos que tanto mal habían hecho, es a lo que atiende y convida seguramente, a celebrar la muerte del general Concha, que tanto había hecho en defensa de la independencia y libertad de su patria y que en aquella ocasión había prestado servicios importantes a la causa que estaba sosteniendo el general Piñango.

La muerte de este intrépido general y la de su estimabilísimo hijo, fueron un acontecimiento muy luctuoso para los republicanos granadinos que nos hallábamos en el territorio de Venezuela. El Estado Mayor y los edecanes del general Piñango, fueron a orillas del Táchira a recibir en triunfo a los enemigos de la causa proclamada en Venezuela, y a este convite no fue invitado ningún granadino ni Mendoza, que era el jefe en que más confianza se tenía.

Ve, le dije a Mendoza, si recibimos la libertad de Venezuela, es seguro que el Presidente en nuestra patria, será el dictador Urdaneta y que seguirán siéndolo los generales venezolanos de más nombradía. Mendoza y los demás granadinos que deseaban el paso de las tropas de Venezuela al territorio granadino, abrieron los ojos con estos hechos, y se persuadieron del peligro que corría la libertad de la Nueva Granada, si la debía a tropas auxiliares.

Poco antes de esta última época de mi permanencia en Venezuela fue que el general Justo Briceño estuvo en Cúcuta y cuando pasó lo de la comisión de Emigdio Briceño que ya tengo referido. Este general volvió al interior de la Nueva Granada a ponerse a la cabeza del ejército que debía detener al general Moreno, que marchaba sobre Bogotá. El general Moreno lo esperó en Cerinza, en donde con tropas muy inferiores en número, lo derrotó completamente. A esto se sigue la capitulación del dictador Urdaneta, ante la opinión y ante un ejército sin más instrucción militar que su entusiasmo, sin más uniforme que unos retazos de bayeta de colores puestos en forma de ruanas.

Caído el dictador, el general Carrilo y los coroneles Bizaez y Gómez con sus tropas, pasaron a Venezuela donde fueron muy bien recibidos por el general Piñango.

La pasada de estos jefes con sus tropas a Venezuela, fue la última boqueada de una revolución maquinada en toda la extensión de la Gran Colombia, y que tenía por objeto acabar con el gobierno republicano, llamar nuevamente al dictador Bolívar y seguir con él los planes liberticidas. La suerte favoreció a la República. Las maquinaciones sobre Venezuela, se evaporaron. La marcha del Gran Mariscal de Ayacucho al Sur a someter de grado o por fuerza al general Flórez, fue detenida por la ambición, con una lamentable tragedia. La dictadura provisoria del general Urdaneta, proclamada sin ninguna razón que la disculpara, por tropas en su mayor parte venezolanas apoyadas por un pueblo ignorante, exitado por algunos clérigos y frailes, sucumbió también al impulso irresistible de la opinión. Bolívar, el héroe de la Independencia, fue llamado por el Altísimo, y con este grande acontecimiento cesaron por entonces las maquinaciones contra la República, y las tres secciones de que se componía la Gran Colombia volvieron a reconstituírse en naciones independientes con los territorios que tenían antes de separarse de la madre Patria.

Con esto quedaba ya libre el camino para mi país natal; tenía, pues, que dejar a Venezuela, donde había permanecido más de dos años recibiendo favores constantes y un trato benévolo y generoso. Desde que puse el pie en esta República, la suerte, con muy pocas excepciones, me fue propicia. Puedo asegurar que por un agravio, recibí mil beneficios. Portocabello, La Guaira, Caracas, Charayabe, Barquisimeto, Mérida, La Grita, San Antonio del Táchira y Maracaibo, fueron las poblaciones donde permanecí algún tiempo; en todas recibí más favores y atenciones que los que yo merecía. Las personas que más me favorecieron están recordadas en esta narración: quizá ya no existirá ninguna de ellas; pero acaso llegara a manos de alguno de sus descendientes esta obra, escrita cerca del término de mi existencia y después que han pasado cuarenta y ocho años sobre los acontecimientos que narro. Por ella se persuadirán que el tiempo no ha podido borrar de mi memoria los beneficios recibidos, ni de mi corazón la gratitud y reconocimiento que justamente merecen y que conservaré siempre como es debido.

Mi entusiasmo en la línea, en favor y defensa de la causa proclamada en Venezuela, fue un testimonio de ese reconocimiento y de esa gratitud. A pesar de mi inestabilidad e inquietud, en mi larga permanencia en Venezuela, no dejé de observar algo. Noté que el pueblo de aquel país es generalmente más aseado, más despejado e inteligente; menos abyecto y servil que el de nuestras poblaciones del centro. Noté que en las ciudades hay muy pocos limosneros y que estos están limpios, no inmundos y pestilentes como lo son la mayor parte de los de Boyacá y Cundinamarca. Noté que el clero, en lo general, se entrega con más franqueza a la embriaguez, al juego y al libertinaje; que es menos atendido y considerado de sus feligreses; que se mezcla menos en los asuntos políticos y administrativos del lugar; que el tratamiento que generalmente le dan es el de padre cura. Los vecinos de ínfima clase no llegan donde el párroco postrándose, diciéndole bendito, llamándole *mi amo cura*, *mi amo doctor* y suplicándole que les haga tal o cual servicio por amor de Dios; aun cuando el servicio sea de obligación y pagado. No, no se humillan tanto. Más de una vez presencié que un vecino pobre llegaba donde el cura y le decía sin más rodeos: "*Buenos días, pe-cura, mi mujer tá muriendo, vea si va confesarla o no*".

CAPITULO V

REGRESO DEL VALLE DE CUCUTA A MI PAIS NATAL, BOGOTA — VUELVO A SER AGRICULTOR, Y DESPUES DE VEINTE AÑOS TOMO PARTE ACTIVA EN LOS ACONTECIMIENTOS POLITICOS DE MI PATRIA SIN ABANDONAR POR ESTO MI OCUPACION DE CAMPESINO.

Al fin me despedí de Venezuela; pasé a la villa del Rosario, y el único día que me era posible permanecer en el ameno valle de Cúcuta, lo pasé en casa del muy estimable y bondadoso general Fortoul. Mi extremaña pobreza me obligaba a no desperdiciar la primera ocasión que se me presentaba para volver a mi país natal. El coronel Bonifacio Rodríguez, compañero de prisión desde Bogotá hasta Puertocabello, tenía pasaporte con los bagajes que le correspondían. El también estaba escaso de recursos, pero le sobraba un bagaje y me lo cedió. Con esto tenía compañero, ahorrraba fletes y peones para devolver los bagajes, en el largo viaje desde Cúcuta hasta Tunja.

De convite en casa del general y su excelente y estimable familia, de la que había recibido muchas manifestaciones de amistad; en vísperas de viaje con el carácter de ausencia eterna, sin serme posible despedirme de San José, población en la que había pasado días muy felices; con solo cuatro pesos en el bolsillo y una capotera con una muda de ropa y una hamaca que iba a dejar de servirme; tal me encontraba al emprender mi largo viaje. Podía haberme quedado en Cúcuta, se me brindaba trabajo y no he sido perezoso ni vicioso; pero la familia y la patria tienen una atracción irresistible. Tres años de ausencia me obligaban a marchar. Desde la derrota que sufrimos después de la muerte del general Concha, en la que perdí mi equipaje que pasó a ser propiedad de los soldados del general Carrillo; dejé también de pertenecer al ejército de Venezuela, pues viendo ya tropas debidamente organizadas no podía continuar en ellas sin colocación expresa, la que me era imposible aceptar, porque lo rechazaba absolutamente mi carácter del todo independiente.

El joven Luis Briceño, agricultor del Rosario y que había sido nuestro compañero en campaña y emigración, me dio veinte pesos en reales y medios, diciéndome que aquella era la moneda propia para viaje; le contesté, que en el caso en que me encontraba era algo más que propia, era vital. El señor Patiño, comerciante de San José y compañero de emigración, también me dio aquella tarde un libramiento contra el coronel Zapata, que

se hallaba ya en Pamplona, por valor de treinta y cinco pesos. Tenía, pues, a pesar de que mi viaje había sido improvisado aquel día, sesenta pesos, bagaje y compañero hasta Tunja, ¿Qué más podía apetecer? Al día siguiente a las cuatro de la mañana nos pusimos en marcha llevando consigo cartas de recomendación para Pamplona, donde fuimos muy bien recibidos en casa de un joven Gallardo. El bondadoso coronel Zapata, que también había estado emigrado con nosotros en Cúcuta, me cubrió el libramiento, dándome cuarenta pesos; le observé que no eran sino treinta y cinco. Me contestó, que era que Patiño se había equivocado. —Será seguramente que él quiere que yo no reciba sino lo que dice el libramiento. —No me obligue Juanito, reciba lo que le entrego, que yo respondo por todo. Este excelente sujeto estaba pobre; le daba vergüenza auxiliarme con tan poco y al mismo tiempo temía ofenderme. Estuvimos tres días en Pamplona; oímos dos misas y nos admiramos de ver en el altotano largas hileras de suecos sin que se notara la menor equivocación al tomarlos sus respectivos dueños. El frío que se sentía en aquella ciudad me obligó a comprar dos ruanas de lana, la una buena que me costó siete pesos y la otra de valor de veinte reales. La buena me la robó el asistente de mi hermano José, al desmontarme en Bogotá. La inferior, luego que ya fui padre de familia, pasó a servir de frazada y se conserva, aunque sin pelo, dando testimonio de su vejez y de sus constantes servicios.

Continuamos nuestra marcha; llegamos a Cerinza, donde nos detuvimos dos días. Los habitantes de aquel lugar eran muy liberales y estaban ufanos con el triunfo de la libertad, obtenido por el general Moreno, en su propio pueblo. Al tercer día seguimos nuestro camino. Llegamos a Tunja; allí tenía Rodríguez amigos y yo posada en casa de un talabartero chino que era compadre de mi cuñado Juan J. Neira, y que había sido mi posada años atrás cuando mi madre me mandó a vender al señor Gómez Polanco una casa de propiedad de mi padre. Mi huésped me arregló el viaje proporcionándome un buen caballo y un mozo, también a caballo, que me acompañara. Me separé del coronel Rodríguez, tomé la vía de Samacá para venir a la hacienda de mi cuñado Neira. Este hermano político y mi hermana Liboria fueron las primeras personas de mi familia que tuve el gusto de abrazar después de tres años de ausencia. A mi cuñado lo encontré herido en un brazo, en lucha contra el dictador Urdaneta. El me refirió lo injustificable de la revolución hecha al señor Mosquera; la indigna conducta de algunos clérigos y frailes,

levantando pueblos ignorantes, haciéndoles creer que iban a defender la religión cuando a lo que iban era a ponerse amos venezolanos.

Como cuatro días permanecí en casa de mi hermana. Allí supe que mi madre había dejado el campo y que se hallaba en Bogotá. Seguí para esta ciudad donde tuve el placer de estrechar en mis brazos a mi madre y a toda mi familia, que encontré buena, regularmente establecida, contenta y alegre con el triunfo del liberalismo sobre las dictaduras.

Llegué a mi patria resuelto, a pesar de mi suma pobreza, a seguir en mi oficio de agricultor. Por lo pronto para no estarme ocioso hice un contrato de palabra con mi cuñado doctor Diego F. Gómez. Diego me daba adelantado para hacerme ropa, ochenta pesos, como salario del año; el producto de las sementeras de maíz que se hicieran donde se sembraba guinea, casa, mesa y lavado. Yo asistía las siembras de potreros donde Diego dijera, esto de obligación. Atendía los demás trabajos de la hacienda voluntariamente con la expresa y terminante condición de que nunca se me mandara hacer tal cosa o se me pudiera decir por qué no hiciste tal otra. Raro contrato, que sin haberse escrito un solo renglón, se cumplió fielmente por ambas partes, y que habiéndolo hecho por un año se prorrogó por otro más. Luego tomé a mi cuñado una parte de la hacienda con la misma condición de sembrarle guinea, pagándole con esto el arrendamiento. Personalmente hice una casita para vivir, y en ella tuve el gusto de ser visitado dos veces por el doctor Gómez, que luego fue Obispo de Antioquia, y varias veces por el respetable doctor Félix Restrepo, que me llamaba el joven filósofo, tratamiento que me linsojeaba mucho por la persona que me lo daba.

En este contrato me fue muy mal. La tierra no correspondía a mis esfuerzos, de suerte que salí, después de dos años, más pobre y debiendo cuarenta pesos. Me fui para Bogotá a buscar en qué ocuparme y me encontré con que mi predilecto amigo el doctor Ezequiel Rojas se iba para su hacienda de San Fernando en Miraflores; me convidó que fuéramos a ver si podíamos hacer algún negocio. Nada podía serme más agradable que este convite. Nos fuimos: Ezequiel permaneció conmigo cerca de dos meses y se volvió para Bogotá, quedándome yo hecho cargo de la hacienda, recibiendo ciento cuarenta pesos anuales de salario y un seis por ciento en las utilidades. Tampoco hubo documento escrito en

este contrato y mucho menos falta alguna por parte de los contratantes. Cada año, en los dos meses de vacantes, se iba Ezequiel a pasarlos conmigo. Llevaba provisión de lecturas agradables, y también dos cajas de buenos vinos para acompañar unos cuantos piscos y capones que estaban bien cuidados para que luego nos cuidaran ellos a nosotros. Solo don Joaquín Acosta, padre del general Santos Acosta, solía visitarnos de cuando en cuando; de resto lo pasábamos solos y muy contentos, ocupados en nuestros trabajos, proyectando empresas de campo, leyendo, discutiendo, paseando y temiendo la pronta llegada del término de aquella existencia tranquila, distraída y feliz. Desde el principio había dicho a Ezequiel que solo tres años, a lo más, permanecería en su hacienda. Cumplidos estos, me vine para Bogotá, donde ya mi amigo me esperaba con el empeño de que aceptara de la Compañía de Salinas de Recetor y Pajarito el destino de Administrador de estas. Tengo una invencible repugnancia a los destinos públicos; no me gustan cuentas con muchos; pero quise saber qué cosa era ser empleado de Compañía, y acepté el destino con mil pesos anuales de sueldo. Marché para Recetor donde me encontré al señor Juan Ferro de Director de Salinas; al doctor Raimundo Flórez de Administrador subalterno de la salina de Pajarito y a otros muchos empleados de segundo orden. Fui muy bien recibido por todos, y no tuve la menor queja de ellos en el año que permanecí en aquel lugar. Al hacerme cargo de los libros de cuentas, encontré en ellos una partida de dos pesos de semana para el Alcalde; quise ir donde este empleado, pero me detuvo el señor Ferro, mandándolo llamar imperiosamente. En el acto se me presentó. Le pregunté cuáles eran sus funciones con respecto a la Compañía y me contestó, que obedecer en todo lo que mandaban los señores empleados. Le dije me refiriera algunas de las órdenes que había cumplido. —La principal, me contestó, es detener los maleteros que vienen por sal cuando hay escasez de peones o de leña, para que trabajen en la obra pagándoles su jornal. Muchos de ellos se detienen con su gusto pero hay algunos que se resisten y es preciso hacerlos dormir en la cárcel para que no se vayan. También tengo que poner presos, cuando lo mandan los señores empleados, a los trabajadores que no cumplen o que los desobedecen. De este jaez eran todas sus obligaciones, de suerte que era muy poco lo que le faltaba a la Compañía para ser dueña de vidas y haciendas. Hice presente al señor Director de la Compañía que no me gustaba poner en el libro aquella partida, y me contestó que le variara el nombre. Le re-

pliqué que no era el nombre lo que me disgustaba, sino el hecho de corromper la autoridad. El Director no instó, y yo dejé de cohechar al Alcalde.

Como a los siete meses, poco más o menos, de estar desempeñando mi destino, me remitió el Director copia de un contrato celebrado por la Compañía, con mis amigos el doctor Ezequiel Rojas y doctor Joaquín Acosta, por el cual se comprometía la Compañía a vender, exclusivamente a estos señores, toda la sal que se consumiera en el valle de Lengupá, que comprendía los pueblos de Campo-hermoso, Miraflores y Sotaquirá, que tenían una población como de catorce mil habitantes. Me quedé admirado de semejante contrato, principalmente por las personas contratantes. En el primer correo hice presente al señor Director que yo no podía cumplir con aquel contrato porque encerraba un segundo monopolio que la Compañía no tenía derecho a imponer. A pocos días se presentó un comprador de sal, vecino de Campo-hermoso, que solicitaba nada menos que diez cargas de sal. Dejó sus mulas atrás y se vino cauteloso porque se había difundido en todo el valle que la sal que no llevara doble guía era de contrabando y se decomisaba. Se acercó a mí, y con muchos rodeos me dijo si le podía vender una o dos carguitas de sal sin que se le fuera a seguir algún quebranto. Desde luego que le contesté que no solo una sino toda la que hubiera, si tenía con qué pagarla, grande fue el gusto que manifestó aquel comprador. Entramos en conversación y le dije que ya había escrito al Director, expresándolo que no se podía cumplir con aquel contrato; que lo más que yo podía hacer, era darle preferencia a los contratistas en igualdad de circunstancias. Como no salía sino un correo cada mes, y este tenía que dar la vuelta por Sogamoso, llegó antes que mi comunicación al Director, la queja de los contratistas. La comunicación del Director reconviniéndome porque no había dado cumplimiento, no se hizo esperar mucho, pronto y por la vía directa de Miraflores me llegó una nota muy entonada con fórmulas de carácter enteramente oficial, en la que se me transmitía la queja del doctor Rojas, y se me prevenía diera cumplimiento al contrato sin dar lugar a nueva queja. En el acto y con el mismo posta contesté al Director, sintiendo que no hubiera recibido mi comunicación, en la que le manifestaba que no se podía dar cumplimiento al contrato, y le expresaba las razones que tenía para no apoyarlo, sin embargo de estar de por medio dos amigos que apreciaba mucho. Le repetí lo que le decía en mi carta atrasada, y concluía diciéndole que tal vez mi modo de

ver y apreciar las cosas, perjudicaría los intereses de la Compañía y que yo agradecería infinito el que se me permitiera retirarme, que tanto más lo agradecería cuanto que lo deseaba también por mi salud, pues sentía que se deterioraba notablemente. El señor Director me contestó ofreciéndome que se me aumentaría el sueldo si continuaba en el destino y desentendiéndose enteramente del asunto del contrato. Di las gracias por la oferta de aumento de sueldo. Aseguré que me creía muy bien pagado. Repetí lo que ya había observado en otras ocasiones sobre lo fuerte de los gastos que hacía la Compañía, especialmente en materia de empleados, que creía que los destinos de Administrador y Director podía desempeñarlos bien un solo individuo, y que esto mismo se podía hacer con otros empleados. Insistí muy encarecidamente en que se me permitiera retirarme, lo que conseguí y agradecí infinito. Salí de Recetor, y después de visitar a mi hermano Alfonso, que estaba en Vélez, de gobernador, me vine a Bogotá.

Al día siguiente de mi llegada pasé donde el señor Director a darle las gracias por las muchas consideraciones que había tenido conmigo y rendir mi cuenta, la que quedó del todo arreglada en aquella visita. Al salir de casa del Director encontré a mi amigo Ezequiel. Sus primeras palabras fueron estas: —Juanito nos embromaste con tus escrúpulos. —Pero tienes que convenir en que no eran muy de monja. —Lo que no fue de monja fue el perjuicio que nos hiciste. —Mayor fue el que ustedes me hicieron obligándome a perjudicarlos de veras, y sí contaron con que yo por amistad apoyaría un negocio ilegal y en perjuicio de catorce mil compatriotas me hicieron un agravio muy grande que solo puede desaparecer ante la confesión de ustedes, de que con lo que contaron fue con el conocimiento que tenían de mi ignorancia y como de ella no tienen ustedes la culpa, tengo que conformarme con mi desdicha. —¿De veras estás bravo? Lo que yo creo es que en el caso de que el contrato fuera ilegal, la responsabilidad toda recaía sobre las partes contratantes y de ninguna manera sobre tí. —Tampoco me gusta que me digas eso, Ezequiel, me quitas la ciudadanía y me dejas un autómatas, un ciego instrumento de los intereses de otros. —Bien si de veras no estás bravo ¿vas esta noche a casa y discutimos el contrato? Con gusto voy, tenemos muchísimo que conversar sin necesidad de ocuparnos de pequeñeces que ya pasaron. —Tienes razón Juanito, es mucho, muchísimo lo que tenemos que conversar, me has abierto la gana de que llegue pronto la noche. —A las seis y media de la noche estuve donde mi amigo que me

esperaba con impaciencia. Sobre su mesa de escribir se encontraba el papel sellado que contenía el contrato en cuestión, el que se quedó esperando que nos ocupáramos de él; pero no le hicimos caso para nada. La muerte del general Santander fue suficiente para esperarnos hasta las doce de la noche, hora en que me despedí con afán a pesar de que había dicho a la familia, a donde iba y el riesgo que tenía de entretenerme mucho. Ezequiel bajó conmigo a la puerta de la calle, allí me dijo: cuando llegaste acababa de leer el contrato y no toqué la cuestión por no darte el gusto de que me derrotaras: yo fui el que lo redacté, pero Acosta fue el que me metió en esa tontería, que nos ha costado buenos reales. Las cuatro noches siguientes las pasé en casa de Ezequiel hasta las diez. En la última me despedí porque me iba a pasar una temporada a Fusagasugá, comprometiéndome a no hacer negocio ninguno hasta mi vuelta a Bogotá.

Cuando regresé a la capital, la revolución contra el gobierno del doctor Márquez había tomado grave incremento. La capital estaba encerrada por las tropas del coronel González. Me hallé pues, en la gran semana. Recuerdo haber visto en la plaza una compañía de clérigos armados en defensa del gobierno legítimo. Abiertamente, el doctor Márquez era el representante de la legitimidad, aunque esto no tuviera un origen muy puro. Había sido necesario pasar por ese cisma del espíritu de las instituciones, y había sido preciso que el que venía a representarlo volviera la espalda a su partido y se rodeara de los sostenedores de las dictaduras y derrochadores de los gobiernos verdaderamente legítimos. Esta deslealtad le abrió el camino al señor Márquez para la Presidencia, funesta para la República; por cuanto llamó a figurar a los enemigos de ella y por cuanto dio entrada a Roma en nuestros negocios domésticos, que es tanto como condenarnos a la más humillante y triste degradación o mantenernos en perpetua guerra, en permanente imposibilidad de fundar un gobierno estable que realmente proteja al pueblo contra las dominaciones y exacciones ejercidas por el embuste, por el engaño y la hipocresía.

Los satélites de Roma desde que vieron que la República abría paso a la razón, que permitía el examen y la discusión sobre todos los negocios que afectan al hombre, desde entonces comenzaron a serle hostiles a la República y aunque todavía recibían remuneraciones de los gobiernos republicanos, no por esto dejaron de oponerle dificultades, y con el apoyo de los enviados de

la curia romana, comenzaron a entablar la administración pública envolviéndola en cuestiones religiosas y de teología hasta el punto de obligar al gobierno en su parte ejecutiva y legislativa a renunciar a la intervención que la ley de Patronato le daba sobre el clero, renuncia terrible por cuanto consintió en la posibilidad de que pudiera existir un cuerpo gobernado por dos cabezas, con intereses y tendencias diametralmente opuestas. No es posible señalar hasta dónde nos llevará la separación de la Iglesia y el Estado; empero, si por colmo de desventura se ocurre a un arreglo con la curia romana, de seguro que nos sucederá lo que a una familia que despide a un sirviente y que luego las dificultades en que se encuentra la obligan a buscarlo nuevamente, este sirviente en lo general vuelve más corrompido con la libertad de que ha gozado y con ínfulas de buscado, con nuevas exigencias y con pretensiones de amo. Un clero que ha tenido la mayor parte en las desgracias que le han sobrevivido a la patria; que ha exitado y exita sin descanso al pueblo a la matanza y al crimen y que después que ha contribuido poderosamente a empujar de sangre el suelo de la patria y que se queda impune atribuyendo siempre esta impunidad a su poder y a la impotencia del gobierno que lo ha vencido; ¿qué no pretenderá cuando se le llame a hacer arreglos amistosos?

Las tendencias del gobierno del doctor Márquez bien se dejaron conocer en todo. No solo levanta patibulos para los vencidos sino que consintió y toleró el que sus agentes asesinaran, sin ninguna fórmula de juicio, los prisioneros.

Mi situación en Bogotá era muy desagradable y penosa. No hallaba razones suficientemente poderosas para que el partido liberal se precipitara en una revolución sin concierto, sin unidad, sin un centro que lo dirigiera a un mismo fin. El gobierno del doctor Márquez me era absolutamente antipático. Lo había combatido por la prensa, por su solapada consulta en las relaciones con el primer internuncio y por los sofismas y pérfidias chicanas en que envolvía sus persecuciones a los liberales que se opusieron a su elección. En estas circunstancias me propuso Ezequiel un nuevo contrato para volver a su hacienda, mejorándose notablemente en las condiciones. Me dijo que su interés principal era vender aquella hacienda, y que en cualquier tiempo en que lo verificara estando yo en ella, me indemnizaría del perjuicio que se me pudiera seguir con una gratificación de quinientos pesos. Nada mejor me podía suceder en aquella ocasión

que el encontrarme un retiro de mi gusto, con ocupación remunerada y libre de compromisos no aceptables por ningún lado. Salí pues muy contento para mi retiro. Nada se había adelantado en las obras que había dejado a mi salida de la hacienda, antes se habían deteriorado las que dejé hechas o comenzadas; pero los entables de cañas que había plantado y el trapiche de piedras que había montado empezaban a producir buenos rendimientos.

Al principio del segundo año de mi nueva permanencia en la hacienda vendió Ezequiel a Landínez, pero comprometiéndose a que yo continuaría administrando la hacienda bajo las mismas condiciones con que estaba hasta el fin de aquel año. Aunque el cambio de amo era muy desagradable para mí, hube de condescender por deferencia a mi amigo. Este contrato con Landínez se rescindió y continuó como estaba. Por este tiempo leí el acontecimiento de mi hermano Alfonso como Gobernador de Bogotá con los jóvenes Liévanos; no pude prescindir del desagrado que me causó la conducta de mi hermano, aunque yo no conocía ni de oídas a aquellos jóvenes; le escribí manifestándole el disgusto que me causaba su proceder. Alfonso contestó mi carta mandándome la absolución del tribunal que lo amparaba contra la queja que habían dado los ultrajados jóvenes, y llenando de encomios la conducta del gobernador. Mi desagrado se convirtió en indignación contra el tribunal. No podía exhibirse un documento más indigno, más miserablemente adulator y que más degradara la majestad de la justicia, que aquella absolución. Mi carta a mi hermano debió ser muy fuerte, porque ella cortó nuestras relaciones por más de seis meses. Recuerdo sí, que le decía a Alfonso, que ocultara de preferencia la absolución del tribunal, porque lo rebajaba más que el hecho que la motivaba.

Al fin se resolvió don Joaquín Acosta a comprarle a Ezequiel la hacienda. Hecho el contrato, convenimos con mi amigo Acosta en que yo me quedaría con una parte de ella. Deslindamos esta parte y nos arreglamos en las condiciones y precio.

Acosta se volvió a la población y debía venir como a los ocho días a recibirme la hacienda y a formalizar nuestro contrato. En estos días se apoderó de mí la nostalgia. La idea de que aquella propiedad me iba a sepultar para siempre en aquel rincón, sin esperar ya las consoladoras visitas de Rojas, cortán-

dose mi correspondencia con él y seguramente muriendo mis demás relaciones, era una idea aterradora para mí. Los días de esperar a don Joaquín fueron siglos, me parecía que cada día que pasaba me aseguraba más en mi destierro.

Llegó por fin el deseado momento y no tuve dificultad en manifestar a mi amigo la situación de mi ánimo por la idea de quedarme allí para siempre separado de mi familia. Acosta me contestó que él no recibía ningún perjuicio en quedarse solo con la hacienda, que había aceptado muy gustoso el cederme una parte de ella por el cariño que me profesaba, que lo único que por aquel momento lo inquietaba, era que no tenía los novecientos pesos que en aquel caso tenía que entregarme, pero que si yo podía esperarme unos cuatro días más, escribiría a un señor de Garagoa, quien le había encargado le consiguiera cien reses, que viniera por ellas, pues ya estaban listas. Ningún esfuerzo tenía que hacer para esperarme unos días más. Aquel mismo día me propuso Acosta que le vendiera un famoso macho que tenía yo; resistí por lo pronto, pero cedí a las demostraciones que me hacía de que aquella bestia no me convenía porque yo no tendría ningún gusto en la sabana en montar en bestia mular. —“Usted se fastidia con las molestias que le va a proporcionar el cuidado del macho y desesperado un día lo venderá por cualquier cosa. —Bueno, quédese con el macho, pero diga usted qué me da por él. —Le doy ciento cincuenta pesos en plata, usted necesita bestias para remplazar su macho y para sus baúles y almofrej. Para usted le doy la mulita cabra en setenta pesos, que fue lo que usted me pidió cuando se la compraba a mi compadre; le doy los dos muleros que, medio quebrantados, me los vendió usted por setenta, en ochenta, ya bien mansos y con aparejos nuevos para que lleve su equipaje. —Basta, señor, que más me ha de dar si ya están trescientos pesos por un animal que usted sabe que no me costó sino treinta y tres pesos, tres reales! —Pero vale más el macho, señor don Juan. Gane usted lo más que valga que yo quedo aturdido con la ganancia que he obtenido sin ningún trabajo”. Negocio singular fue este, en que el comprador se admira de que no le reciban todo lo que él cree que vale lo que compra y el vendedor se admira de que le den tanto por lo que vende.

Al tercer día se presentó el comprador. Venía informado de que el señor Acosta tenía urgente necesidad del dinero. Se

recogieron cerca de doscientas reses: se escogieron las mejores: hermosos bueyes y toros famosos, vacas y novillas, estaba casi todo gordo. El comprador en presencia de don Joaquín afectaba poco interés por el ganado, como que le parecía mugre aquel que era superior, pero yo observaba que en los apartes y miradas con el compañero estaba ansioso de hacerse a él por la mitad de su valor. Después que lo miró, lo remiró y le puso tachas sin término, se volvió y en ademán de que tenía afán por irse le dijo a don Joaquín: —“A ver, don Juaco, a cómo pide por su ganadito, que tal vez no me conviene comprarlo”. Don Joaquín le contestó: —“Por la urgencia que tengo de dinero, se lo doy a diez pesos”. Lo insultante y grosero de la carcajada fingida de aquel usurero seguida de un “así no encuentra dinero; si quiere ponérmelo en casa por su cuenta y riesgo, mande por la plata y se lo repago a seis pesos”. Acosta se quedó sin habla, y yo boté mi caballo por en medio y lleno de cólera dije: —“Señor don Joaquín, vámonos para casa, el señor tiene urgencia de irse para la suya”. En seguida me volví para donde estaban los concertados y dije: —“Ramón, suelte ahora mismo ese ganado. —Aguárdese, caballero, que con *busté* no es el negocio. —Para mí era el dinero, le contesté, y ya no lo necesito: mándamelo a Bogotá, señor don Joaquín, cuando usted pueda”. Eché casi por delante al señor Acosta, mientras los dos compradores como que consultaban qué harían en aquel caso tan inesperado. Don Joaquín me dijo que tenía que irse con ellos porque él los había convidado a su casa, que yo ya los había castigado muy bien. —“Váyase con ellos, dígaless que yo con cólera soy capaz de comerme un tigre crudo, y si le vuelven a proponer que les venda el ganado pídales a doce pesos. En cuanto a mis reales, me los remite como pueda, en un contado, o en tres, con tal que no pase de un año”. —Seguí para la casa de la hacienda y Acosta se fue con ellos para su casa en el lugar. Al día siguiente volvió a la hacienda a arreglar nuestro viaje para Bogotá porque debíamos venirnos juntos. Me contó que sus compradores se iban haciendo cruces de lo bravo y pronto que era yo. Concluídos nuestros arreglos, nos pusimos en camino para Bogotá, donde permanecí algunos días descansando, y luego acompañado con mi hermana Josefa y mi sobrina María Neira y su esposo Antonio Vinagre, fuimos a visitar a mi hermana Liboria, viuda de Neira. De la hacienda de mi hermana pasamos a la Villa de Leiva a saludar a mi anciana tía Luisa, madre del célebre e infortunado poeta Luis Vargas Tejada.

Como un mes gasté en esta correría. A mi vuelta a la capital, de paso por Ubaté, compré a un señor Venegas un famoso caballo; le di por él los dos machos del trato con don Joaquín y dieciocho pesos en plata. De Bogotá salí a ver unas haciendas que me ofrecían en arrendamiento. Entre ellas estaba la Pradera, propiedad del coronel Felipe M. Martín. Me decidí por esta, por la circunstancia de estar más cerca de la familia. La tomé con doscientas reses y unas ochenta bestias, por mil doscientos pesos al año. Me fue bien en lo general; pero el diablo, que no descansa en su misión de tentar al hombre, se le antojó meterme en la cabeza la idea de casarme. Una muy bonita joven se me atravesó en la Calle de Florián; la miré y me miró: me paré a ver qué rumbo tomaba, y al cruzar por San Juan de Dios, ella que iba en medio de dos hermanas hizo una media suspensión y volvió la cara; le hice una cortesía que fue bien correspondida. —En el acto, me dije: esta es la que busco. Me puse en la pista y aquella misma tarde monté en mi famoso caballo a ver qué encontraba en las pobrísimas ventanas de la casa donde se me había escondido la que creía iba a ser la compañera que buscaba. En efecto, en una de aquellas ventanas estaban dos jóvenes, una de las cuales era la deseada, moderé el paso de mi brioso caballo, saludé y se me contestó con un *adiós Acevedo*, muy marcado. Era pues, mi conocida, y por consiguiente, al siguiente día había por qué detener el caballo en la ventana, a ver cómo, cuándo y en dónde nos habíamos conocido. A los ocho días, la nombré de embajadora donde su padre para que me solicitara el permiso de entrar a la casa. Trabajo me costó obligarla a que me recibiera esta embajada; pero todo se allanó, fui recibido y seguí entrando francamente a la casa. Muy bien iba todo; pero quedaban otras dificultades que vencer. Faltaba el consentimiento de mi madre y de toda mi familia. Mi hermano Alfonso me hacía oposición: conservo una larga carta disuadiéndome: entre otras cosas me decía que yo me creía muy republicano y que estaba engañado; que la familia me había calificado unánimemente como el más soberbio y el más intolerante de todos. —“¿Qué haces, me decía, tú que estás tan prevenido contra los clérigos y los frailes, casado con una mujer que tiene un hermano clérigo y otro fraile y en cuya casa las tertulias todas son de esta clase?”. Estas eran muy buenas razones, pero muy débiles para el que además del amor está apoyado por casualidades que lo fascinan y le hacen creer en la mano del destino. Vencí también la oposición. Mi madre me dio su consentimiento

y me ofreció que a mi vuelta me tendría el de toda la familia. Después de almorzar me despedí de mi madre y hermanos y me fui donde mi presunta compañera, pero con intención de no decirle nada de lo que había pasado con mi madre. Aquel día fui tratado con más cariño que el de siempre. Me despedí por un mes y con este motivo me acompañaron las tres hermanas hasta el zaguán y muy de broma, la una tuvo la rienda, la otra el estribo y mi escogida hizo el papel de que me ayudaba a montar dándome su linda mano a besar. Con estos preliminares, ¿quién no se figuraría que llevaba la dicha en el bolsillo?

Llegué a la hacienda, tenía mucho que hacer; di principio a mis ocupaciones, por coger una sementera de papas, y en esta y en otras ocupaciones se me pasaron quince días. Destiné otros doce para visitar a mi tía Luisa en la Villa de Leiva y a mi hermana en su hacienda. Entre tanto, los cachacos de Bogotá, que tan perdularios y fisgones son, habían dado con las pobres ventanas de mi esperanza. Uno de ellos, joven de veinticinco años, rico propietario de una de las mejores haciendas cerca de la capital, se dio los aires de pretendiente. La jovencita, que seguramente lo que deseaba era marido, y entonces nada tenía de raro que prefiriera al rico y más joven, al que solo contaba con su probidad y su amor al trabajo. Me sobraron dos días de los doce que había destinado para paseo, llegué el jueves a las dos la tarde. El concertado, que había ido a Bogotá a llevar la mantequilla de una contrata y a traerme la *semana*, no debía venir sino al otro día; no había nada en la despensa. La cocinera no me esperaba sino el sábado y con este motivo estaba de convite en un noviazgo. No me hallaba muy bien para recibir una visita desconocida, pero apenas me acababa de desmontar cuando llegaron dos señores, el uno un vecinote de Tabio y el otro un cachaco de Bogotá muy apuesto y muy ladino. Los recibí con atención y el joven entró en conversación con mucha franqueza y como que me conocía mucho. Me preguntó si era cierto que pretendía casarme y que la familia se oponía a mi enlace. Le contesté que ambas cosas eran ciertas, pero que en cuanto a la oposición de la familia ya había dejado de existir, pues ya tenía el consentimiento de todos. Este pillo, manifestando interés por mí, y con mucha astucia, cumplió su embajada a todo su gusto sin sospechar yo quien era, a pesar de haberlo visto muchas veces. Como se prolongaba la tertulia les saqué vino, queso salado y bizcocho salado que era el pan que yo comía,

pero estaba viejo. Les hice presente que acababa de llegar de un viaje de nueve días y les manifesté la situación cual era, pero sin embargo, si me aceptaban la posada comeríamos a la noche lo que pudiera proporcionarnos la cocinera, que era una buena sirviente y que ya no tardaría mucho en llegar.

—“¿Qué dice mi *dotor*? le preguntó el campesino a su compañero —Que nos vamos ahora mismo, ¿no ve que tengo que estar mañana muy temprano en Bogotá? usted sabe que no vine sino por hacerle una visita al señor Acevedo, y la hemos prolongado mucho y le estamos quitando el tiempo; vámonos, vámonos”. Desde luego noté que había en aquella visita algo de pillería, pero no comprendía en qué consistía esta. Nos despedimos, y al joven lo sentí muy de chacota luego que salió de la casa. Llegó el día deseado de irme para Bogotá, nada menos que a arreglar mi casamiento. Mi madre me recibió como me había ofrecido; es decir, teniéndome el consentimiento de toda la familia. A las doce me vestí y salí para la casa de mi presunta novia a llevarle la buena nueva y a convenir en el día deseado. Ya dentro de la habitación vi que se cerraba violentamente la puerta de la pieza de la salita presentándose el padre de la novia todo cortado y tembloroso. —“¿Qué es, qué novedad hay? —Siga usted, señor don Juan, y siéntese. Perdóneme usted lo que tengo que decirle; yo no tengo la menor parte en lo que mi hija ha resuelto. Ella se ha resfriado en el cariño que le tenía y después que el doctor, mi pariente, vino de la casa suya, supo mi hija que la familia de usted no la recibía con gusto y que usted la llevaría precisamente al campo en donde aunque no se quiera, se sufren afanes y escaseces; ya usted ve, señor don Juan, las mujeres tienen sus caprichos y mi hija llena de pena, me ha suplicado que le diga a usted que la perdone su mudanza, proveniente de que teme no ser feliz en el campo”. No sabía lo que me estaba pasando; dolor, despecho, furia y desprecio. El recuerdo de la carta de mi hermano y el de la cara del clérigo hipócrita que se me vino al momento en sus dos facetas, la de clérigo y la del pillo, calmaron mi dolor, a pesar de que tal vez aquel miserable era mi rival, lo que era más que suficiente para despreciar a aquella mujer. Salí de la casa medio muerto; llegué donde mi madre accidentado. Pero ¿cuándo podía figurarme que aquel desagrado tan grande, aquel *no* tan redondo, aquella calabaza traía la felicidad posible sobre la tierra! Después de pasar algunos días en caso de mi madre, la

que me consolaba y me aconsejaba para que no fuera a hacer alguna tontería, me volví para la Pradera algo calmado; pero sin conformarme con lo que me había sucedido. Como a los tres meses después de este acontecimiento, se casó mi hermano Alfonso, quien me dijo: —“Quiero pasar mi luna de miel en tu casa, llevando a nuestra hermana Eusebia para que nos acompañe. —Muy bueno, le contesté”. Fijamos el día que debía venir con las bestias para el viaje. Dos días antes del señalado, recibí una cartita de mi hermano, diciéndome que habían convenido en que fuera al paseo una de las hermanas de su novia y que por consiguiente tenía que traerles otro caballo de galápago. Esto me desagradó mucho; yo era un hombre solo y pobre, no me hallaba muy bien para recibir en visita larga a señoritas de cumplimiento y mucho menos estando tan de mal humor como me encontraba; pero me era imposible rechazar la visita. Me puse en marcha a traer a mis huéspedes, más de fuerza que de grado. Llegamos a mi casa y me era forzoso hacer todo cuanto estuviera en mi mano para que lo pasaran bien mis huéspedes. Lo que puede la buena compañía y si en ella hay una joven de quince años, bella, amable, sin fullerías, aunque vergonzosa, entonces no hay pena que se resista a salir del cuerpo y del alma también. A los ocho días de visita y de paseos, yo me encontraba como en mis tiempos. Bañándonos en el río, le dije a mi hermano: —“¿Sabes que me está gustando mucho tu cuñadita?”. Al momento se entonó Alfonso y me dijo: —“Si pretendes divertirte con ella, te engañas, y si la quieres por tu mujer te aseguro que no te conviene bajo mil aspectos, y que esto, por otro camino, sería un disparate mayor que el que ibas a hacer. —Se acabó, le contesté, no iba yo por tanto, y me boté a nado”. A los cuatro días teníamos un paseo a Paramillo, uno de los sitios más pintorescos que tiene la hacienda y donde el río serpentea más. Ibamos a comernos una ternera muy gorda y yo debía preparar los entreverados para las onces y para la comida. En un gran cuero de buey, arrastrado por una famosa yunta, debíamos trasladarnos al sitio del paseo; llegamos, arreglamos el campamento, y mientras se bañaban, yo me ocupaba de la hoguera, para lo de mi incumbencia. Preparé los entreverados de mi compromiso, sometiéndolos a la práctica y a la ciencia, y obtuvieron una espléndida aceptación; tanto, que fue preciso recordar la fábula de Misifú y Zapiron para salvar los asadores. Aunque nos molestó una llovizna, pasamos el día muy contentos. Mi hermano debió advertir que yo, a pe-

sar de sus indicaciones, avanzaba en camino, y al llegar a la casa me dijo: —“No puedo estarme aquí el tiempo que me había propuesto, pasado mañana me es forzoso estar en Bogotá, debo irme mañana muy temprano”. Conocí lo que aquel viaje repentino quería decir, y le contesté: —“Las noches son de luna, desde las doce para adelante, puedes decirme la hora a que quieras irte para prevenirlo todo a tu satisfacción. —Me conformo, me replicó, con salir de aquí a las siete de la mañana. —Bueno, y me retiré a dar mis órdenes, y aunque no se me convidaba, me pareció de cortesía preparar también mi caballo para ir a acompañar a mis huéspedes hasta sus casas. Debe creérseme que iba contento en este viaje, pero a proporción que nos alejábamos de un retiro y nos acercábamos a la capital, mis temores de ser derrotado también en esta nueva campaña, se iban aumentando; así fue que me propuse andar en ella con más cautela y menos precipitación. Un año largo me tomé para avanzar y asegurar mi conquista. Al cabo de este tiempo, una tarde al volver para la hacienda tuve que pasar donde Alfonso y dejarle una recomendación, y me encontré allí con la cuñadita que creyendo que ya yo me había ido, pasó por esto a casa de su hermana. Alfonso y su compañera estaban comiendo, cuando se vino del cielo una lluvia que hizo crecer el caño extraordinariamente. Bajamos a la sala que tenía ventanas a la calle, tomó Alfonso con su esposa la una y, como era natural, en la otra nos asomamos los que quedamos sin lugar. En el tiempo que mirábamos la creciente del caño y en otros momentos en que fueron a jugarse la boca los dueños de casa estreché el sitio y mi compañera de ventana en aquellos momentos convino en ser la compañera de mi vida, a pesar de haberle manifestado nuestra diferencia en edades, mi decisión por la vida del campo y mi imposibilidad de enriquecer, proveniente de mi carácter y de mi poca capacidad para hacer negocios. Con esto, pasó donde mi madre, cambié el traje de viaje por el de calle y volví donde mi hermano a que saliéramos a la calle; tomamos para San Victorino y al pasar por el almacén de loza dije a mi hermano: —“Sabrás que he *vuelto a las ollitas de Egipto*, que me voy a casar. —Cómo ¿exclamó? ¿es posible que después de lo que te ha pasado con esa gente, vayas a cometer semejante locura? Cuéntate sin familia: todos te volveremos la espalda para siempre”. Después de esta rociada seguimos callados hasta el puente de San Victorino; allí volvimos, y otra vez frente al mismo almacén rompí el silencio diciendo: —“¿Con que debo quedar-

me célibe? ¿con que no me das licencia de casarme? ¿con que no puedo hallar otra mujer más que la que me echó a pasear? —¡Pues qué! ¿no es fulana? ¿quién es? —Esta tarde, mientras te lavabas la boca, arreglé mi matrimonio —¿Es posible sea Ignacita? —¿Por qué no? —¡Hipócrita! ¿cómo te has hecho tan esquivo y tan indiferente? —Pero ¿qué querías que hiciera contigo después de tu conducta conmigo en la Pradera? —Sabes, Juan, muchas veces me he arrepentido de haberte alejado de Ignacita. —Yo no he creído que tú te figuraras esto, porque me conoces, y porque sabes que lo general en el hombre es resistir a las oposiciones sin razón; pero quise seguir con mi carácter independiente, cultivando yo solo mi amor, sin contar para nada con el apoyo de ninguna de las personas de las dos familias.

Hace cerca de un año que cuento con el afecto de Ignacita, pues una vez que ella me dijo que me quería, yo no dudé ni por un instante de la verdad de su dicho. Así es que hoy toda oposición que se me haga es injusta. —“Por mi parte, Juan, cuenta con mi decisión en favor de tu enlace con mi cuñadita”. Seguimos ocupados únicamente en este asunto y al llegar a la casa de mi madre le dije a mi hermano que siguiera que yo iba a hablar solo con mi madre para obtener su consentimiento en mi unión. Al verme mi madre me dijo: —“¿Qué fue? qué pronto se volvieron. ¿Alfonso que se hizo? —Se fue para su casa, tenía que hacer”, contesté a mi madre, y me senté junto a ella, como tenía de costumbre; después de pasar alguna saliva y de algunos rodeos, entré en materia, y dije a lo que iba; ella se manifestó muy sorprendida y desagradada: no se habían borrado de su mente las impresiones que le había causado mi gran disgusto con mi otra novia. Esto y algo más que yo ignoraba, hicieron que mi madre no fuera clara y explícita conmigo, y que más bien pareciera que se oponía a mi enlace. No quise instar, quería más bien dar tiempo a mi madre para que pensara lo que debía decirme. Me esperé a refrescar y luego me fui para donde el padre de Ignacita. Me recibió con el cariño que me manifestaba siempre, y me fue más fácil decirle el objeto de mi visita. El señor don Francisco me dijo que si su hija me quería y era su gusto casarse conmigo, y si yo lo había pensado bien, que él por su parte no hallaba por qué negar su consentimiento y que nos lo daba con toda su voluntad, deseando con todo su corazón nuestra felicidad. Por su parte, mi madre se fue a casa de mi hermano José, a darle la nueva y a ma-

nifestarle que yo iba a hacer una calaverada imperdonable. —“¿Por qué, mamá? le dijo mi hermano. —Porque Juan está ya viejo y la novia es enteramente muchacha; porque Juan se ha criado entre campesinos y entre soldados y la novia es una joven mimada y criada en la corte con poquísimas relaciones; porque Juan es pobre y la novia no, y porque Ignacita es una muchacha muy bonita para que la sepulten en un campo sabe Dios dónde. —Por ahora será a la Pradera donde llevará Juan a su novia, y ella ya conoce este campo y usted también lo conoce y recuerda con mucho gusto los días que pasó allí. Lo probable es que Juan se mantenga siempre cerca de la capital y en constantes relaciones con ambas familias. —Ahora, mamá, por las demás objeciones que usted hace, más bien son para apoyar este enlace que para oponérsele. ¿Por qué a Juan que ha sufrido tanto y ha sido tan desgraciado, se le han de negar los favores que Dios le envía? La lástima es que Ignacita no sea una princesita, ilustrada, poderosa y más amable y bonita de lo que es; pero no habiendo de esto entre nosotros, debemos conformarnos con la preciosa compañera que la Providencia le concede al sufrido y paciente de Juan”. Mi hermano le mojó la pólvora a mi madre y todo este asunto terminó bien, llevando al fin para mi retiro a mi bonita, amable y virtuosa compañera. Algún tiempo antes de mi casamiento, mis dos hermanos se habían empeñado conmigo para que aceptara del presidente Herrán una comisión reservada para ir a Chámeza, Recetor y Pajarito a imponerme y observar lo que se hacía en aquellas salinas y luego pasar a Sogamoso, Cerinza y Samacá a ver si eran ciertos los grandes depósitos de sal que tenía en aquellos lugares el doctor J. T. Landínez. Yo debía ir con el carácter de negociante, pero llevaba largas instrucciones: debía en mi informe indicar las reformas que se pudieran introducir en aquellas salinas y llevaba reservadas órdenes muy terminantes para las autoridades y para el resguardo, a fin de que me prestaran mano fuerte en caso necesario.

Hice mi viaje por Miraflores, pasé por las tres salinas indicadas deteniéndome en cada una de ellas el tiempo necesario para una muy escrupulosa inquisición de todo aquello que se quería averiguar. De aquellas salinas salí a Sogamoso, donde supe con toda certeza que allí había dos casas arrendadas para depósitos de sal, pero que diez cargas que tenían en una de ellas, habían sido entregadas hacía días a un recomendado del doc-

tor Ignacio Márquez, para acabar de pagarle el doctor Landínez una fuerte suma que le estaba debiendo. De Sogamoso pasé a Cerinza: aquí había tres casas con el carácter de almacenes de sal y por muchas semanas habían salido a media noche unas mismas diez cargas de sal para volver a medio día en partida de mulas de color diferente de las de la semana anterior, y hacían el papel de que iban a llevarla a otra pieza; pero los del lugar jamás veían las piezas llenas, sino las que empezaban a llenarse. Seguí a Samacá donde se representaba la misma farsa.

Gasté un mes y siete días en esta vuelta y seis días en arreglar mis apuntamientos, coordinar mi informe y ponerlo en limpio. Mi hermano José, que era entonces Secretario de Guerra, llevó este informe al doctor Ordóñez, Secretario de Hacienda, el que contestó mi comunicación remisoria dándome las gracias a nombre del gobierno, y diciéndome que estimaba necesario tener una conferencia conmigo y que al efecto me esperaba a las cuatro de la tarde en su despacho. Me presenté en el despacho a la hora señalada. El secretario me recibió con mucha atención y me dijo que mi trabajo había sido muy grande; que había superado a los deseos del gobierno. —“Aquí está, me dijo, el contrato que propone el doctor Landínez y según el informe de usted es absolutamente imposible aceptar tal contrato y esto sin contar con los embustes y engaños que usted ha descubierto en su correría”. Entramos en el examen del contrato y el del informe, y el mismo secretario, pidiéndome minuciosas explicaciones de todo, sacó la cuenta de que en los cuatro años del contrato perdía el gobierno cerca de ciento cincuenta mil pesos. Después de una pausa como meditando, exclamó: —“Pero sin este contrato pierde mi hermano político J. Vicente, treinta mil pesos que le debe el doctor Landínez y que le ha ofrecido pagar si se hace el contrato. ¿Qué dice usted de esto, señor Acevedo? —Que es imposible, como dice usted, señor Ordóñez, celebrar este contrato. —Pero la comisión de usted es reservada. —Sí señor, en tanto que no se haga tal contrato. —¿De suerte que si aceptamos a Landínez usted publica su informe? —Creo, señor, que no llega este caso. —¿Fía usted en mi patriotismo y en mi probidad? —Enteramente señor”. Seguimos conversando familiarmente, me habló de mi hermana Josefa, que la había tratado hallándose en un buque que los llevaba a Inglaterra, que era una señora de mucho talento. Por mi

parte le hice cargo de que él tenía mucha parte en mi ignorancia y le conté los golpes que a capotazos me había dado cuando estaba de estudiante. —“No recuerdo eso, pero así debió ser; porque yo era inquieto; perdulario”. Así terminó nuestra conferencia, pero surtió el efecto de que no se celebrara contrato con el doctor Landínez y de que este señor se fuera para el Cauca.

Mi arriendo de la Pradera se prorrogó por un año más, y cumplido éste la entregué y me vine a Bogotá, donde convenimos con mi hermano Alfonso y nuestras esposas, en reunir lo que teníamos y comprar con ello una hacienda. Así lo hicimos, comprándole al señor Raimundo Santamaría los terrenos que él poseía en Subachoque, que eran muy extensos, incultos, sin cerca y de malezas en su mayor parte. La diferencia que había en mi capital con el de los demás socios se balanceaba con mi trabajo, yo me encargaba absolutamente del gobierno de la hacienda.

Dimos principio al trabajo componiendo la casa, cercando, dividiendo potreros, desmatando y haciendo sementeras especialmente de trigo, en las que nos fue malísimamente. En las cinco primeras perdimos cerca de cuatro mil pesos y pagamos de diezmo por estas pérdidas trescientos sesenta pesos.

Mi hermano se ocupaba mucho en la política y yo de cuando en cuando tomaba parte en ella. Como diputado a la Cámara de Provincia, como alcalde y como particular, me puse de frente con el doctor Mariano Ospina, y lo vencí a la cámara, siendo él gobernador de la provincia, le dirigió un mensaje pidiéndole parte de las rentas del Hospicio para traer seis hermanas de la caridad, y a pesar de estar en minoría los liberales fue rechazada la idea por unanimidad. A los tres días vino una representación de camanduleros pidiendo la reconsideración del mensaje, y fue igualmente rechazada esta petición. Pasados unos ocho días vino otro mensaje pintando la malísima situación en que se encontraba el Hospital y acompañando un proyecto dándole otra forma a aquel establecimiento, la cual consistía en crear tres salas de maternidad con dos directoras cada una, y que éstas, para la crianza de los expósitos, se sujetaran a las prescripciones del médico. Este mensaje, con el proyecto, fueron muy bien recibidos y se puso en primer debate el proyecto y pasó a segundo. Puesto en discusión el artículo que creaba dos

matronas para cada sala, pedí la palabra para adicionar y puse: "que sean granadinas de nacimiento". Leída esta adición poco faltó para que mis colegas me silbaran. Nadie tomaba la palabra, seguramente parecía ridículo ocuparse de aquella adición, estaba perdido y burlado; hice un esfuerzo y me paré entre avergonzado y enfurecido de ver que así se dejaban engañar aquellos diputados. Empecé a hablar; me pasó la vergüenza y demostré a la asamblea que se estaba dejando engañar; que aquel proyecto era el mismo que ya había rechazado por dos veces; toqué la cuerda sensible del patriotismo; ensalcé a las granadinas dándoles más inteligencia y más caridad que a otras cualesquiera mercenarias que se trajeran de otra parte. En fin, fueron tantas las razones que vinieron a mi cabeza y tanto el calor con que las expuse, que mi triunfo fue completo. Pasó mi adición por unanimidad y con enhorabuena. La ordenanza fue dictada tal como la presentó el gobernador, sin más alteración al artículo que la simple adición *matronas que sean granadinas de nacimiento*, sin embargo, el gobernador ni la objetó ni la publicó.

Al año siguiente, siendo el mismo doctor Ospina, gobernador y la cámara renovada en su diputación, presentó un proyecto creando inspectores de los caminos de distrito, de libre nombramiento del gobernador, y estableciendo una contribución sobre la propiedad raíz en los distritos para pagar estos empleados. La cámara aceptó el proyecto, lo discutió y convertido en ordenanza, lo pasó al gobernador que le puso el ejecútese y publíquese. Me hallaba de alcalde en Subachoque, cuando llegó a mis manos esta ordenanza. A la simple lectura de ella, advertí que era una pillería política. Llegó mi hermano de Bogotá; él había presidido la cámara. Con este motivo y el de tener yo que poner en ejecución en mi pueblo la dicha ordenanza, no pude prescindir de hacer una severa crítica de ella y burlarme de los diputados que tan fácilmente se dejaban engañar. Alfonso, por lo pronto, se me molestó, pero le supliqué que se calmara y me oyera. Calmado, le dije: —"Esta ordenanza es puramente eleccionaria. —No seas temerario ni caviloso, me replicó, no ves que cuando vengan a funcionar los inspectores ya han pasado las elecciones? —¿Díme, son estas las últimas elecciones? ¿Ya no habrá más elecciones? ¿No es el Presidente de la República el que nombra los gobernadores, no son estos los que van a nombrar los inspectores? ¿Cuál es la ocupación de

estos empleados? ¿Los caminos de sus respectivos distritos, con qué cuentan o qué les señala la ordenanza para atender a ellos? —El trabajo personal subsidiario, si este se organiza regularmente para atender con oportunidad a las composiciones, bastan y sobran dos quincenas en el año para dar empleo a lo que produzca la contribución de caminos. Los once meses restantes del año ¿qué hacen estos empleados? Recibir órdenes y preparar elecciones”. Mi hermano no cedió del todo, pero sí empezó a creer. A los dos días de esta conversación llegaron dos decretos del gobernador: el uno nombrando inspector y el otro alterando sustancialmente la ordenanza y dándole efecto retroactivo. El inspector nombrado era el señor Sinforoso Calvo. A él le tocaban algunas funciones en los avalúos y tramitaciones para imponer la contribución, y se me presentó para que lo pusiera en posesión del destino y para que hiciera lo que me correspondía hacer en la ejecución de la ordenanza y del decreto. Conversamos largo sobre este asunto y le hice presente que estaba poniendo una comunicación al jefe político resistiéndome a cumplir con lo que ordenaba el decreto y manifestando las razones que tenía para ello. Mi comunicación terminaba así últimamente: “Señor jefe político: el alcalde de Subachoque no dará cumplimiento al decreto del señor gobernador, mientras usted no le diga clara y terminantemente qué viola, si la ordenanza o el decreto”. A los cuatro días me fue devuelta la comunicación, sumamente ajada, por cuanto la remití sin firma. En el acto la rehice, y la remití con un posta. Al tercer día me ofició el jefe político, que el señor gobernador había retirado su decreto y que por tanto nada tenía que hacer por ahora el alcalde. Mi hermano se admiraba al leer el decreto del gobernador, y él mismo me ayudó a hacer las citas de violaciones a que daba lugar dicho decreto y al año siguiente fue de lo primero de que se ocupó en la cámara para anular la ordenanza en cuestión.

Voy a mi tercer encuentro con el doctor Ospina, esto es, prescindiendo de la carta que le dirigí siendo presidente, en la que le dije lo que iba él a hacer y le predije su caída, tal como sucedió. En las combinaciones de gabinete, se creyó una gran medida financiera rematar los diezmos por quinquenios, y estos remates se hicieron de toda la provincia y a compañías ricas y de responsabilidad. Se publicó el pliego de cargos y se procedió a admitir propuestas, pero todo iba pasando en silencio. Una tarde me dijo un vecino que el gobernador había con-

vocado la cámara extraordinariamente para que diera su aprobación al contrato de remate de diezmos por cinco años. Fui donde el alcalde y vi la convocatoria, nada menos que firmada por el general Mantilla, que estaba de gobernador. “¿Cómo, me dije, será posible que un liberal patrocine un contrato que aleja la esperanza de que caiga una contribución tan opresora de la agricultura?”. Me había parecido una quimera el tal proyecto de remate y me sorprendió verlo ya casi realizado. ¿Qué hacer para impedir este terrible golpe que se le iba a dar a la agricultura y para que no fracasasen por entero las elecciones, porque es casi seguro que en adelante las hará la compañía rematadora? Faltaban días para la reunión de la cámara, tenía pues tiempo de hacer algo. Aquella noche me ocupé en redactar representaciones de los pueblos a la cámara, pidiéndole que por ningún caso diera su aprobación al contrato de remate de los diezmos, que no entregara los pueblos a la codicia de especuladores sin patriotismo y sin religión. Me sobraron razones y argumentos para vestir bien siete representaciones de los pueblos que tenía más cerca. Al día siguiente me levanté en busca de amanuense y de individuos que se hicieran cargo de ir a los pueblos a recoger algunas firmas. El tiempo apuraba y solo pude obtener las firmas de La Vega, Subachoque, Tabio, Funza y Fontibón. Me aparecí en la barra precisamente cuando la cámara estaba ocupada en la discusión del contrato. El doctor Ospina tenía la palabra, y con buenas razones sostenía el contrato; demostraba el aumento considerable que iba a tener la renta, que había llegado el caso de que pagaran los ricos; y por este estilo otros mil argumentos ciertos e irresistibles en razón de la mejora del sistema de recaudación. Los que se oponían al contrato de remate, estaban vencidos cuando me presenté en la barra con mis guerrillas. Eché la vista sobre los diputados, y solo hallé al doctor Ardila que fuera agricultor y con quien tenía yo buenas relaciones. Le hice seña mostrándole los pliegos para que saliera. Al momento salió, le pregunté si él estaba por el contrato y me contestó que cómo iba a estar por semejante cosa, pero que estaban perdidos, que iba a pasar. —“Pues bien, aquí tiene usted estas cinco representaciones de distintos pueblos; al sentarse el doctor Ospina, pida usted que sean leídas, pero hágalo de modo que esta de Fontibón sea la última, porque es la mejor y la que tiene argumentos más fuertes. Como lo pedí así se hizo y la mayoría que estaba perdida se alentó. El doctor Ospina volvió a tomar la palabra para desistir de su

empeño, puesto que los pueblos se habían alarmado y que eran de temerse desgracias, como lo decían los de Fontibón, porque se atacaban los intereses de los poderosos en los pueblos; que él no veía más en aquella cuestión sino los reclamos que pudieran hacer los contratistas, por daños y perjuicios. El doctor Matéus, que presidía la asamblea, dejó su asiento para contestar la última parte del discurso del doctor Ospina, que trataba de indemnizaciones, y lo hizo tan bien, que nada quedó que discutir y el contrato cayó para no volverse a levantar. Vencí, por tercera vez al doctor Ospina y se salvaron los agricultores de un aumento de vigor en el impuesto que los agobiaba. Tal vez ha sido el único agricultor que ha agradecido a la asamblea el gran servicio que en esta ocasión prestó a la agricultura. Los hacendados ricos, que muchos de ellos, a pesar de su patriotismo, han eludido el pago del diezmo, fueron los más favorecidos en la caída de este contrato, acaso ninguno lo advirtió, y tal vez si alguno llega a leer estos renglones, no creerá que un agricultor pobre fue el que tomó más parte en librarlos de las garras del interés individual. Esos pequeños incidentes son parte de la vida práctica y cuando esta se escribe, es preciso relatarlos, porque son un lente seguro para penetrar en la índole, en las tendencias y fines de los partidos políticos en que están divididos los pueblos.

Mi hermano Alfonso fue enviado a Roma por el presidente general López. Partió a cumplir su misión, acompañado de su esposa, y dejó a mis hermanas Eusebia, Catalina y Concepción un pliego cerrado y sellado para que lo abrieran caso que su señora y él faltaran, y en el caso de falta de uno de los dos, se aguardara la llegada del que quedara, para abrirlo. Habiendo muerto mi hermano en Roma, se esperó la llegada de Felisa su viuda, y se consultó con un abogado si se debía abrir el pliego, y este dijo que era obligación abrirlo, lo que se verificó en presencia de la viuda. Contenía este pliego, que estaba firmado por ambos, disposiciones para el caso de fallecimiento de uno de los dos y para el de que solo falleciera mi hermano. Para este último caso, exponía sus deudas particulares: entre ellas figuraban cincuenta pesos a la manumisión y prevenía que además de esto, se pagaran de preferencia y escrupulosamente estos derechos. Ordenaba que pagadas sus deudas particulares, lo que quedara líquido de sus bienes lo dejaba íntegro a su viuda. Mi hermana Josefa, mis otras tres hermanas, depositarias del pliego, y yo,

reconocimos en él la voluntad de nuestro hermano y la respetamos. Mi hermana Liboria no quiso respetar esta voluntad y manifestó que no cedía su derecho. Mi sobrina Eusebia Acevedo, hija de mi hermano Pedro, hizo otro tanto: desconoció la voluntad de mi hermano. Estos dos herederos conocían la letra y firma de mi hermano. Falsificación en aquel documento que reservadamente tenían mis tres hermanas, solo podría haber cuando ellas hubieran aparecido como únicas herederas o como mejoradas notablemente, o que hubieran sido solamente los dos desconocedores del documento los excluidos, y en este caso no le habría faltado a mi hermano razón para hacerlo, puesto que eran los únicos de los que podían heredarle que se encontraban ricos.

En este pliego me autorizaba mi hermano para que arreglara todo conforme a su voluntad expresada en él. Pero como fue resistida esta voluntad, manifesté a Felisa, mi hermana política, que aquella resistencia era un pleito; que creía probable que ella lo ganara, pero que en caso de que se entrara en pleito, yo me separaba absolutamente de toda intervención en él, porque aborrecía los pleitos, y más entre familia; que en ese caso ella se hiciera cargo de todo y que reconociera en la hacienda los derechos de Ignacia su hermana y que yo prescindía enteramente de todo derecho que pudiera tocarme. Felisa rechazó mi manifestación y dijo que ella no peleaba por herencia y que cedía de buena voluntad a todos los herederos la parte que reclamaban; me suplicó y me encargó que arreglara yo todo. Vino, pues, mi sobrino Juan Neira, autorizado por mi hermana, a presenciar y a intervenir en todo. Mi sobrina Eusebia se resistió a venir a presenciar los inventarios y avalúos y me dio una carta depositando en mí su confianza. Grandes fueron mis afanes entonces. Las obras y las pérdidas en las sementeras nos habían impedido pagar al señor Santamaría los intereses de once mil pesos que le quedábamos debiendo en la hacienda. La deuda era ya de catorce a quince mil pesos, y el señor Santamaría, en carta de pésame, me pasó la cuenta para que arregláramos pagos. Esto, con lo que había que darles a los herederos, y las demás deudas, me obligaron a vender la mayor parte de la hacienda en el peor tiempo posible, cuando acababa de pasar una revolución y cuando los terrenos no tenían valor. En la revolución que acababa de pasar había sido nombrado jefe de operaciones sobre las guerrillas de Subachoque, Tabio, Zipa-

quirá y Casablanca, para empezar por perseguir la guerrilla que se levantó en Subachoque y recibí orden del gobierno de seguir a Facatativá a tomar la fuerza con que debía debelar aquella guerrilla. De paso debía llegar a Bojacá para comunicar allí algunas órdenes. El camino a Facatativá estaba sumamente resbaloso y mi caballo cayó, lastimándome gravemente el pie izquierdo, que fue dislocado por el tobillo. Afortunadamente me acompañaba mi sobrino político Anselmo León, que me auxilió y ayudó a montar; seguimos y llegamos al anochecer a Facatativá; el pie y la pierna se me habían ya hinchado tanto, que fue preciso cortar la bota para poder ponerme paños de véjeto. Los jefes de la plaza no querían dejarme seguir, pero les manifesté que aquella dislocación no era suficiente para detenerme y que antes quería morir que dar motivo para que se tradujera tal accidente como superchería para evitar un peligro. Al día siguiente muy temprano se pusieron a mis órdenes como ochenta hombres de caballería, entre los cuales iban veinte húsares del regimiento del general Melo, mandados por el capitán Gutiérrez, la demás gente se componía de escuadrones de milicias de Fontibón, Funza y Facatativá, mandados por el coronel Gaitán y el jefe político de Funza. Como a las once de la mañana llegamos a Subachoque y en el acto mandé un posta de la confianza de los rebelados ofreciéndoles una completa amnistía si deponían las armas. La contestación a mis ofertas fueron insultos y amenazas; seguí inmediatamente en persecución de la guerrilla llegando al anochecer a la hacienda de La Pradera. El coronel jefe dio sus razones para detenerse en la casa de la hacienda, y yo con los de Fontibón y los húsares seguí a Paramillo, donde cogí unas cuantas mujeres que les llevaban fiambres, escapularios, y noticias de la fuerza que iba en su persecución. La guerrilla hacía más de dos horas que había seguido en derecha al fondo del páramo. La oscuridad de la noche, lo incierto de las noticias y lo muy fragoso de las veredas que teníamos que seguir, me obligaron a detenerme allí para dar descanso a las caballerías y esperar la salida de la luna para poder continuar la marcha. La vigilancia en que estábamos hizo que cayera en nuestras manos algunos arrendatarios de la hacienda, pero las noticias que tomábamos de ellos eran sumamente contradictorias. El señor Sinforoso Calvo nos acompañaba en aquella expedición y tuvo esa noche la bondad de volverme el tobillo dislocado a su lugar, cosa que me dio grande alivio, pues me estaba haciendo sufrir aquella dislocación. Luego que apa-

reció la luna, llamé tres individuos del escuadrón de milicias para que fueran a hacer mover la fuerza que estaba en la casa de la hacienda; estos individuos resistían el cumplimiento de esta comisión y con este motivo el señor Calvo, que dormía con la cabeza sobre su silla, despertó, e impuesto de lo que ocurría, pidió su caballo para ir él solo a traer la fuerza, despreciando la compañía que le ofrecían los que se habían negado a obedecer por temor de una emboscada. Inmediatamente se puso en marcha este señor, y fue tan diligente que antes de lo que se esperaba, se presentó con la fuerza. Sin tener seguridad de cuál era la vía que había tomado la guerrilla y persuadido íntimamente de que era suficiente la mitad de la fuerza que llevaba para derrotarla, dividí por mitad mi gente dándole al coronel Gaitán los húsares. A las dos de la mañana nos movimos en la inteligencia de que si a las ocho del día no habíamos encontrado al enemigo debíamos reunirnos en el boquerón de la Magdalena, vía para Zipaquirá. A las nueve recibí posta del coronel, avisándome que la guerrilla no estaba por aquel lado, y que se ponía en marcha con su gente para Facatativá, con orden de estar el mismo día temprano en aquella plaza. A pocos momentos se recibió comunicación del general P. Durán, para que inmediatamente marchara el jefe político con el escuadrón a incorporarse en Tabio a la fuerza que él mandaba. Quedamos, pues, solos en el centro del páramo. A las diez de la mañana, el señor Calvo, mi sobrino León y yo, desde la altura del boquerón alcanzamos a ver que la guerrilla de Subachoque se había unido con la que mandaba el señor Nemesio Benito y que se encontraban en la hoya del Riofrío, sobre el alto de Zipaquirá. Regresamos con el sentimiento de ver perdida la ocasión de acabar con aquellas montoneras, por lo limitado del tiempo que se le dio a la fuerza que debía perseguirlas.

Aquel mismo día, por la tarde, llegué a Facatativá, y no hallando allí ninguna orden del gobierno, seguí al otro día para la capital a dar cuenta al gobierno de lo que había hecho en mi comisión, el que me ordenó siguiera aquella noche para Zipaquirá y me hiciera cargo de la jefatura política de aquel cantón, y que continuara con el mando militar en persecución de las guerrillas. Serían las diez de la noche cuando reunido con un escuadrón de húsares, seguimos para Zipaquirá donde llegamos como a las seis de la mañana. El escuadrón llevaba orden de volverse inmediatamente, y yo quedé hecho cargo del

mando de la plaza. Por la tarde y al día siguiente las guerrillas estuvieron haciendo fuego sobre la ciudad. Combinamos con el general Durán un movimiento para reunirnos en el páramo. Tomé de la fuerza, que ya se había reunido, sesenta hombres, entre los cuales había dieciocho infantes buenos, mandados por un capitán veterano y muy aguerrido. Por la tarde estuvimos sobre el alto, y al siguiente día hice algunas correrías buscando las guerrillas, a tiempo en que esperaba al general Durán. Por fin me llegó un posta con comunicación en que me decía el general que no lo esperara, porque le había parecido disparatado e inconveniente el movimiento, pues su gente era toda de caballería: esto después de haberme dicho el día anterior que a las seis se reuniría conmigo. Por las huellas de los caballos descubrimos que las guerrillas habían tomado para el Norte. Las seguimos, y cuando dimos con el camino que baja a Cogua, dije al señor N. Currea, que iba conmigo a la cabeza de su escuadrón, que tomara diez hombres y bajara a aquel pueblo a adquirir noticias de las guerrillas, nos tuviera que comer para todos y pasto para los caballos. Todo lo preparó y se adelantó hacia Casablanca en busca de noticias del enemigo; de repente se encontró rodeado por una fuerza muy superior a que él llevaba. Afortunadamente el jefe, señor Benito, era amigo íntimo de Currea, y lo dio libre con su gente, dejándolo ver su tropa, constante de más de doscientos hombres, en su mayor parte caballería bien montada. Currea, ocultándole seguramente mi movimiento al enemigo, buscó un baqueano que saliera adelante, y con él me avisaba el peligro que corría si me le presentaba a Benito; que siguiera a aquel posta y me volviera a Cogua. Así lo hice, pero luego que los que habían sido sorprendidos por el enemigo contaron a sus camaradas lo que les había pasado, estos no querían detenerse, porque les parecía que ya los rodeaban; por fortuna los infantes y su capitán eran buena gente y nos ayudaron a calmar la inquietud, y comieron con tranquilidad y precauciones para evitar una sorpresa. Luego seguimos para Zipaquirá, en donde estaban alarmados con la aparición de Benito en Casablanca con fuerzas suficientes para tomar aquella noche la ciudad.

Los partidarios de la revolución estaban alegres y amenazantes. Arreglé el cuartel para esperar al enemigo. Reuní en él a los empleados del gobierno y se aseguró todo lo que podía ser codiciado por los revolucionarios, e hice traer al cuartel a

los enemigos que más se distinguían por su influencia y por su manifiesta hostilidad al gobierno. Entre las personas que hice traer venía el señor Benito, padre del joven jefe de las guerrillas. Al llegar este señor al cuartel, me encontré con él, que venía sumamente aterrado. A la vista de este anciano inofensivo no pude menos de conmoverme y tratarlo con suma benevolencia, diciéndole que escogiera su alojamiento por esa noche en una casa inmediata al cuartel, avisándome cuál era, y que si podía verse con su hijo lo persuadiera de que iba a hacer un gran disparate en pretender tomar el cuartel.

Ordenado todo para esperar un ataque, me encerré en el cuartel; por la noche hice dos salidas con un piquete de caballería, para recorrer la ciudad, y especialmente para observar si había vigilancia en el cuartel. No ocurrió novedad en toda la noche, y como a las diez del día me llegaron como doscientos hombres de caballería que enviaba el gobierno en auxilio de la plaza. Luego recibí comunicación del coronel Díaz, avisándome que estaba en Nemocón; que había llegado con ciento treinta hombres de infantería y un piquete de caballería, y que iba a ocuparse aquella tarde en abrirse paso por las haciendas para atacar por el flanco las guerrillas, suponiendo que yo me movería sobre ellas por el frente.

Aquella misma tarde recibí comunicación del gobierno diciéndome que enviaba al joven Antonio París para que con el señor E. Bernal, pasaran donde Benito a persuadirlo de que debía deponer las armas, y recomendándome encarecidamente que hiciera cuanto me fuera posible porque no se derramara sangre. En el acto mandé un oficial donde el coronel Díaz para que suspendiera todo movimiento sobre las guerrillas hasta nueva orden. Al día siguiente me moví con más de doscientos hombres impacientes por batir las guerrillas.

No habiendo vuelto los comisionados del gobierno y sabiendo que el coronel Díaz se impacientaba y quería desobedecer mis órdenes, y siendo mi especial consigna evitar la efusión de sangre, luego que estuve fuera de la ciudad hice alto, mandé echar pie a tierra e hice traer bastante pasto para que cuidaran las caballerías, y a galope largo seguí hacia Nemocón a avisarme con el coronel Díaz y persuadirlo de la necesidad de esperar; conseguido esto, volví sin dilación, y acompañado del señor Nepomuceno Currea, me dirigí al campo enemigo. La pri-

hora avanzada de este nos mandó hacer alto; pero alcanzamos a ver al jefe, y Currea lo gritó llamándolo por su nombre; oído que fue, bajó precipitadamente donde estábamos, nos reunimos y seguimos a Casablanca, donde nos desmontamos y entramos en la sala. Necesité de apoyo para llegar a un canapé, porque con la continua agitación de aquellos días, el pie y la pierna se me habían vuelto a hinchar y me dolían bastante. El señor Bernal estaba allí, y muy poco o nada había conseguido en el objeto de su comisión, porque los cabecillas de los amotinados eran hombres vulgares, en su mayor parte religionarios, y nada admitían que no fuera un absoluto sometimiento del gobierno a los *santos* sacerdotes. Entramos en conferencia con el señor Benito, quien estaba sojuzgado por sus jefes y subalternos, y nada se podía adelantar; tanto más cuanto que ellos querían entretener esperando noticias favorables de Guatavita. Después de muchas idas y venidas del jefe donde sus subalternos, me dijo que la gente de Nemocón se movía sobre ellos, y que para concluir su capitulación exigía que se hiciera volver aquella gente a su cuartel. Pedí un oficial para mandar la orden al coronel, para que retirara su fuerza, y ninguno quiso obedecer, bajo el pretexto de que no sería atendida tal orden y de que lo harían prisionero.

Era preciso hacer sacrificios para obtener el logro de las miras patrióticas y filantrópicas del gobierno, y consentí en que marchara el señor Currea donde Díaz, sin embargo de ser el único que me acompañaba. Percibido ya el cumplimiento de mis órdenes en la fuerza del coronel Díaz, siguieron las exigencias torpes de los religionarios, y me vino la idea de que seguramente se trataba de hacerme prisionero; a este tiempo se presentó el joven Benito, y yo, con toda la energía de que era capaz, le dije: —“Parece, señor, que sus gentes han creído que es corriente y muy fácil hacerme prisionero; puede usted asegurarles que esto es imposible; que lo único que pueden hacer es asesinarme, porque donde me encuentro, solo de este modo podrán apoderarse de mi espada y de mi cuerpo”. A esto agregué que estaban terminados mis esfuerzos y que por tanto me volvía en el instante para mi campamento.

El joven Benito abundó en protestas de seguridad y de respeto a mi persona y a las intenciones del gobierno; que ya su gente había convenido en todo; pero que exigía que la capita-

ción se firmara en su campamento; a lo que le repliqué que si no recordaba que desde un principio le había dicho que yo no estaba allí como jefe a órdenes del gobierno, sino como un particular que se interesaba en favor de la suerte de sus compatriotas, y que, o seguía inmediatamente a firmar la deposición y entrega de las armas en el campamento de las autoridades del gobierno, o si no, seguirían las hostilidades, dándome solo el tiempo necesario para ponerme a la cabeza de mi tropa. El joven jefe convino en seguir conmigo a Cogua, lugar que señalé para que allí se efectuara el sometimiento y entrega de las armas; pero sus compañeros le exigieron que se acompañara de media docena de valientes para prevenir un caso. En nada me afectaba esta ridiculez, y contesté que lo podían acompañar todos los que quisieran. Noche ya llegamos a Cogua, y apenas habíamos entrado al despacho de la alcaldía, recibí el parte de la completa derrota de las guerrillas que capitaneaba el señor Pastor Ospina, la prisión de este y de los demás cabecillas de aquel pronunciamiento. Luego recibí otra comunicación del jefe político de Ubaté, avisándome que había ocupado el páramo con fuerza suficiente para detener o hacer prisioneros, según el caso, a los guerrilleros que estaban en Casablanca. Con la lectura de estas comunicaciones en presencia del señor Benito, quedó persuadido de su impotencia contra el gobierno, y convino en darme el gusto de presentársele aquella misma noche a su anciano padre, debiendo, sí, volverse al día siguiente a su campamento, para presentarse en Cogua con su gente a entregar las armas.

Firmado el sometimiento de las guerrillas y arreglado todo lo que tenía conexión con este hecho, seguimos para Zipaquirá, donde llegamos como a las once de la noche, y me dirigí a casa del padre del joven rendido; golpeamos y lo hice llamar con el que salió a la puerta. El anciano se presentó, y al verlo le dije: —“Señor Benito, vengo a ganarle las albricias: le traigo lo que se le había perdido y que lo tenía tan inquieto; aquí tiene usted a su hijo, sano y salvo”. El anciano, antes que a su hijo, se me acercó, y con un abrazo me dio las gracias con manifestaciones de profundo enternecimiento y gratitud. El joven quedó en brazos de su padre y yo seguí para el cuartel y de allí a mi alojamiento, que era en casa del noble y generoso caballero Alejandro Mac-Dowal. Al otro día hice preparar unas bestias de carga

para traer las armas que debían entregar los rendidos, y con mi secretario y un oficial me trasladé a Cogua; allí hice colocar al secretario en el centro de una de las aceras de la plaza, para que formara la lista de los que deponían las armas, especificando la clase de arma que entregarán. Cuando las guerrillas se presentaron, las hice formar en orden a la izquierda del secretario y fueron desfilando por el frente, de uno en uno, dando su nombre, entregando su arma y pasando a formar al frente derecho de la plaza. Terminado este acto, desde el centro de la línea me congratulé con todos aquellos compatriotas, que ya volvían al seno de sus familias, salvos y sanos, a consagrarse a sus tareas en bien de la patria. Les dije que en aquel momento daría parte al gobierno de aquel hecho, para que, con conocimiento de cómo había pasado, me indicara lo relativo a los salvoconductos que debía extender para que volvieran tranquilos a sus casas, y que mientras recibía la contestación del gobierno, tuviesen la paciencia de esperar en su campamento mi aviso para que se presentaran en Zipaquirá a recibir sus salvoconductos.

Mis palabras, dirigidas con sencillez y con sincero deseo del bien de las personas a quienes las dirigía, fueron recibidas con murmuraciones amenazantes y con vivas de ironía. Esto no me ofendió, y solo lo consideré como un acto de gente sin educación y de ingratitud hacia un gobernante que se esmeraba en disminuir las desgracias de la patria.

En cuanto a mí, sabía que tenía fuerzas más que suficientes para destrozarlos, para haber muerto y heridos a muchos, para perseguirlos y aprisionarlos, y para hacer sufrir a los que hubieran escapado las terribles penas y zozobras del fugitivo. Yo había sufrido las críticas de los que me estaban subordinados; había estado en el campamento enemigo aguantando absurdas y brutales exigencias de hombres que tenían la insensatez de creer que defendían a Dios, cuando por lo que realmente se sacrificaban era por defender el poder, la ambición y los intereses de los que los esquilaban y les vendían la misericordia y la justicia divina. Tenía, por tanto, la convicción de que cumplía con mi deber y de que coadyuvaba a las miras filantrópicas y patrióticas del Presidente de la República.

En el acto me volví a Zipaquirá a esperar las indicaciones del gobierno, respecto de los términos en que debían darse los

salvoconductos, pues no quería exponerme a tachas o improbaciones. Los que habían entregado las armas volvieron a su campamento a esperar también.

El gobierno no me enviaba las instrucciones que le pedía, y antes de que se cumpliera el plazo que se había señalado a los rendidos para darles su salvoconducto, recibí en un papel ajado, firmado por algunos de los cabecillas, una protesta indecente y ridícula, en que me decían que si no les remitía pronto a su campamento el ofrecido documento, se pondrían en libertad para volver a sus casas, se armarían aunque fuera con cañas para resistir a un gobierno tiránico, sin fe y sin religión. A esta insolencia contesté que no era necesario se armaran con cañas; que si querían rebelarse otra vez, podían disponer de todas sus armas dentro de las veinticuatro horas y que se pusieran en guardia. Esta contestación los calmó, y viendo que el gobierno se desentendía de darme las instrucciones que solicitaba, procedí a dar los salvoconductos ofrecidos.

Las elecciones se acercaban y supe que algunos de los amnistiados eran electores, y les advertí que podían presentarse en la asamblea a emitir sus votos, sin temor de ser molestados. Así sucedió: la asamblea se reunió y cada uno de sus miembros votó según sus convicciones. Puse todo en conocimiento del gobernador de la provincia y le avisé que estaba terminada mi comisión, y que esperaba el favor de que nombrara la persona que debía reemplazarme. El gobernador contestó que no era todavía tiempo de que me retirara. Insistí manifestando que estaba cumplido en un todo mi compromiso; que mis intereses y mi familia estaban abandonados, y que me encontraba enfermo; que si para *tal* día no llegaba la persona que debía hacerse cargo de la jefatura, entregaría el puesto al alcalde y me presentaría a dar cuenta al gobierno del modo como había cumplido sus órdenes. Esto no fue suficiente para que se me atendiera, y me ví en la precisión de cumplirle al gobernador, lo que había dicho en mi insistencia.

La víspera de mi partida recibí dos comunicaciones: la una a nombre del partido liberal y la otra del conservador. En ambas se interesaban para que continuara en el destino; mas les hice presente la imposibilidad en que me hallaba para seguir allí. "Ustedes mismos, les dije, son testigos de que, a pesar de encontrarme medio baldado, no he descansado un momento, y tengo

necesidad de estarme quieto para que sane del pie". Estas y otras circunstancias persuadieron a los comisionados de la precisión en que estaba de retirarme.

Al día siguiente sorprendí al gobernador con mi presencia; vio que me encontraba baldado; se afanó porque no me había atendido, y nombró a un joven estudiante para que me reemplazara. Después seguí para la casa de mi suegro, donde era mi posada. Fui enseguida donde el presidente, quien estaba con sus secretarios; le di muy ligeramente cuenta del modo como había cumplido sus órdenes y cómo habían recibido los indultados la generosidad con que se les había tratado, pues ellos afirmaban, a pesar de verse derrotados por todas partes, que la generosidad del gobierno no era nacida de nobles sentimientos, sino de debilidad y por temor de continuar exitando la furia del pueblo con sus persecuciones a la religión. Con esta relación se suscitó la cuestión clero, y en ella manifestaron algunos de los secretarios que con las últimas leyes expedidas a este respecto, el clero iría sometién dose paulatinamente. Combatí esta confianza y observé que, a pesar de esas leyes y habiendo pasado muchos años, apenas en rarísimos distritos había una autoridad que se atreviera a citar un sacerdote a que se presentara al juzgado a contestar demanda o acusación que pudiera aparejar prisión. No recuerdo cuál de los presentes me dijo que si yo hallaba algún medio de contener las demasías del clero. —“Hace mucho tiempo, le dije, que soy lo que puede llamarse *cordero del especial rebaño de los curas*; con este motivo los conozco mucho, y he meditado sin descanso en busca de un freno que los detenga en sus pretensiones, y no he hallado otro que una ley estableciendo misiones en las comarcas donde todavía se encuentran indios salvajes. Esta ley debe declarar carga concejil el servicio en ellas y autorizar al poder ejecutivo para el nombramiento de los sacerdotes que deben ir a cumplir con este deber esencialmente apostólico”.

Uno de los secretarios, no recuerdo si el señor Plata o el doctor Murillo, objetó al instante que aquella ley sería una medida de seguridad inaceptable para el partido liberal. —“Así sería, señor, le repliqué; pero en el estado de nuestra sociedad, en la imposibilidad de emanciparla de sus creencias, no hallo por hoy, otro medio”.

Me encontraba aguijoneado por el dolor que sentía en el pie lastimado, y, por el deseo de ir a abrazar a mi familia, pedí

permiso al presidente para retirarme. Salí del palacio para la casa de mi suegro, donde se encontraba mi familia, y allí volví a ponerme por segunda vez en manos de un sobandero, y después de unos días de completa quietud, pude ya caminar sin dificultad. Una mañana, el señor Francisco Luque, vecino de Subachoque, vino a decirme que los individuos de aquel distrito, que yo había indultado en Cogua, habían sido sorprendidos un domingo al salir de misa y que los habían traído a la cárcel. Después de todas las preguntas y averiguaciones del caso, me vestí y salí para la casa del doctor Cuéllar, que era el gobernador, a quien manifesté mi sorpresa por aquel hecho, y le pregunté si había algún nuevo accidente que motivara tal procedimiento; me contestó que él no sabía absolutamente nada, y que había sido sorprendido con una comunicación del gobierno avisándole la prisión de aquellos revolucionarios y pidiéndole un informe de la conducta que habían observado después de indultados; que si yo sabía algo en contra de ellos. Le respondí que, a pesar de tener frecuente comunicación con los vecinos de Subachoque, nada sabía que pudiera autorizar lo que estaba pasando, y que le suplicaba diera su informe favorable a aquellas gentes. De allí salí a ver a los prisioneros, y estando hablando con ellos, llegó un agente de la justicia a pasarlos a otra prisión, y me impidió bruscamente que siguiera hablando con aquellos presos, que desde aquel momento quedaban bajo el poder judicial y privados de comunicación. Lleno de cólera salí de aquel lugar, y el primero con quien tropecé fue con el señor Paredes, también secretario de gobierno. Le pregunté qué motivo había tenido el gobierno para mandar aprehender a los indultados en Cogua, y me contestó que él no sabía nada, y mostrándome al señor Plata que bajaba también para la secretaría, me dijo: —“Mire usted el que le puede dar la noticia que desea”. Me dirigí en el acto hacia don José María Plata, con quien era muy antiguo conocido. Este señor comenzó a aplacarme diciéndome que aquellos orejones me asesinaban el día menos pensado. No me conformé con razones de esta clase e insistí en la inquisición del por qué de aquel procedimiento. Plata me salió con que Ardila, en sus declaraciones, los hacía seriamente cómplices en la revolución.

A esta razón mi cólera subió de punto. —“Don José María, le dije, ¿es posible que usted abuse de mi ignorancia hasta el punto de creerme tan simple que admita que a un hombre indultado porque se ha sometido y entregado las armas con que

se sublevó, se le pueda volver a juzgar porque aparece cómplice en la revolución por la que fue indultado? Sí, señor, si usted no hace que estos hombres se pongan en libertad este mismo día, mañana haré una publicación de este hecho y pondré en la imprenta la carta auténtica del general, en la que, entre otras cosas, me dice: 'Lo autorizo a usted para que indulte a los que entreguen las armas, a lo que comprometo la fe del gobierno y mi palabra de honor, a que nunca he faltado'. Además, señor secretario, si se consuma esta ofensa que se me hace, retaré desde ahora al presidente para que, terminado su período presidencial, me de una satisfacción completa". Allí mismo se convenció el secretario de la justicia que me asistía, y se volvió conmigo a la gobernación a poner en libertad a los presos que presentaran el salvoconducto que recibieron en Zipaquirá. Con excepción de uno que había despreciado el salvoconducto, los demás fueron puestos en libertad en aquel mismo instante.

A pocos días de esto me fui con mi familia a mi casa en Subachoque. Cada día que pasaba se palpaba más y más la ingratitud del clero y de los religionarios; no cesaban de conspirar. Un domingo marché para Bogotá, y en el tránsito de Tres Esquinas a la ciudad encontré a unos siete curas que abandonaban a sus feligreses con el fin de reunirse todos en la capital. Esto me llamó la atención. Al día siguiente, lunes, como a las once, recibí una carta de Subachoque, en la que se me comunicaba que el cura-excusador había consumido la hostia diciendo que aquella sería la última vez que su Divina Majestad bajaba a aquel templo; que en seguida había pedido al sacristán le alcanzara la lámpara y que él mismo la había apagado diciendo que en aquel pueblo había muerto la luz de la fe, puesto que, llamándose cristianos, consentían en que el gobierno les quitara su religión, y que había terminado su farsa echando a todos fuera de la iglesia, cerrando esta y diciéndole al sacristán: —"Tome la llave, llévesela a don Juan Acevedo, que a él será a quien nombra el gobierno para que se haga cargo del templo". Que el sacristán le había observado que don Juan no estaba en el lugar, y que entonces había llamado al alcalde para que recibiera la llave, y que este le había dicho que la recibía pero con un inventario riguroso; que el cura le había replicado que no tenía tiempo para eso, porque en aquel instante partía para la capital, a lo que había contestado el alcalde que él tampoco tenía tiempo para recibir llaves.

Esta carta no me dejó duda de que se conspiraba contra el gobierno. Salí al momento para donde el señor Obaldía, que estaba encargado del poder ejecutivo. No conocía yo a este señor, pero me prestó su atención. Le referí la emigración de clérigos de sus curatos y le puse de manifiesto la carta que acababa de recibir. —“Esto confirma, me dijo el señor Obaldía, lo que ya sospechábamos aquí: se trata otra vez de levantar los pueblos contra el gobierno; pero ahora podemos darles un golpe que les desconcierte su plan: el decreto del general Bolívar está vigente; con él nos es fácil hacerlos salir de aquí a todos, para que vuelvan a sus curatos”. Aquella misma tarde se puso en ejecución el decreto y pronto fue desocupada la capital de sus huéspedes.

Regresé a mi casa, y andando el tiempo tomaron fuerza las exageraciones del golgotismo Proudhon: el comunismo y el socialismo estaban de moda; la atmósfera política estaba impregnada de estas ideas y todo se resentía de ellas, trayendo contrasentidos inexplicables. La democracia no era una puerta abierta a todos para ponerse en el camino del merecimiento: era más bien una revelación en la que desaparecían todas las desigualdades, revoliéndose el mérito, la capacidad y el patriotismo con la ignorancia, el vicio y las pretensiones inmerecidas; así fue que los promotores de estas exageraciones se encontraron pronto en abierta lucha con el pueblo, a cuyo favor se habían hecho. Los tumultos y desórdenes se hicieron frecuentes y la lucha del pueblo contra la juventud educada y aspirante al poder tomó un carácter amenazante y serio, que ha dado días de conflictos y de desgracias y ocasiones de triunfos a los enemigos constantes de la independencia, de la República y de la libertad.

De las extravagancias de esta época salió la división de la provincia de Bogotá en cuatro provincias. Una de ellas fue la de Zipaquirá, y tuve la desgracia de que algunos de los habitantes de aquella ciudad pensaran en mí para pedir al gobierno que me nombraran de gobernador. Obtenido este nombramiento, volvieron a Zipaquirá y allí comisionaron a los señores Mac-Dowall y Bulla para que pasaran a mi casa en Subachoque a llevarme el despacho y a obligarme a que aceptara el destino. Cuando estos señores llegaron a mi casa, hacía días que estaba yo en Bogotá. Mi señora les instó que se apearan de a caballo a descansar y a tomar algún refresco; pero no aceptaron nada y de la misma puerta devolvieron rienda para seguir en busca

mía. A las doce del día se presentaron estos señores comisionados en casa de mi suegro, que era mi posada, a obligarme a admitir el destino. Yo había recibido ya comunicación del gobernador de Bogotá, que era el general Rafael Mendoza, para que me presentara el 1º de agosto en Zipaquirá a recibir la gobernación de aquella provincia. No me había sido posible renunciar, porque no había recibido el nombramiento del gobierno. Resistí desde las doce hasta las dos de la tarde las instancias de los comisionados; mas al fin, ya cansado de argumentar, hube de someterme, asegurándoles, sí, que lo hacía contra la voluntad nacida de mi natural repugnancia a los destinos, y de la íntima persuasión de mi insuficiencia para desempeñarlos debidamente. Entonces me entregaron el nombramiento del gobierno y me exigieron la contestación.

Al día siguiente volví a mi casa a arreglar con mi señora el cambio en nuestras ocupaciones y modo de vivir.

La víspera de mi recepción de gobernador llegué solo y me desmonté en la casa que me dijeron estaba destinada para la gobernación.

Debía tomar posesión del destino ante el jefe político, y contra toda mi voluntad tenían preparado este acto con toda la mayor ostentación posible, bajo el pretexto de que Zipaquirá celebraba su exaltación al rango de ciudad capital de provincia.

El joven que desempeñaba la jefatura tenía preparado un largo discurso, en el que, no se aún si porque se hallaba enteramente impregnado de las ideas que dominaban, o si porque pensaba que yo había intrigado para quitarle un puesto a que él se creía con derecho, me prodigaba una oposición, haciéndole creer al pueblo que siendo yo verdadero liberal, debían terminar para los hijos de la nueva provincia las chocantes y horribles diferencias de fortuna. Todo el discurso tenía el trillado camino de lisonjear las pretensiones injustas e indebidas del pueblo. Así fue que al cabo de poco más de un mes, al salir del despacho para mi casa, me esperaban en la esquina de la plaza unos dieciseis hombres con el sombrero de medio lado y ruana de bayetón que les daba sobre los pies. Estos me rodearon y me suplicaron les oyera, a lo que les contesté que con mucho gusto; entonces uno de ellos me manifestó que hacía muchos días esperaban que se cumplieran las promesas que se les habían hecho de mejorarlos

de suerte. Les contesté que deseaba saber de qué manera creían que se les podía mejorar de suerte, y que cada uno fuera indicándome lo que deseaba. Todos iban por un mismo camino; todos confesaban que tenían algo: unas bestiesitas, otros reses, otros estancita muy retirada por allá en el páramo, y otros casita y oficio; pero todos manifestaban que esto no era nada para vivir siquiera con media comodidad. —“Bien, señores, les contesté, ¿cuáles son los medios que ustedes hallan para que el gobierno pueda darles pronto las conveniencias que apetecen? —Que se nos cumpla lo que se nos ofreció; todos los mejores terrenos los han abarcado los ricos aquí en las goteras de la ciudad; hay rico, enemigo del gobierno, que con solo lo que él tiene, dejándole con qué se mantenga, queda para sacarnos a todos nosotros de la pobreza en que estamos. —¿Entonces les han ofrecido a ustedes la propiedad ajena? No habré sido yo, pues lo que he prometido es sostener la Constitución y las leyes, y ni en la una ni en las otras hay nada que me autorice para arrebatar a unos su propiedad para dársela a otros. A lo que me obligan las instituciones es a defender y sostener la propiedad y los derechos de cada uno. Debajo de ustedes hay miles de individuos infinitamente más desgraciados y pobres. ¿Les gustaría que yo les despojara a ustedes para mejorar la suerte de aquellos? Mejor sería entonces el comunismo: éste bien pronto no dejaría nada; pero no quedaría quien volviera a sacrificarse trabajando para que el que en nada le había ayudado viniera a disfrutar de su trabajo. La agonía de la sociedad sería entonces más pronta y menos horribles sus tormentos, porque todos morirían bajo una misma ley y no estarían palpando largo tiempo la injusticia de verse despojados en favor de otros, que seguramente serían sostenidos en esta emergencia”.

Concluí mis manifestaciones diciéndoles que, deseando proteger a los pobres, ya había pedido al gobierno la adjudicación de las tierras baldías que le correspondían a la provincia, para ponerlas al alcance de los pobres labriegos que quisieran trabajar en ellas, y que haría cuanto estuviera en mi mano para proteger a los que se dedicaran a cultivarlas.

A pocos días se repitió la lucha con distintos reclamadores que adoptaron las mismas pretensiones, pero siempre de habitantes de Zipaquirá y sus alrededores; lo que demuestra que allí estaba el centro de estas exigencias.

Sin descanso manifesté al gobierno la imposibilidad de sostener aquella provincia con un tren de gobierno superior a sus recursos. Reunida la asamblea que debía organizar el gobierno de la provincia, hice cuanto me permitieron mis débiles recursos intelectuales, ayudado solamente de mi sincero deseo de gobernar en bien del pueblo; pero por desgracia, mi modo de apreciar las cosas y de buscar los medios de darle a la provincia una organización de acuerdo con sus circunstancias de pobreza y pequeñez, estaban muy distantes del plan de organización que la asamblea traía acordado. Desde luego, toda observación que no estuviera de acuerdo con aquel plan, era tiempo perdido, como me lo manifestó uno de los diputados de aquella corporación.

En mi mensaje a la asamblea había insistido mucho en la necesidad de establecer economías, especialmente en el tren de empleados; que era preciso para esto tener en cuenta la inmensa distancia entre la gran provincia de Bogotá y la de Zipaquirá, que podía reputarse como nacida antes de tiempo.

Todas las objeciones a las ordenanzas que se me pasaban para su sanción, fueron desatendidas, aunque no por prevención o por oposición a mi persona. La asamblea seguramente creyó que dictando una ordenanza que mandara aumentar el sueldo del gobernador, me contentaría. Pero habiendo devuelto esta ordenanza objetada, suplicando a la asamblea que, en caso de que no fueran atendidas mis objeciones, se me hiciera la gracia de adelantar a enero próximo la fecha en que debía empezar el aumento del sueldo del gobernador, pues para entonces me separaría precisamente del destino. Los diputados atendieron mi súplica y yo insistí por tercera vez en mi renuncia, haciéndola de carácter irrevocable y exponiendo al gobierno que, teniendo convicción de que las ordenanzas que se habían dado a la provincia eran perjudiciales a sus intereses y desarrollo, no era justo me obligara a gobernar con disposiciones contrarias a mi modo de ver las cosas, ni era posible que yo fuera un buen ejecutor de ellas. Por fin el gobierno admitió mi renuncia, y el 3 de enero salí con mi familia para mi casa.

En los cinco meses que estuve de gobernador algo adelanté en mis convicciones políticas.

Al honrado general López lo siguió en la presidencia el infortunado general Obando.

Las exageraciones en política tomaron un incremento notable, y se puede asegurar que en gran parte tenían por objeto una oposición traidora y solapada contra el desgraciado presidente. Un enemigo ingrato y pérfido era el principal agente o motor de este complot.

El espíritu religioso de los sostenedores del romanismo atizó, conforme a sus *cristianas* inspiraciones, esta infame maquinación que había de sepultar ignominiosamente al desventurado presidente, y que hubo de desmoralizar y dividir al partido liberal; que hizo morir a tantos ilustres republicanos y que dio el poder a los solapados atizadores y enmascarados enemigos de la República y de la libertad.

En las elecciones populares el clero tomó aliento y llamó a sus rebaños para con ellos ganar las elecciones; así fue que en todas partes pusieron mayoría.

El joven Pedro Gutiérrez Lee fue el gobernador de Bogotá, y la cámara puso mayoría conservadora y dictó ordenanzas de carácter revolucionario, tal como la que establecía cuerpos de milicias de policía en los distritos, advirtiéndole en ella que las funciones de esta policía no pasarían de los límites de su respectivo distrito. Para la organización de estos cuerpos autorizaba plenamente al gobernador; este dio su decreto en ejecución de la ordenanza, fijando en cada distrito el número de individuos de que debía componerse el cuerpo y los oficiales correspondientes; pero no advirtió la edad ni la clase de vecinos que debían alistarse. Para Facatativá, lugar de mucho tráfico, de población considerable y por donde pasa todo el comercio entre el interior y el exterior, y entre las provincias del Socorro y Tunja con Antioquia, creó un cuerpo de doce hombres con un oficial; y para Subachoque, pequeña población aislada en un rincón y con un tráfico insignificante, mandó organizar un cuerpo de doscientos hombres con sus respectivos oficiales.

No era necesario ser muy experto para conocer al momento que aquellas milicias no tenían otro objeto que hacer una revolución. En los pueblos que anteriormente se habían pronunciado en contra del gobierno liberal, se organizaban cuerpos regulares para tenerlos listos, y en los adictos que se habían opuesto a los pronunciamientos se organizaba una policía insignificante.

Pasaron dos semanas después de llegado el decreto que mandaba establecer las milicias, sin que en Subachoque se hubieran dado por entendidos; pero a la tercera semana se presentó en el pueblo un oficial veterano, de apellido Acevedo, con el encargo de disciplinar la milicia. Al propio tiempo se introdujeron clandestinamente unos fusiles en casa del cura. Un sábado por la tarde se oyeron cinco tiros con bala, lanzados de la casa del cura por el oficial que limpiaba el armamento y lo probaba. Al día siguiente, el alcalde, situado al pie de unos cepos que estaban arrimados a la pared de una esquina de la plaza, y el oficial subido sobre estos, amonestaban a los vecinos que el que a las tres de la tarde de aquel día no se hubiera alistado, pagaría una multa de diez pesos, y que si aún con esto no lo hacían, serían remitidos a la capital como reclutas.

Me hallaba en la plaza haciendo el mercado, y cuando concluí esta operación dije al señor Juan J. Obeso: —“¿Vamos a alistarnos? —¿Qué va usted a alistarse! —¿Por qué no he de ir? ¿le parece poco diez pesos y marchar como recluta? ¡Camine! ya yo vi el decreto; no tiene pies ni cabeza; vamos a divertirnos”. Nos fuimos a alistar, y cuando entramos al cabildo ya se habían alistado unos sesenta individuos. Con mucha seriedad y respeto supliqué al señor alcalde tuviera la bondad de franquearme la ordenanza y el decreto que creaban aquella milicia, porque deseaba saber si legalmente estaba obligado a alistarme. Luego que me fueron franqueados aquellos documentos, los leí en alta voz, y concluida la lectura supliqué otra vez al señor alcalde me hiciera el favor de mostrarme la autorización que tenía para imponer diez pesos de multa al que faltara al alistamiento general y para establecer ejercicios todos los domingos, pues nada de eso aparecía en los documentos que acababa de leer y que establecían aquella milicia de nueva creación.

El alcalde no podía replicarme, y el oficial tomó la palabra y dijo que el señor gobernador lo había mandado a disciplinar la gente y que todas las órdenes se las había dado de palabra. —“Señor oficial, le repliqué, en asuntos tan serios como estos no podemos someternos sino a la ley escrita. Ustedes han dicho que todo hombre que no esté alistado a las tres de la tarde de hoy, pagará la multa. ¿Habla esto con los ausentes, con los enfermos y con los recién nacidos? Por mi parte, señores, desconozco la autoridad con que ustedes nos apremian, y en cuanto a

la ordenanza y el decreto del señor gobernador, están muy vagos; no pueden ustedes darles cumplimiento sin pedir explicaciones”.

Todos los hombres que se encontraban en el pueblo se agolparon al cabildo, y los que ya se habían alistado empezaron a pedir que los borrarán; pero al fin uno dijo: “*Qué borrar ni qué pan caliente*”, y adelantándose tomó el pliego de sobre la mesa y lo volvió pedazos. ¡Qué pequeño accidente destruyó el gran proyecto! Una humorada mía en un rincón echó a tierra una milicia que se organizaba en cien pueblos.

Un lunes, antes de las seis de la mañana, golpearon en la ventana de mi alcoba, llamándome en nombre del alcalde para que me presentara pronto. Mi señora se asustó mucho, pero la calmé asegurándole que estaba persuadido de que me iba a reír otro tanto. Me vestí pronto y me fui al cabildo, donde el alcalde y oficial me esperaban. El primero había recibido un *rajatablas* del gobernador, porque habían pasado tres semanas y aún no había mandado las propuestas para nombramientos de oficiales, y que era tanto más extraño aquello cuanto que pasaba en un pueblo tan patriota y tan virtuoso. —“Me supongo que usted, señor alcalde, habrá informado al señor gobernador de lo que ha pasado aquí al tiempo de hacer el alistamiento. —¿Pero cómo habría de informarle, si usted, señor don Juan, fue el de la culpa de que no se hubieran alistado los vecinos? —Eso qué importaba; lo que se necesitaba era dar cuenta al señor gobernador de la causa porque no se había dado cumplimiento a su decreto. —¿Quieren ustedes, les dije, que les dicte yo la comunicación contestando al señor gobernador, e informándole de lo que ha pasado ayer? —Bueno, señor, me contestó el alcalde. —Escriba, pues, señor secretario”; y le dicté una comunicación contestando y relatando lo que había pasado. Leída ésta, el alcalde no se atrevió a firmarla por temor de que le resultara alguna responsabilidad. —“Si usted no se atreve a firmar, le dije, y a remitir este informe, hagamos otra cosa: nos vamos mañana muy temprano, el señor oficial y yo donde el señor gobernador y lo imponemos de todo, para que resuelva lo que le parezca”. Ambos, alcalde y oficial, aceptaron esta propuesta. —“¿Podremos irnos a las seis de la mañana, señor oficial? —Sí, señor, me replicó. —Pues bien, hasta mañana a las seis que nos pondremos en marcha”.

Salí del cabildo para casa, almorcé, reímos un poco con mi señora de los afanes en que había puesto a las autoridades. Convidé al joven Obeso a que me acompañara a Bogotá y salí para el campo a mis quehaceres.

Al volver a casa a comer me encontré con un vecino, que me dijo: —“Su compañero el oficial lo dejó solo: por consejo del señor cura se ha ido a cogerle ventaja donde el gobernador. —¡Pobre *majadero*! dije; mientras más madrugue, más lo confundo”.

Al día siguiente, a las once y media de la mañana, entrábamos el joven Obeso y yo a la gobernación. Desde el balcón vimos al oficial Acevedo, que se había quedado abajo en el patio esperando que le dieran audiencia. Desde arriba le dije: —“¡Ah señor oficial, nos dejó usted en tierra! muy bien; ya tendrá usted mucho adelantado: habrá informado al señor gobernador, y estaremos despachados, ¿no es así? —No, señor, todavía no he visto al señor gobernador; vine a las nueve y todavía no estaba aquí, y hace una hora que estoy esperándolo; pero dicen que no da oídos hasta las doce. —Bueno, pues, le repliqué; nosotros vamos a dar un paseo mientras usted tiene tiempo de hablar con el señor gobernador”; y nos salimos para la plaza.

A las doce y media volvimos a la gobernación y hallamos todavía en el mismo puesto al oficial Acevedo. —“Qué es, le dije, ¿no ha hablado usted con el gobernador? Son las doce y media; camine, subamos, no perdamos tiempo. Al entrar a las piezas del despacho salía el gobernador y nos saludamos; seguidamente le supliqué tuviera la bondad de atendernos, pues íbamos a informarlo de un asunto importante.

Es de advertir que mis relaciones con el joven Gutiérrez databan desde que era estudiante, bajo la férula de su maestro el señor Blas Brusual, íntimo amigo mío en política. Este joven fue con otros condiscípulos al cantón de Fusagasugá y a casa de mi cuñado Diego Gómez, a medir los resguardos de los indígenas de los pueblos de Tibacuy y de Pasca. Desde aquella ocasión nos conocimos, simpatizamos y siempre el joven Gutiérrez me manifestó deferencia, atendiendo con suma benevolencia todas mis insinuaciones; yo lo trataba con especial cariño y franqueza.

Entramos al despacho de la gobernación y Gutiérrez me dio asiento a su derecha; me seguían en lugar el joven Obeso y el

oficial. Inmediatamente me dirigí al gobernador en estos términos: —“Señor: el señor oficial que está presente, por sí y en nombre del alcalde de Subachoque, viene a informar a usted de la razón porque no se pudo anteayer domingo hacer el alistamiento de la milicia de policía; y como en este informe debo aparecer como principal causante, me presento aquí para dar mis razones. Espero que el señor oficial informe”. Este antioqueño (era de Antioquia) se encontraba aturdido y sin palabras, y me suplicó que informara yo; Gutiérrez, por su parte, con un gesto muy expresivo, me dijo: —“Le oiré a usted, señor Acevedo”. Dí pues mi informe desde la intimación del alcalde hasta la anticipada venida del oficial; no oculté nada; y en cuanto a mis críticas a la ordenanza y el decreto expedido en su ejecución, las aumenté haciéndole ver al gobernador que el plan revolucionario que preparaba aquella ordenanza estaba al alcance de todos.

Preciosa fue aquella audiencia, en la que casi yo solo tuve la palabra. Gutiérrez, sin atreverse a defender la ordenanza, su decreto y la conducta de sus agentes en Subachoque, se paró y fue a la mesa de uno de los empleados a decirle cómo debía poner un oficio al alcalde. Puesto éste, el empleado lo presentó al gobernador, quien lo hizo leer, y el cual se reducía a ordenar al alcalde que suspendiera el alistamiento y demás procedimientos que tuvieran relación con él, hasta nueva orden.

Después de esto me paré al frente del gobernador, puse la mano derecha sobre la mesa, con la energía que da el derecho cuando es amenazado por la sin razón, y dije: —“Señor gobernador: sabrá usted que las autoridades de hoy en Subachoque son puestas por el señor cura; se componen de individuos sin profesión, sin ocupación y sin casa donde vivir. Al tiempo de la revolución pasada se alistaron en la guerrilla que rindió las armas en Cogua. Sepa que hay más de sesenta padres de familia cuya principal ocupación es sacar miel de La Vega para llevarla a Zipaquirá; cada uno de ellos tiene de dos a diez mulas que le sirven para este tráfico, y que hacen dos viajes en cada mes; y este negocio toca precisamente en domingo. Se sabe por su mismo gobernador que las autoridades que he indicado se han ocupado seriamente en discutir cuánto debe exigirse por cada mula a quien solicite licencia para ir a sacar miel. Está, pues, al alcance de todos que esta milicia servirá también de socaliñas que den rentas para los vagos. Hay más, señor gobernador: el señor oficial, que estaba a mi espalda, dijo a media voz cuando nos

hallábamos en el cabildo, y como para que lo oyera yo, que el ejercicio se establecía para todos sin excepción, con el fin de *bajar ciertos copetes*. Señor gobernador, se me podría asesinar o ultrajar de una manera vil con la fuerza, pero no ha nacido el que pueda bajarme el copete, es decir, el orgullo que siento por la defensa de mis derechos y los de mis conciudadanos. Se concentran armas en el distrito, como lo demuestra el hecho de dar cinco tiros con bala, salidos el sábado por la tarde de la casa del cura. Por tanto, señor gobernador, pido se recoja el armamento del gobierno que se encuentre en el distrito y que se nos de alguna garantía a los vecinos liberales de Subachoque. No me quejo, señor, contra los vecinos que tienen ocupación y responsabilidad, sino contra los ociosos sin dignidad”.

A pocos días supe que la milicia de policía no existía en ningún pueblo de la provincia, lo que fue debido a las observaciones y resistencia de un solo individuo, probándose con esto lo injustificable de la creación de aquellas milicias.

Pasado algún tiempo nos decía el anciano y cándido cura que se había alegrado que no hubiera habido milicia, principalmente por la salida de su casa del oficial que debía disciplinarla; que era un miserable desagradecido, pues lo había recibido en su casa y tratándolo muy bien, y que después de todo se había ido una madrugada sin despedirse y robándole unos paquetes de cartuchos que había comprado con su dinero.

Caída esta original milicia, base de una revolución contra el gobierno, un horizonte más extenso, más seguro y menos costoso se abría a las esperanzas y deseos del partido conservador. Este horizonte se lo presentaba el partido liberal.

Las exageraciones de unos y las exigencias y pretensiones de otros, nacidas de las ambiciones, dividieron a los liberales, división que los conservadores atizaban sin descanso.

Apareció, como debía suceder, la revolución del general Melo. Era la obra de todos y el jefe de ella un instrumento ciego.

Al segundo día de aquel pronunciamiento no se sabía en los lugares distantes de la capital, qué querían decir los cañonazos a media noche, y aunque ellos anunciaban una revolución, se ignoraba quién la hacía y quién quedaba por debajo.

Al tercer día, muy temprano, llegó un señor con el pretexto de comprar trigo, quien traía una comunicación reservada, en la que el general Melo me llamaba con instancia y me ofrecía un destino importante. El portador me encontró en grandes afanes por un accidente que acababa de darle a mi señora. Contesté al general que tan luego como se repusiera mi señora atendería a su llamamiento. Bien pronto se restableció mi compañera, pues a las tres de la tarde ya estaba perfectamente buena.

Consulté al señor Sinforoso Calvo si le parecía que me presentara donde Melo, el que me dijo que, aunque no fuera más que por curiosidad, debía ir. Después de las cuatro de la tarde me puse en marcha para la capital y llegué al cuartel de San Francisco a las nueve de la noche, en donde fui recibido por el general Melo y sus cortesanos con las mayores demostraciones de atención. Todos se apresuraron a preguntarme por la salud de mi señora, y me felicitaron por el pronto restablecimiento que había tenido. El general me dio asiento a su lado, y antes de sentarme le dije: —“Señor general: si no admito el destino con que usted ha tenido la bondad de favorecerme, y si no acepto la revolución o cree que no debo apoyarla, ¿puedo volverme a mi casa? —¡Oh! Acevedo, me contestó, mi palabra de honor que no será usted molestado en nada”.

Tomé entonces asiento y dije que no tenía conocimiento ni de la causa de la revolución, ni del objeto que se proponían con ella.

En este momento fue llamado el general, quien encargó a todos los que estaban allí, especialmente al joven Posada, para que me impusiera de todo. Entramos en materia, y después de haberme informado y contestado mis preguntas y observaciones, entró el general y me invitó a que pasara con él a su cuarto. Allí nos sentamos alrededor de una mesa redonda, y me preguntó qué efecto había producido en los pueblos el preparativo de la revolución. Le contesté que en los primeros momentos en Funza y Subachoque, que eran las poblaciones de que podía informar, estaba algo animada, y que no se tenía conocimiento de lo que pasaba en la capital, es decir, de los partidos en que estaban divididos sus habitantes. —“Luego, le dije, que se supo la prisión del presidente, se reunieron los partidos con el ánimo de libertarlo; pero hoy, a mi venida, ya el miedo se había apoderado de los ánimos, y a mi paso por Funza no hallé un individuo que me diera alguna razón del estado de cosas”.

El joven Posada, que se había sentado también junto a la mesa, exclamó: —“¡Hemos triunfado! Bentham dice que hay dos modos de mover al hombre: la recompensa y el temor. La recompensa está en nuestras manos; el temor ya lo hemos difundido —adelante, pues. —Alto, señor Posada, le repliqué; la recompensa no está toda en manos de la revolución, y del estupor de los primeros momentos se pasa a una reacción”. El general interrumpió diciéndome: —“¿Qué ha resuelto usted? —Nada, señor; todavía estoy muy a oscuras, pues aunque de lo que se me ha informado deduzco las principales razones en que se apoya la revolución, y una de ellas es el sufragio popular, que da poder a la teocracia y al golgotismo, que convierte al gobierno en una nulidad; y aunque conozco que son de mucha importancia estos motivos, falta mucho qué saber para apoyar y justificar la revolución. Y en caso de un sometimiento de la mayor parte de la República, ¿se convocaría inmediatamente una Convención? —Eso se resolverá más tarde, Acevedo, me contestó. —Pero le aseguro, dije, que no vendrá a ese congreso uno solo que no sea de mi gusto. Qué tal (dije para mí); en el caso, señor general, de que las provincias no acepten la revolución, ¿las someterá usted con la fuerza? —Toda la costa está con nosotros, contestó; las demás provincias, si no les gusta el nuevo orden, harán sus pronunciamientos, y eso es lo que yo quiero. Con cuatrocientos hombres de caballería y otros tantos de infantería, *apachurro* todo pronunciamiento. —¿Y si ellos se unen, levantan un ejército y se vienen sobre la capital? —Así me las dieran todas: de aquí allá ya tengo al clero de mi parte. Hoy he dado un decreto mandando que en los cuerpos de guardia se le hagan honores a los sacerdotes, y es seguro que para entonces con las beatas no más los derrotaremos”. (¿Qué tal? me decía en mis adentros, se hace la revolución porque el voto popular le da el poder al clero, y sin embargo se le busca como auxiliar de ella; se hace porque las exageraciones le quitan su acción al gobierno, y sin embargo se aprisiona al gobernante que se quiere defender).

Pedí al general permiso para ver al presidente en su prisión y me contestó que con mucho gusto, pero que hasta el otro día, y me invitó a que fuera de allí con mis amigos para acabarme de informar del poder que tenía la revolución; que sus secretarios Obregón y Consuegra me acabarían de imponer de la opinión y de los recursos con que contaba la revolución.

Salí como a las doce del cuartel para mi posada.

Al día siguiente me avisté con los secretarios, y el primero de estos me acabó de desconcertar; otro me pintó las cosas más racionalmente, y se sentía alguna repugnancia respecto del giro que le daban a la política.

En seguida pedí por medio de mi concuñado lo que se me había ofrecido, de dejarme hablar con el presidente, y todo el día se me estuvo entreteniendo en balde. Al día siguiente volví a instar, pero mi concuñado me dijo: —“No se empeñe en eso, le hablo con franqueza; si entra donde el presidente, no lo dejan salir. —Pero bien, ¿mi pasaporte?”.

Pasó el día y pasó también el otro día embrollándome y echándome de Herodes a Pilatos, sin darme el pasaporte para volverme a mi casa. Al cuarto día dije a mi concuñado: —“Pedro, ¿es posible que valga tan poco la palabra de honor del general, empeñada delante de más de diez testigos? ¿es posible que sea tan débil la revolución que tema a un solo hombre?”. Con estas preguntas y otras observaciones se comprometió mi concuñado a sacarme el pasaporte.

Al otro día lo trajo, pero se estipulaba que no podía salir sino desarmado. —“Qué ridículo es esto, Arnedo; se me desarma sin estar en pelea, y se comete una ruindad conmigo quitándome mi espada, como si me fuera imposible armarme aunque fuera con una lanza”.

Regresé por fin a mi casa, resuelto a oponerme a una dictadura encabezada por un hombre sin talento, que estaba rodeado de otros hombres de su clase, de ruines y vulgares ambiciones y apoyado por artesanos engañados y ofendidos al mismo tiempo; por ser los mismos que los exaltaban haciéndoles creer que tenían derecho absoluto para ocupar los primeros puestos públicos; siendo los mismos que luego los trataban de *guaches* y *canallas*.

Subchoque vino a ser la vía de comunicación entre los republicanos que se armaban al Sur, al Occidente y al Norte de la República. El general Tomás Herrera, como designado, se había declarado en ejercicio del poder ejecutivo. Este general era amigo mío y había sido mi compañero en las bóvedas de Cartagena y de Puerto Cabello, y de barra de grillo en la fragata “Colombia”. Con este motivo nos tratábamos con confianza.

Cuando me avisó que se venía sobre Bogotá, para que le remitiera pronto comunicaciones, le puse un posta con una carta, en la que le decía que por ningún caso se fuera a estrellar en Zipaquirá ni en el “Común”; que de Cogua tomara por el páramo y se viniera por Subachoque, donde nos reuniríamos más de cien hombres y seguiríamos a Facatativá o Funza a reunirnos con las fuerzas que venían del Sur a órdenes del general López, y con las que el gobernador, doctor Pastor Ospina, había reunido al Occidente; y que entonces con un ejército que pasaría de ocho mil hombres, era seguro el triunfo sobre Melo.

El general Herrera venía ufano y entusiasmado con el lucido ejército que en tan corto tiempo había reunido; además lo acompañaba como general de las tropas el intrépido y fogoso general Franco, al que era imposible sujetar. Así fue que a mi larga carta demostrándole la seguridad del triunfo si se venía a la sabana, me contestó un papelito diciendo: —“Sigo sin rodeos a Bogotá, a donde te convido a que celebremos el triunfo de la libertad. El ejército que me acompaña se llevará por delante cuanto intente detenerlo. Tu sincero amigo, *Tomás*”. En el momento que recibí esta contestación, con el mismo posta, que era un herrero llamado Germán Rodríguez, le puse cuatro letras a Herrera, diciéndole que si resolvía tomar a Zipaquirá, me mandara por Cogua una compañía de infantería, para con ella y los subachokes de caballería que salíamos de aquí, apoyarlo por el alto del “Aguila”. Cuando mi posta llegó a Cogua, ya el general Herrera estaba en Zipaquirá, y cuando el posta lo alcanzó, ya salía Herrera casi derrotado. El herrero llegó con los derrotados, y me dijo que a la salida de Zipaquirá le había entregado mi carta al general y que sin acabarla de leer, la había vuelto pedazos y la había botado. Herrera no quiso pasar por Subachoque.

Con Eusebio Zafra, mi arrendatario, hombre vivo, valiente y entendido, mandé buscar a Herrera, llevándole un buen caballo. Zafra supo que el general se había vuelto hacia el Norte.

El temor de los derrotados había cundido en la población, en términos que ninguno quería servirme de posta para ir a encontrar al general López y entregarle una comunicación que le dirigía, participándole el desastre del ejército del Norte y haciéndole ver el peligro que corría si avanzaba a la sabana, y su-

plicándole retrocediera. En este afán me encontraba cuando llegó Zafra a darme cuenta de su comisión. Entonces le dije: —“En serio, ¿quiere usted hacerme el servicio de irse ahora mismo a encontrarse con el general López, que ya debe venir de La Mesa para acá, a entregarle este oficio y además informarlo de todo lo que usted mismo ha presenciado aquí? —No he de querer; pero permítame su merced voy a casa a ensillar un caballito que tengo en la ramada y que es superior para en caso como éste. —Bueno, pues, tome el pliego; de su casa no más váyase, no se detenga en ninguna parte ni deje caer en manos de nadie ese pliego”. Zafra volvió mucho antes de yo esperarlo; me dijo que había encontrado al general, no recuerdo si en Bojacá o Zipacón. Me traía cuatro letras del general, en que me daba las gracias y me decía que en el instante regresaba.

Al segundo día de la derrota en el boquerón de Tabio (no fue en “Tiquiza”, como se ha dicho), todavía pasaban derrotados y supe que muchos iban por el camino que pasa para la venta de Santa Bárbara; con este motivo me fui a autorizar al dueño de la venta para que diera un real a todo soldado que pasara, y que hiciera matar una res para que hicieran un caldo y lo dieran con un pedazo de carne a todos los derrotados. La res me la proporcionó don Vicente Forero, no recibíendome sino la mitad de su valor, pues él quiso ayudarme en eso.

Cuando llegué a la ramada de la venta salía ya mi amigo Tomás para seguir su derrota; iba cadavérico y profundamente afectado. Nos abrazamos desde a caballo y después de un silencio que ninguno interrumpimos, tomé aliento y le dirigí la palabra asegurándole un pronto triunfo. El me dijo que había aceptado mis indicaciones de seguir a la sabana, pero que el general Franco las había estimado como ridiculeces, diciendo que con un ejército como el que llevaban, había de sobra para someter a Melo, sin el auxilio del general López. También me dijo Herrera que estando ya en la plazuela de la capilla de Zipaquirá, le había manifestado a Franco que tal vez era mejor no hacer caso de aquella gente y seguir. Que Franco por toda contestación había dicho: *¡Adentro, muchachos! el que tenga miedo que se quede al rabo*; y que con esto se habían precipitado todos los que lo rodeaban, y en la calle y en la plaza habían quedado fusilados multitud de jóvenes cuyo recuerdo le despedazaba el corazón.

Salimos de la ramada en silencio y seguí acompañándolo y esperando le pasara la emoción, para que conviniéramos en algo. Me adelanté con el joven Herrera, que andando el tiempo había de ser asesinado por un defensor del gobierno legítimo. En la mitad de una quebrada que está más adelante de la venta y que se explaya mucho en el camino, estaba el célebre doctor Ricardo de la Parra, dejando beber el caballo de carga en que venía montado en una enjalma, sucio, y con pañuelo blanco en la cabeza; los calzones arremangados hasta la rodilla; tenía una pierna con vendaje sobre una herida que había recibido en la entrada a Zipaquirá.

Los que lean esta relación y que conocieron a este hombre tan digno de respeto por sus virtudes y aplicación al estudio de la verdad, no dejarán de recordarlo y de figurarse el aspecto de aquella traza.

Contento y jovial como de costumbre se volvió hacia mí y me dirigió la palabra dándome las gracias por mi comportamiento, y felicitándome por mi nunca desmentido republicanismo. Le contesté, como era natural, agradeciéndole muy de veras sus manifestaciones, y luego en tono jovial y de chanza, le dije que dónde había dejado el dedo meñique con que en la Cámara, al sancionarse la Constitución de mayo, había ofrecido debelar cualquiera revolución que se intentara contra el orden. Una risotada de él y de los demás presentes, por esta pregunta. En seguida me dijo: —“¿Con que usted estaba en la barra cuando yo dije esta sandez? ¡Cuándo me iba yo a figurar que allí estaba el que me la había de tomar en cuenta!”. Esta fue la contestación a mi pregunta.

El doctor Parra siguió con sus compañeros y yo me detuve a convenir en algo con mi amigo Tomás. Acordamos que él me esperaría en La Vega y que allí reuniría a todos los dispersos, y que con las noticias que le llevara, acordaríamos lo que debíamos hacer, si reunirnos con el general López o con el doctor Ospina. Cuando bajé a La Vega, ya Herrera había seguido para Villeta y los derrotados se habían dispersado completamente en distintas direcciones. Esperé allí un peón que debía mandarme mi esposa a traerme razón de si las tropas del general Melo ocupaban a Subachoque o si intentaban seguir para La Vega.

Al día siguiente de mi permanencia en aquel lugar recibí el peón, que fue Juan José Nova, otro arrendatario que me ha

sido siempre leal. Este me trajo la carta deseada, en la que me daba mi señora noticia de la llegada de fuerzas del enemigo, de las amenazas contra los derrotados y de la resolución de seguir para Facatativá, donde se decía serían recibidos con entusiasmo. Con estas noticias continué mi marcha a reunirme con Herrera, pero ya éste había seguido en mi busca o a encontrarse con el general Mosquera. El resto de los derrotados se habían acabado de dispersar; los muy pocos que encontré estaban desalentados, el coronel Arboleda no los admitió en su tropa con los grados que les había dado el presidente, en virtud de haber sido ellos los que habían levantado los cuerpos que formaron el ejército derrotado en Zipaquirá. El señor Arboleda no los recibía sino como últimos soldados, sujetos en un todo a una rigurosa disciplina; así fue que ninguno se enroló en esa fuerza.

El coronel Arboleda me recibió con atención, y en virtud de haber sido llamado en aquel instante, nos citamos para una conferencia que tendría lugar debajo del hermoso árbol que se encuentra en la mitad de la plaza de aquel lugar. Por mi parte, el objeto de aquella conferencia era el de buscar los medios de terminar aquella revolución por medio de una capitulación en que rindieran armas los levantados, garantizándoles sus grados militares y sus personas. Nada de esto admitía el señor Arboleda. El solo quería el sometimiento por la fuerza y el severo castigo. Después de más de una hora de conferencia, nos separamos en entero desacuerdo. Aquella misma tarde regresé para Sasaima, donde esperé algunos días, a recibir noticias de mi casa. De acuerdo con el doctor Francisco Vargas, que se hallaba en aquel lugar, dirigí una larga carta a mi concuñado, exagerándole todavía el desastre que había sufrido el ejército del Norte, y relatándole mi conferencia con el señor Arboleda, en la que se descubría patentemente el designo de anonadar del todo al partido liberal; y fundándome en el mismo desastre y en los designios del partido conservador, le demostraba la importancia de un arreglo, antes de que se hiciera imposible este arreglo que debía salvar la causa liberal.

A pocos días recibí contestación de mi concuñado diciéndome que me presentara en el cuartel general, pero sin darme ninguna garantía. Si antes de ningún compromiso por mi parte iba saliendo mal la palabra de honor del general Melo, ¿qué podía yo esperar después de tantos compromisos, y sin que cons-

tara siquiera la palabra escrita del que me llamaba? En consecuencia, no acepté el llamamiento, y las cosas siguieron su camino natural. Subachoque sufrió dieciocho partidas melistas que fueron a recoger caballos, ganados y hombres. Los que venían a estas comisiones traían rejos de enlazar, lazos para amarrar reclutas, tijeras para cortarles el pelo a raíz, dejándoles una especie de fleco, y kepis para ponerles sobre la cabeza pelada. En casi todas las llegadas de las partidas se registraban las casas, y en muchas de ellas solo con el designio de cogerme. Un día que tenía recelo de que llegara alguna partida, monté desde temprano en mi famoso caballo llamado el *Olivo*, y estando hacia la mitad de una cuadra persuadiendo al señor Fructuoso Latorre del peligro que se corría aquel día, se presentó una mujer por la esquina de arriba, gritando *¡ahí están ya los melos!* Inmediatamente seguí a galope para la plaza; pero al asomar a ésta, vi que entraba una partida armada de lanzas, por lo cual me volví para arriba, y al llegar a la boca-calle estaban ya a la mitad de la cuadra Gacharná con otros tres o cuatro hombres. *¡Alto!* me gritaron, echándome un vizcaíno. *¡Para ellos!* les contesté, y puse mi caballo a escape, tomando el camino que conduce a La Vega, y que es desde la salida del pueblo, de cuesta-arriba. Cuando los que se pusieron en mi persecución llegaron a la boca-calle donde me vieron, ya les había tomado una cuadra de ventaja; apuraron más, pero mi caballo estaba descansado y además yo pesaba menos que ellos. Viendo que no me alcanzaban, me hicieron tres tiros, que oí, pero no sentí el zumbido de las balas. Una vez que estuve en el camino donde ya hay monte, doblé sobre la izquierda y saltando una zanja de fangal me escondí tras una mata espesa; mi caballo respira tan recio que temía que me descubrieran por esto. Mis perseguidores se encontraron entre barzales y oí que uno gritaba: “Volvámonos; ya no nos ponemos en ese gólgota condenado; está bien montado”.

Esperé que mi caballo se calmara un poco y luego continué mi marcha a volver por Santa Bárbara a mi campo, donde escondí mi caballo y mi montura, y me fui a pie a un alto donde me puse a observar los movimientos de la partida, la que se quedó esa noche en el lugar, lo cual me obligó a pasar la noche en el rancho del arrendatario más pobre y más abandonado que tenía en mi campo.

En este rancho solo había tres muchachitos menores de diez años. Yo, destilando los pies y con hambre, pasé la noche cerca

del fogón. A los muchachitos los encargué de que me secaran mis botas en el rescoldo, pero al descuido me las asaron, de suerte que al otro día ya me fue imposible ponérmelas, y hube de esperar a que se retirara la partida para mandar a casa por calzado.

Cuando se presentaron las tropas que venían del Sur, comandadas por los generales Herrán y López, marché a verme con ellos. En Tres Esquinas de Funza hallé al coronel Ardila, quien me dio un soldado muy valiente y baqueano para llevarme por entre potreros a donde estaban los generales. Permanecí con ellos hasta el 4 de diciembre que se tomó la capital.

En seguida volví a mi casa a ocuparme de mis tareas agrícolas, y después de algunos días regresé a Bogotá con una representación de los vecinos de Subachoque, pidiendo indulgencia a favor de mi concuñado, pues era cierto que él había favorecido mucho a sus habitantes; a esta representación agregué dos más que hice, la una a nombre de mi suegro y la otra con el de mis hermanos políticos. Poco atendidas fueron estas solicitudes.

Más tarde fue presentado un proyecto ante el congreso, que ordenaba un indulto general a los revolucionarios, el que fue acogido favorablemente; pero habiendo sabido esto el señor Arboleda, a pesar de estar gravemente enfermo el día que se iba a resolver esta cuestión, se hizo llevar en silla de manos al salón de la cámara y tomó allí su asiento. Yo me hallaba presente, y oí con profundo dolor el discurso que pronunció este señor. No habían pasado aún tres años desde que este coronel se había rebelado contra el gobierno legítimo, rebelión en que el gobierno había indultado a todos los vencidos, y el señor Arboleda, con más odio que patriotismo, apuró toda su elocuencia en contra del proyecto de indulto, y de ella bajó hasta el extremo de imitar en su declamación al bajo pueblo que, cuando se le sorprende en una ratería, la niega haciendo juramento y echándose maldiciones como para aparentar inocencia. Así, el ilustrado señor Arboleda, el sublime poeta, apostrofaba con los brazos levantados y la vista hacia el cielo, y ponía al Ser Supremo por testigo de que no abrigaba su corazón ningún resentimiento ni le movía ninguna ambición; que solo pedía justicia, y que si ésta no era la que lo había sacado del lecho del sufrimiento, pedía a Dios lo confundiera en los eternos abismos.

Este discurso me contristó sobremanera, mucho más cuando vi que arrastró a tanto hombre inteligente y que ya se habían manifestado favorables a la idea liberal. Tal discurso, más que ninguna otra cosa, fue el que llevó a muchos artesanos a perecer en la Costa de enfermedades y miseria.

Como diputado a la cámara de provincia, tuve que volver a la capital. En esta corporación se debía hacer el escrutinio de la elección para presidente de la República, por parte de la provincia de Bogotá.

La República en aquella época estaba también dividida en tres bandos. El uno lo componían los antiguos bolivianos y los liberales que en la revolución del año de cuarenta se incorporaron a aquellos en sostenimiento del gobierno, legítimo, y tenían por candidato al representante de este bando, que era el general Mosquera. El otro bando se componía de los liberales netos y de los más exaltados utopistas y gólgotas; su candidato era el talentoso e ilustrado doctor Manuel Murillo. El tercero se componía de los propiamente *godos*, que no aceptan la república, y que solo optan por la teocracia; su candidato era el señor Mariano Ospina.

Fuimos nombrados escrutadores el entonces comandante Sandoval y yo. En tan buena armonía emprendimos nuestra tarea, que cuando abríamos un pliego, según del pueblo que fuera, si era del partido liberal, me decía: —“Estos son todos para su santo; son todos rojos impíos”. Si era lo contrario, decía: —“Apunte, comandante, todos son suyos, es decir, del rebaño de la *Santa Inquisición*”. Los pocos votos que aparecían a favor del general Mosquera, los denominábamos *murciélagos*.

No había duda de que el triunfo lo obtendría el que era sostenido por los rebaños que apacentaba la teocracia. El doctor Ospina tenía que ser el presidente. Contaba con exuberantes votos en Antioquia, Boyacá y Cundinamarca; las demás provincias, aun suponiendo que fuera repartida la elección, no podían contrarrestar la indiada y los miles de infelices ignorantes que creen que del amo cura a Dios hay muy poca distancia.

Al doctor M. Ospina, como representante de la teocracia, hay que hacerle la justicia de que nunca fue ingrato con el partido que lo elevó. Bajo este manto amparó y protegió los intereses, no solo del clero de su patria, sino también los de Roma y los de los jesuitas.

El doctor Ospina, consecuente con los que le dieron la presidencia, tomó con decisión las ideas de éstos y marchó con ellas atacando las libertades públicas. Como prueba de esta verdad, basta citar las leyes de elecciones y de orden público y las revoluciones del Cauca y Santander, auxiliadas y promovidas por su gobierno, esto es si no fue el mismo gobierno el especial autor de ellas.

La teocracia y los propiamente *godos* hicieron causa común con los republicanos conservadores y se decidieron a atacar y destruir al partido liberal. Cuando ya se avanzaba en esta determinación, y cuando ya se palpaba el propósito que se traía en ella, fue cuando le dirigí por la prensa una carta al doctor Ospina, en la que le recordaba sus hechos en política, sus vergonzosas derrotas en sus campañas contra la democracia; le delineé la conducta que parecía iba a seguir y le anunciaba que si era vencido en su ataque al Estado de Santander, en aquella derrota terminaría su poder; pero que si triunfaba, entonces la guerra se generalizaría en toda la República, y que sería infaliblemente vencido por la democracia.

Todo esto se cumplió a la letra, y el doctor Ospina, derrotado en todas partes después de su triunfo en Santander, prófugo y fugitivo, cayó prisionero en La Mesa, en manos de mujeres y muchachos democráticos.

Subachoque vino por tercera vez a figurar en el teatro de las continuas revoluciones de nuestra pobre patria, pero ya tenía mayoría liberal.

Después de mi carta al presidente Ospina, me puse en comunicación con el general López y con el doctor Cuéllar, que venían en el ejército que mandaba el general Mosquera. Con uno de los postas últimos que recibí me avisaba el general López que marchaba a ocupar a Villeta, y que le diera una relación lo más exacta que me fuera posible, de las fuerzas del gobierno, es decir, de las posiciones que ocupaban, y en consecuencia, qué movimiento debían ellos hacer para salir a la sabana. Por fortuna aquel día habíamos espiado completamente las operaciones del ejército del doctor Ospina. El coronel Pedro Gutiérrez, con gran parte de lo más selecto del ejército, llevando tres o cuatro piezas de artillería, había pasado por la mañana en dirección a Tenjo, para seguir al Norte a detener al general

Santos Gutiérrez. El resto del ejército se había venido al centro de la sabana, dejando unos doscientos hombres atrincherados y con dos piezas de artillería en la salida por el "Aserradero". Para dar las noticias solicitadas, tuve que salir de mi casa tarde de la noche y por una puerta lateral, porque viviendo en la misma plaza, el sujeto que vigilaba mi seguridad no debía exponer el éxito de estas noticias. Salí por un potrero y pasé a la casa del doctor Sinforoso Calvo, con el que estaba de acuerdo y quien escribió mi contestación al general López, dándole los detalles sobre la situación del ejército y algunas otras noticias y observaciones del caso, detalles que terminé dándole el parecer que me pedía el general sobre el modo de salir a la sabana. Dije que las operaciones estaban indicadas y que debía mandarse una pequeña fuerza por el "Aserradero" a aparentar que por allí iba a salir a la sabana, y que todo el ejército, con un movimiento lo más rápido que fuera posible, se moviera por "Barroblanco" a tomar a Facatativá y coger por la espalda la guarnición que estaba en el "Aserradero"; que en Facatativá, según se presentaran los acontecimientos, se resolvería si se marchaba sobre las fuerzas que se encontraban en el centro de la sabana, o se seguía por una de las tantas vías a alcanzar a Pedro Gutiérrez, o rectamente por el páramo de "La Pradera" a salir a Ubaté a reunirse con el ejército del Norte, agregando a esto algunas razones en favor de mi parecer.

Al segundo día no más recibí un posta diciéndome el general López que estaban en "Chinga" al pie del "Taque"; que le dijera inmediatamente si había alguna fuerza que pudiera impedirles la salida a Subachoque. Con el mismo muchacho contesté al general lo siguiente: —"No hay ninguna fuerza, pues bastan treinta hombres en el "Taque", para devolver el ejército; aceleren pues el movimiento". Ocultaba yo con el mayor cuidado esta noticia, cuando bajó el cura a caballo y, lleno de susto, me dijo: —"¡Señor don Juan. —¡El general Mosquera sale ya por el "Taque". —Eso no puede ser, le contesté con mucha calma. —Cómo no puede ser, si todos los maleteros se han devuelto porque el ejército llenó el camino y no los ha dejado pasar! —¿De veras será eso?". Me convenía entretener al cura, para que el posta avanzara. En seguida se presentó a corta distancia el señor Calvo, bien montado, y yo me separé del cura y me fui a encontrarme con el señor Calvo, a quien comuniqué lo que decía el general, y convenimos en que era urgente apurar la salida del ejército. Yo, estaba a pie y tenía que tomar algunas providen-

cias precisas; pero el señor Calvo me adivinó mi deseo, y antes que se lo manifestara, me dijo: —“¿Le parece a usted bueno que me vaya? —Magnífico, le dije; luego que me traigan mi caballo lo seguiré”. Este señor, con la energía y prontitud que lo distinguía en los casos precisos, partió de allí sin más providencias. Por la tarde cuando bajaba el alto del “Taque”, ya el entonces coronel Santacoloma estaba con la vanguardia casi sobre el alto. El señor Calvo ya había hecho nombrar alcalde en Subachoque y se habían tomado algunas otras providencias.

Seguí para el cuartel general, que estaba en la casa de la hacienda de “Chinga”. Allí encontré a los generales López y Mendoza y a otros amigos, los que me recibieron con demostraciones de júbilo y de contento; el mismo general Mosquera me abrazó y manifestó mucho gusto con mi llegada. Como era natural, oculté mi sorpresa por aquel movimiento por Subachoque, pues me parecía un enorme disparate en comparación del que yo le había propuesto al general López; y, lo que son las cosas, en Subachoque, en Bogotá y aun en el ejército mismo, se creyó que aquella salida por allí se había hecho por indicaciones mías.

Después de la batalla, se quejaba el general López de la falta que les había hecho la caballería. —“Este maldito “Taque” y el “Chusque”, decía, nos han dejado a pie. —General, le dije, parece que en mis indicaciones sobre la salida del ejército, una de ellas fue la ventaja de lo poco pendientes de los repechos y lo bueno del piso para las caballerías, saliendo por “Barroblanco”. —Sí, Acevedo, muchos jefes y yo aceptamos las indicaciones de usted; pero Mosquera dijo que desde el año de 54 había querido salir por Subachoque y que ahora iba a cumplir aquel deseo; y por otra parte, Mosquera no da la iniciativa a nadie, y él quiere que todo aparezca como obra de su genio”.

La antevíspera de la batalla recibí noticia de la muerte de una hija mía, de siete años, a quien quería en extremo; luego vino el lamentable acontecimiento de la muerte del desventurado general Obando y la del noble republicano doctor Cuéllar. Estos sucesos me afectaron en extremo y mi ánimo decayó notablemente. El señor Agustín Calvo vino a llamarme de orden del general López, para que indicara por dónde sería más oportuno marchar a reunirse con el general Gutiérrez. Dije al general que la vía que se tomara dependía de la situación en que se encontrara la tropa. Le indiqué someramente los cuatro caminos

que conocía, dos para salir a Zipaquirá, uno a Cogua y otro a Ubaté; pero que, puesto que el posta que les había proporcionado ya lo habían mandado donde Gutiérrez, esperáramos, pues era casi seguro que nos traería noticias positivas, porque era un hombre muy vivo. Por la tarde llegó el posta deseado, que se llamaba Gregorio Bonilla, y era arrendatario del doctor Manrique; tenía una pierna más larga que la otra y era sumamente crespo, ojos pequeños, redondos, vivos y centelleantes, cara muy risueña. Consigno aquí su nombre y sus señales como un recuerdo de gratitud hacia un infeliz que nos sirvió con mucha eficacia, voluntad e inteligencia. Fue hecho prisionero en el páramo por una partida que se encontraba allí, y que le quitó los pliegos que llevaba para el general Gutiérrez. Después pudo escapárseles y dio cuenta de todo a Gutiérrez, con tanta claridad, que este no vaciló en poner en manos de aquel posta una comunicación al general Mosquera, como si hubiera recibido los pliegos que este le había remitido, participándole que en aquel momento se ponía en marcha para Tabio.

Los postas exponían a mil peligros la vida, y en ocasiones hacían servicios importantísimos, sin que nadie los nombraran ni se acordaran de ellos para nada.

Con noticia cierta que nos había traído Bonilla, dije al general López: —“Del lado allá del cerro que tenemos al frente y al propio pie de él, está Tabio; en tres horas podemos estar allá, tomando la recta por aquella casa de teja que estoy haciendo, a dar a aquella quebrada que en línea recta va a desembocar en el río; pasando éste se sigue un vallado con arbustos, que, como usted ve, va también recto al pie del cerro. Todo eso es llano limpio y favorable para un caso de ataque de caballería. Por si el río lleva mucha agua que impida el paso a la tropa, ahora mismo mando dos arrendatarios a que cojan dos yuntas de bueyes y lleven cuatro vigas de las más largas que tengo en la obra, y las pongan en la orilla del río, por si fueren necesarias. —Muy bien, me dijo el general López; vamos a ver a Mosquera a ver qué le parece. —No, señor, estoy muy de mal humor: esta mañana cuando pasé por cerca de la tolda del Supremo, lo oí echándole *vizcaínos* y ofreciéndole balazos al respetable general Martínez; y si conmigo sucede eso, me le boto encima o me muero encalambrado de cólera. —Martínez es valiente y se ha sacrificado por la patria. ¿Sería usted menos patriota? —Tal vez sí, porque no me siento dispuesto a engordar tiranos”.

Acabando de decir estas palabras vimos al general Mosquera que venía hacia nosotros. El general López al momento le dijo: —“Tomás, ven a ver qué te parecen las indicaciones que hace Acevedo para que nos pongamos en marcha mañana muy temprano”. El general Mosquera apuró el paso y llegó a mí, y poniéndome las manos sobre los hombros, me dijo: —“¿A ver qué dice usted, Acevedo?”. Le hice la misma explicación que ya había hecho a López, y entonces, llevándose el índice a la frente, me dijo: —“Esa es mi idea; procure usted salirse del campamento, porque no conviene se trasluzca el movimiento que vamos a hacer. Nos moveremos a las seis de la mañana y a esa hora lo espero. —Sí, señor”, y me despedí.

Después tomé mi caballo y bajé donde mis arrendatarios a mandar poner las vigas a la orilla del río.

Al otro día, poco antes de las seis, estuve en el campamento; estaban dando el primer toque de marcha cuando me presenté al general, quien me dijo: —“Acevedo, he dispuesto otra cosa: el coronel Durán, con la 3ª división, y el coronel Arciniegas con la caballería, seguirán con usted por donde conviniémos ayer. Yo, con la 1ª y 2ª división, sigo por el pueblo. —Pero señor general... —No hay pero; ya está ordenado así. ¡Coronel Durán! alístese pronto y siga a Acevedo, a quien seguirá Arciniegas”.

En seguida me fui donde el general López y le dije: —“¿Qué es este cambio tan sin fundamento? —Usted no conoce a Mosquera, me contestó estas extravagancias las tiene todos los días. Qué caprichosa es la fortuna cuando protege y da el triunfo a un general que hace las cosas al revés de lo que deben ser.

A los tres cuartos para las siete marchamos con la 3ª división, y como a una cuadra abajo de la casa que estaba haciendo en el potrero, mandó el coronel hacer alto y frente, descansar y formar pabellones. —“¿No seguimos? le dije. —No, señor, el general me dijo que esperara aquí hasta nueva orden”. Después de algo más de dos horas de esperar, vi que venían unos señores por la mitad del potrero, y me fui hacia ellos a preguntarles si ya había bajado al pueblo el general Mosquera con su gente, y me contestaron que no. —“¿Todavía está el general París en el lugar? les dije. —No, señor; solo llegan heridos de ambos ejércitos, y lo que nosotros estamos haciendo es recogiénolos”.

Volví riendas y atravesé por los potreros de "Pasoseco", para salir al camino que va para La Vega, y tomé para Santa Bárbara. En el tránsito estaba, en una pequeña explanada que se llama "La Laguna", el general Mosquera con sus divisiones, en ademán de esperar algo serio.

Alcancé a ver en el alto de Santa Bárbara al general con algunos oficiales que observaban con anteojo. Apuré el paso, y luego que llegué donde estaban, dije al general: "¿Qué sucede? ¿qué es esta mortal detención? —Oiga, Acevedo, lo que dice este posta". Yo conocía mucho al posta, y me volví a éste y le dije: —"¿Qué dice, fulano? —Señor don Juanito, usted sabe que mi mamita tiene su tiendecita, y yo, desde que me cogieron la segunda vez con los pliegos del señor Mosquera, y que si más me matan, me asusté tanto que todos estos días los he pasado escondido en el zarzo de la tienda, y ayer oí decir a los oficiales del señor presidente que se iban a emboscar para cuando bajara el señor Mosquera rodearlo y destruirlo, y que habían aumentado y reforzado la caballería para que no escapara ninguno". Luego que oí este relato, recordé lo que había sido siempre este posta, y en virtud de lo que le acaba de pasar al general Obando, dije al general López: —"Este es un pícaro; hágalo prender". El alcalde estaba allí presente, y le dijo el general que lo prendiera. Luego dije: —"General, no hay duda de que pretenden hacer con Gutiérrez lo que hicieron con Obando. —Acevedo, no sea usted temerario y ligero". A ese tiempo se presentó el coronel con la caballería que se había perdido, sin saber por donde había seguido el coronel Durán.

El general López, con su habla destemplada y desapacible que tenía cuando la esforzaba para manifestar un violento estado de su ánimo, me dijo: —"Acevedo, mire a Arciniegas perdido; vaya reúnalos con Durán antes que lo vea Mosquera y se ponga furioso. Tenga paciencia, Acevedo, hágalo por la patria. Sí tendré paciencia, general, pero no se deje engañar por un bribón; debemos movernos sin pérdida de tiempo", y diciendo esto, me fui a llevar a Arciniegas donde estaba Durán.

Al llegar nosotros a reunirnos con la infantería, llegó también el general Mosquera, y nos dijo que había dispuesto que todo el ejército se reuniera allí, para continuar la marcha sin pasar por la población, y que ya marchaban las divisiones atravesando los potreros por donde él se había venido. Entonces convidé al señor Juan de Jesús Quijano y a unos soldados para

que fuéramos a poner las vigas en el río para que pasara la infantería. Recuerdo que me hizo burla el señor Quijano, porque llamaba río lo que en su país apenas se llamaba caño. Llegamos y vimos que no había necesidad de puente, pues encontramos un paso exployado donde solo llegaría el agua a una cuarta sobre el tobillo. Nos volvimos a avisar que estaba listo el paso y se puso en marcha el ejército. En seguida me acerqué al joven Restrepo y lo invité a que nos adelantásemos a darle un abrazo al general Gutiérrez. Restrepo aceptó mi convite y partimos a galope; llegamos a la venta de la señora Camila Luque, viuda de un señor José Matiz, hombre apreciable y muy liberal, la que nos dijo que no continuáramos nuestro camino, porque sobre el alto había estado una partida de guardas de Zipaquirá; y viéndonos solos nos podían hacer prisioneros. Estaba allí una tal loca Eugenia, que tenía un cariño grande por mi familia, y al momento se me ofreció para ir a ver si había gente en el alto. Acepté el ofrecimiento de la loca y mandé dos muchachos con el mismo objeto; después dije a la señora de la casa (Camila) que si nos hacía el favor de hacernos un ligero almuerzo; que yo llevaba una gallina y pan para una sopa. La señora me dijo: —“Guarde, señor don Juanito, su fiambre, que en este momento estará la sopa”.

Cuando salimos a montar ya estaban los enviados de vuelta, con la razón de que no había nadie por allí, y que habían sabido que los guardas se habían ido el día anterior para Zipaquirá.

Ya nada nos detenía y seguimos nuestra marcha; a nuestra salida empezaba a llegar el ejército a la casa. Llevábamos andada como la tercera parte de la bajada para Tabio, cuando oí que me llamaban a gritos; volví hacia donde se oían los gritos y conocí que era Dimas Rodríguez, que había sido mi sirviente; éste bajaba corriendo y me gritaba: —“¡No siga, señor don Juanito! ¡vuélvase, que la tropa que está entrando a Tabio es la del gobierno, y la del general Gutiérrez va por estos desfileros para “Paramillo” a salir por allí a reunirse con el señor Mosquera!”. Dimas se nos reunió y nos hizo mirar para el altico de Santa Bárbara de Tabio, y vimos que lo empezaba a ocupar un escuadrón como de campesinos funzanos. Un maletero que se presentó a ese tiempo nos confirmó las noticias de Dimas. Entonces dije a mi compañero: —“¡Los instantes son preciosos! ¡En este momento mandan una descubierta sobre este cerro y nos amarran ¡andemos!”.

El señor Emiro Kastos venía detrás de mí, y a poco rato me decía: —“¿Señor Acevedo, me deja? mire cómo vengo”. Volví a mirar y vi que si no estaba ya sobre la cola de su caballo le faltaba muy poco. —“Yo no dejo a nadie, le contesté, desmóntese como pueda y componga ligero”. Seguimos, y al salir a la cima del cerro, encontramos la vanguardia del ejército. Al momento pregunté: —“¿Quién es el jefe de vanguardia? —Servidor de usted, señor Acevedo, me dijo alguien. —Devuélvase usted, no se puede continuar la marcha”. Entonces el joven Restrepo me dijo: —“Yo medio había sabido que usted tenía sus visos de loco; ahora veo algo más que visos. ¿Cómo le devuelve usted la vanguardia al general Mosquera, ¿no ve que lo fusila o lo pone de soldado? —Ciertamente, señor Restrepo. Señor comandante, deténgase usted aquí, pronto recibirá la orden de contra-marcha, pero esté usted vigilante, avance un poco hasta que vean la subida, para evitar una sorpresa.

El jefe me dio las gracias y me dijo que atendería mis indicaciones, y yo le pedí perdón porque me había atrevido a hacérselas.

El general Mosquera estaba todavía muy abajo; no había llegado donde propiamente se empezaba a subir el cerro. Dimas, a quien había mandado adelante para que le dijera al general lo que pasaba, iba a decirle esto, cuando llegué y le dije: —“Señor general, no puede continuarse la marcha. —¿Qué quiere usted que hagamos? —Volvemos hacia La Pradera. —¿Por dónde? —Conozco todo esto y nos sobran caminos buenos y cortos. —Pero seguramente no se puede ejecutar el movimiento en el mismo orden que traía, me replicó. Ya entiendo; corneta; toque *¡atención! ¡retaguardia a vanguardia! ¡vanguardia a retaguardia!* Acevedo, me dijo, guíenos usted. —Señor general, un edecán que me autorice para que los cuerpos sigan por donde les indique”. No fue necesario esto, y solo el batallón *Amalia* resistió a mis indicaciones, pero a ese tiempo llegó el general López y le dijo al jefe que me atendiera, que estaba autorizado para dirigir aquel movimiento.

Cuando ya todo el ejército estaba en vía para “La Pradera”, llegó Miguel Pulido, ayudante del Supremo, a llamarme de orden del general, que ya había llegado a “La Pradera”, donde tocaban diana sobre los cerros, para que fuera inmediatamente

a ver por dónde seguían para “Paramillo”. En el momento llegué donde el general que estaba poniéndose en guardia en la casa de la hacienda. —“Acevedo, me dijo, aquí encima de los cerros hay tropa, y han tocado diana. —General, le contesté, es la tropa del general Gutiérrez, no puede ser otra, se lo aseguro; ya no tenemos que movernos a “Paramillo”. —Voy, señor, a encontrarlos”, y me puse en marcha. Apenas había andado una media cuadra cuando vi bajar por una rastra a un oficial en un hermoso caballo, a quien le grité: —“¡General Gutiérrez! —No soy sino un edecán, me contestó, que vengo a poner a órdenes del Supremo Director de la Guerra el Ejército del Norte”. Grité entonces con todo mi aliento: “¡Viva el Ejército del Norte! ¡Viva el general Gutiérrez! ¡Viva el Ejército del Sur!”. Estos gritos produjeron un gran entusiasmo.

Nos saludamos con el oficial, quien siguió para la casa y yo tomé la vía por donde él había bajado, y a poco trecho me encontré con un grupo en que venía el general Santos Acosta, amigo mío, y que bien podía llamarse mi discípulo en liberalismo. Nos abrazamos llenos de contento y entusiasmo, y seguí a encontrar a Gutiérrez.

Bien pronto di con otro grupo y les dije: —“¿Viene aquí el general Gutiérrez?” y él mismo me contestó: —“Aquí estoy; ¿no me conoce, señor Acevedo? ¿No recuerda que comí en su casa cuando nos derrotaron en Tiquiza?”. Una vez abrazados le contesté: —“Hubo ese día tantos derrotados en casa y eran tan distintas las caras de ellos a las de ustedes, que no es raro que ahora no lo conozca”.

En seguida montamos, pues en este saludo nos habíamos apeado de a caballo, y seguimos. Grande fue el contento de aquella tarde; mas yo tenía en el cuerpo el desagrado o el dolor de que se hubiera perdido la ocasión de haber derrotado aquel día las tropas del general París, pues esto habría sido seguro e infalible, si la marcha se efectúa como se dispuso la víspera, y fue por aquella tardanza que se prolongó por más de dos meses la guerra, y quién sabe si de ella dependió la larga duración de esta lucha desastrosa para la patria.

Por la noche dije a Santos Acosta (coronel entonces): —“Salgamos a dormir afuera del campamento; allí arriba, cer-

ca, está la casita de un arrendatario, que es un buen hombre, y ahí la pasaremos bien". Acosta convino en lo propuesto, y el dueño de la casa nos dio su barbacoa, donde nos acostamos juntos y conversamos largo y ambos abundamos en desconfianza sobre el liberalismo del general Mosquera.

Al amanecer montamos y bajamos al campamento. Así que me vio el general Mosquera me dijo: —"Acevedo, volvamos a Subachoque; usted nos guiará, ¿no es así? —Con mucho gusto, señor general". Entonces mandó al jefe de vanguardia que me siguiera. Temprano llegamos a la población, y allí permaneció el ejército algunos días reorganizándose y recibiendo vestuario. Luego dio orden el Supremo Director para marchar a Facatativá. Cuando salía la tropa me asomé al balcón de la casa donde me encontraba alojado, y desde allí vi que el ejército tomaba la vía para Bogotá, en vez de tomar la que va para Facatativá, y bajé corriendo a gritar al general, que salía de mi casa de ver a un hijo natural que tenía allí herido. El general me oyó y detuvo su caballo; yo llegué, y poniendo mi mano sobre el pescuezo del caballo en que iba, le dije: —"Señor, si el ejército sigue por donde ha tomado, puede ser completamente destrozado en menos de una hora". A esto me replicó: —"¿Por qué no me había dicho usted eso antes? —Señor, porque ahora que lo veo es que se el camino que ha tomado. —¿No sigue usted con nosotros? —No, señor, tengo necesidad de quedarme, porque aquí puedo servir de algo a los heridos. —Voy pronto a que se vuelva la tropa a tomar por donde usted me indica"; y picó su caballo.

La prontitud con que partió el general a dar otra dirección al ejército, es una prueba de que comprendió, palpó y vio el peligro que lo amenazaba si la marcha se hacía por la falda de la pequeña cordillera que separa el vallecito donde están los distritos de Tenjo y de Tabio, del de donde se encuentra Subachoque; advirtió las ventajas de tomar las faldas de los montes que sirven de límites en las tierras templadas. A pesar de este cambio, desde una estancia por donde iba a pasar el ejército hicieron unos tiros que lo obligaron a ponerse en guardia; al día siguiente llegó al cerro de "Córdova", donde fijó su campamento.

Pasado un mes recibí una comunicación del señor general Trujillo (actual presidente de la Unión), y que en términos un tanto duros me reprendía porque habían llegado al cuartel ge-

neral quejas de lo mal que se estaba tratando a los heridos, y se me prevenía que no diera lugar a que se repitieran estas quejas.

Grande fue la sorpresa que me causó esta injusta reprensión, y fue mayor el desagrado que esta comunicación produjo en los médicos y en los heridos que estaban en mi casa, especialmente el doctor Córdova.

Nada había en mi casa que no hubiera puesto al servicio de los heridos, y diariamente los visitaba a mañana y tarde, proporcionándoles todos los alivios que me era posible.

Diariamente hacía una visita a alguno de los otros hospitales, llevando algún consuelo a los infelices soldados.

Contesté esta comunicación con mucho disgusto mío y de los que se habían desagrado por tan inmerecida reprensión.

El hecho fue que a pocos días recibí otra comunicación del mismo señor Trujillo, nombrándome director o contralor (no recuerdo el nombre del empleo), en que se me autorizaba para echar contribuciones para atender a los gastos de hospitales, y se me facultaba para nombrar y remover empleados del servicio de los heridos. No admití este destino, fundando mi excusa en que no gozaba de buena salud y en que desconfiaba de mis aptitudes para desempeñarlo debidamente, sin que por esto se entendiera que retiraba mi interés y buena voluntad en favor de los heridos.

Después de cerca de dos meses de muy poca actividad en los ejércitos beligerantes (pues parecía que ambos esperaban la victoria en la lentitud de las maniobras, o que deseaban se prolongase la guerra), se movió el ejército liberal para el puente del "Común", adelantándose hasta Usaquén. Allí hubo dos combates; el primero fue adverso a las tropas liberales y el segundo a las conservadoras, las que emprendieron retirada a la capital, donde a pocos días fueron derrotadas. No se les persiguió, ni se les desarmó debidamente.

Luego vinieron los decretos de manos muertas y extinción de comunidades, que necesariamente debían prolongar la guerra.

Guasca fue el principal centro donde se organizaron guerrillas que tomaron ya, como debía suceder, un carácter más

religionario. En un movimiento de las tropas liberales hacia el Norte, las guerrillas aparecieron en la capital y obligaron a la poca guarnición que había quedado, a encerrarse en los cuarteles donde resistieron la acometida de las guerrillas.

A Subachoque llegó la noticia de que estaba tomada la capital, y en el mismo día nos reunimos cuarenta hombres y marchamos a Funza, donde llegamos a las siete de la noche, supimos que el general Mosquera, con su tropa, había entrado a la ciudad a las tres de la tarde y que los *guascas* se habían retirado. Al otro día seguí solo para Bogotá, y mis compañeros se devolvieron para sus casas. Muy temprano llegué a la ciudad y presencié con pena y desagrado la lentitud de los movimientos en persecución de los guerrilleros que se habían retirado de la ciudad, con calma y a la vista del ejército, que hasta el día siguiente por la tarde se movió a alcanzarlos.

Muchísimos hechos de inercia en los movimientos militares y pérdidas de ocasiones propicias fueron dando valor grande y una profunda importancia a la contestación que un día en “Santa Bárbara”, me dio el general Mosquera. No recuerdo qué movimiento nos decía el general que iba a ejecutar, a lo cual le observé: —“Señor, eso prolonga la guerra. —*Ese es mi oficio*, me replicó secamente”.

Triste, tristísimo es llegarse uno a persuadir íntimamente de que su patria está constantemente fluctuando entre la anarquía, el cesarismo y la teocracia.

En este tiempo fui llamado por el señor doctor Rojas Garrido para que me hiciera cargo del destino de gobernador de la capital, a lo cual me excusé terminantemente, y aproveché la ocasión de manifestar al señor Rojas Garrido el inmenso peligro que corría el parque en Facatativá, para que cuanto antes lo hiciera traer a la capital. También fui llamado por los secretarios para que tomara posesión del empleo de Administrador general de los bienes de manos muertas. Cuando me presenté al llamamiento, ya me tenían en casa de mi familia varios expedientes de reclamos contra los embargos de algunas de las propiedades de manos muertas. Más fácil me habría sido admitir una prisión que aquel destino, no porque fuera adverso a la desamortización de manos muertas; nada de esto, sino porque no quería dar ocasión a que se sospechara de mi desinterés y

probidad; pues sabía más que otro cualquiera, que me faltaban los conocimientos y aptitudes para desempeñar debidamente aquel destino que me parecía de mucha importancia y responsabilidad. Las circunstancias en que se me daba este destino, cuando había sufrido pérdidas de consideración en mis cortos intereses, cuando después de cinco meses aún continuaba mi casa de hospital y yo de huésped en casa ajena, y cuando se me proponía que yo mismo me señalara el sueldo; todo esto no dejaba de ser un tanto tentador, pero que la soberbia que me ha dominado siempre me hizo renunciar en el acto aquel destino que me creía incapaz para desempeñar con lucidez, y que me ponía a merced de la maledicencia.

Volví pues a mis tareas de agricultor; pero no tardaron mucho en venir sobre la capital las tropas que capitaneaba el general Canal y en levantarse guerrillas religionarias en varios pueblos, alentadas con exageradas noticias falsas. Convidé a mis copartidarios a que marcháramos a Bogotá a ayudar a sostener nuestra bandera; pero no hubo uno solo que quisiera acompañarme.

A mi paso por Funza llegué donde el gobernador, señor Justo Briceño, con el objeto de apurarlo, pues era muy fácil le atajaran el paso para la capital. Seguí y me incorporé en la fuerza que resistió en San Agustín, y pasando este peligro volví a mis ocupaciones.

Más tarde fui electo diputado a la Asamblea que debía reconstituir el Estado de Cundinamarca. En aquella Asamblea cayó del todo la venda de mis ilusiones. El gobierno estuvo muy distante de hacer para los gobernados lo que les había ofrecido. Los diputados éramos todos de la comunión liberal, y sin embargo, no habiéndose admitido mi renuncia, me separé de hecho de la Asamblea. A pesar de este procedimiento, violento por mi parte, volví a ser diputado suplente. El nuevo gobernador, general Santos Gutiérrez, me llamó con instancia a que entrara como suplente a la Asamblea, que se había reunido en Zipaquirá. Me presenté al Gobernador, y este me dijo los precisos objetos que tenía en esta Asamblea, y que por eso me llamaba; pues se trataba de la incorporación, de Bogotá en el Estado y de la creación de contribuciones para atender al aumento de gastos que tenía el Estado. Yo repliqué al Gobernador: —“¿Tiene usted mayoría en la Asamblea? —No; pero con usted quedamos en la

misma proporción que estaba la Constituyente. —Entonces, señor, la cuestión incorporación de Bogotá en el Estado está perdida; esto solo sería cuestión de mayoría, pues la experiencia me dice que esta lucha es tiempo perdido. En cuanto a las contribuciones indirectas, soy el diputado más adverso a ellas, y no admito nada que no sea el impuesto directo. De suerte, señor, que nada gana usted con mi venida a la Asamblea”.

Al día siguiente sorprendí a mi familia presentándome a almorzar con ella; y yo, desde aquella época, quedé borrado para siempre de las listas de candidatos, sin que esto haya bastado a hacerme indiferente en las cuestiones políticas que atañen a la independencia, a la República y a la libertad.

En las cuestiones de impuestos, tanto civiles como religiosas, he defendido sin descanso la igualdad y la justicia en ellas; he defendido al pobre y al débil; he estado contra los privilegios del rico y del fuerte, sin haberme rebajado a lisonjear las malas pasiones del pueblo, o alentarle en las injustas y criminales pretensiones de éste.

Vino nuevamente el general Mosquera a regir los destinos de la patria, y apareció el 29 de abril a echar por tierra la República con el apoyo de todos los que intentan destruir la libertad para sojuzgar a los pueblos, lisonjeando así a la teocracia para llamarla en apoyo de sus miras.

Tras el 29 de abril vino el 23 de mayo que detuvo al dictador Mosquera en su carrera de tal; pero que al propio tiempo volvió a dividir al partido liberal, división que aprovechó al instante el partido conservador, apoderándose del Estado del Tolima y luego dándole al Estado de Cundinamarca un gobernador de la escuela conservadora. Por mi parte tenía simpatías por la persona del señor Gutiérrez V., que era el gobernador, pues era un hombre ilustrado, de juicio y de experiencia, del que debía esperarse moderación en sus procedimientos. Sus primeras providencias en materia rentística me engañaron, porque me parecieron juiciosas, y en mi distrito las apoyé con el ejemplo. Como me tocó formar el cuadro de la riqueza de aquel distrito (Subachoque), conforme a las indicaciones prevenidas en el decreto en ejecución de una ley sobre la materia, me esmeré hasta donde me fue posible, consultando, no solo la letra de las prevenciones del decreto, sino también el espíritu de la ley.

Desgraciadamente me equivoqué, pues el señor Gutiérrez estaba dominado por un círculo ambicioso, de esos que en la política no buscan más que el interés personal. El señor Gutiérrez se quitó la máscara y se rebeló contra la Constitución y leyes del Estado, que había prometido sostener, y empezó sin embozo sus preparativos para derrocar el gobierno nacional. Entonces, desde mi retiro, le dirigí por la prensa al señor Gutiérrez una carta amistosa hasta cierto punto y patriótica en el todo, en la que con moderación le manifestaba sus errores políticos, y le indicaba los medios de repararlos, so pena de exponerse a una triste caída, si persistía en su conducta maliciosa. Apenas habían pasado cuatro días de la publicación de mi carta, cuando se cumplieron a la letra mis vaticinios al señor Gutiérrez.

El partido liberal continuó en el poder; pero la buena fe y el patriotismo se menguaban en el mismo partido, tanto en los que gobernaban como en los que quería ser gobernantes. En cada elección aparecía más corrupción y mayores excesos en ambas fracciones, y el partido conservador se iba aprovechando de esta división y aumentando sus preparativos para hacer sucumbir a sus adversarios.

Una fatalidad vino a colmar la división en las filas liberales. En la elección de Presidente de la Unión, muchos de los que habían tenido destinos y que por razón de la alternabilidad o por otras causas, ya no eran empleados, buscaban en esta elección el camino para volver a los empleos, y creyeron que el único medio era importar un candidato del extranjero, y para esto ocurrieron al señor Rafael Núñez, que, aunque era muy distinguido por sus talentos, no lo recomendaba su larga ausencia de la patria, pues no se supo cómo ni cuándo se había verificado esta ausencia. Estas fatales circunstancias indujeron a muchos a rodear al candidato que algunos suponían era oficial, pues todavía les parecía, con esta tacha, preferible al que se importaba sin títulos para merecer la Presidencia.

El calor de esta elección precipitó a ambas fracciones a excesos lamentables, de que el partido conservador supo sacar grandes ventajas para el logro de sus maquinaciones y de sus designios. Una de estas fracciones, compuesta de los más ambiciosos, con inaudito descaro desertó, de su bandera y formó en derredor de la conservadora, es decir, al lado de la teocracia y el *Syllabus*.

La circunstancia alarmante de aparecer la revolución conservadora con el odioso carácter de cruzada religiosa, tras la cual viene siempre la tiranía y el anonadamiento de los pueblos, no solo sacó de la inacción a muchos liberales que por razón de haber sido vencidos se encontraban retraídos, sino que se armaron y fueron a rendir su vida en defensa de la santa causa de libertad y de la razón. Rugió por fin el monstruo de la revolución, preparada de tiempo atrás solo por la ambición, y alimentada con los despropósitos y faltas del partido liberal; excitada por el fanatismo, enfurecida por un clero en su mayor parte ingrato e ignorante, esta revolución fue de un carácter más cruel que las otras que han ensangrentado a nuestra infortunada patria. Así tenía que ser, pues llevaba como elemento una gran cantidad de fanatismo religioso, y siendo este siempre el más feroz y temible enemigo de la libertad, tenía que dar sus frutos.

Gracias, un millón de gracias al Omnipotente, por no haber dado el triunfo al ultramontanismo, porque si esto hubiera sucedido, ni los mismos conservadores republicanos habrían escapado del furor religioso.

Los hombres que figuran movidos por la ambición del poder y de las riquezas, son los que precipitan a los pueblos a los abismos de la guerra y de la desolación, con pretextos más o menos criminales, más o menos disculpables; los que tienen la audacia de creerse agentes absolutos de Dios en la tierra, y con la máscara de la hipocresía se reputan defensores de la justicia divina y lanzan a las gentes ignorantes a que en nombre de la defensa del Altísimo cometan robos, incendien, ultrajen y asesinen (*). Estos hombres son todavía infinitamente más criminales, porque los males que causan a los pueblos los hacen en nombre de Dios fingiendo su defensa. Los ignorantes tienen la insensatez de persuadirse de que realmente Dios tiene necesidad de que lo defiendan, y creen por lo mismo que todo crimen es loable cuando se comete en defensa del Todo-poderoso.

Por esta soberbia, por esta insensatez, es que los religiosos de todos los tiempos y de todas las religiones, han sido siempre los más temibles, los más crueles y feroces.

(*) Las guerrillas de Occidente, levantadas en Sasaima, Nocaima, Vergara, Peñón, Supatá, etc., cometieron todos los crímenes y uno de los principales azuzadores y hasta jefes, fue un fraile tan ignorante como perverso, el que aún continúa descaradamente exitando al pueblo a seguir el mismo camino.

La revolución que acaba de pasar y que incendió toda la República al soplo envenenado de las inicuas subversiones de los Obispos de Antioquia y el Cauca, es el crimen mayor de los mil que cuenta la historia, y que demuestra una vez más la ferocidad del fanatismo religioso.

En esta revolución se palpó que el ataque fue exclusivamente dirigido contra la independencia del espíritu, contra la República y contra la libertad; en ella, a mi pesar, me fue absolutamente imposible tomar parte activa en defensa de tan caros intereses, por haber estado atacada mi esposa de una gravísima enfermedad; y precisamente en los momentos en que empezaron a levantarse las guerrillas de Occidente, me encontraron éstas anonadado a la cabecera del lecho en que mi amada compañera luchaba sin descanso con la muerte. Afortunadamente estas guerrillas no se atrevieron a bajar a la población en los cuatro primeros meses de su aparición.

La actitud imponente y decidida de los más notables vecinos del distrito los detuvo, ya la sombra benéfica de estos patriotas, mi enferma se restableció en cuatro meses algo, y ya me fue posible sacarla en guando de aquel lugar de alarma y de las continuas amenazas de guerrillas religionarias, y traerla para la capital, donde continuó sufriendo por más de un año, lo que me obligó a permanecer en la inacción. Un escuadrón y una compañía de voluntarios que esponáneamente se habían organizado en Subachoque, los sacó de allí el gobierno para atender a otros puntos donde las circunstancias lo exigían con más urgencia. A mi hijo Francisco, que estaba sirviendo en el Norte, me vi precisado a llamarlo al lado de su madre, como un medio de salvarla.

A nuestra salida para la capital ya habían tomado un incremento considerable las guerrillas que amenazaban apoderarse de Subachoque, como un punto que completaba el cerco de fuerzas puesto a la capital.

Mi hijo volvió a tomar servicio, primero con jóvenes decididos y luego con una pequeña fuerza que organizó, y con la que tuvo la fortuna de escarmentar a las numerosas partidas de religionarios feroces y sanguinarios que, con intentos depravados, atacaban la población. Uno de estos ataques se verificó a las tres de la mañana, con más de cuatrocientos hombres, que al favor de la oscuridad de la noche se internaron en la población, toma-

ron cuatro puntos fuertes, y atrincherados en ellos, a las cuatro de la mañana rompieron el fuego sobre los dos cuarteles y luego incendiaron la escuela y dos casas más. Después de cuatro horas de combate fueron derrotados completamente en distintas direcciones. Sin embargo de esto, no por eso dejaban de asaltar las casas y los campos a deshoras de la noche, aprisionar y ultrajar a sus moradores, robándoles lo que les encontraban. En efecto, la casa de un señor Nova fue sorprendida en dos noches, y en la segunda, después que ya le habían robado unas cinco mulas que tenía, le mataron a un cuñado que era inválido; apalearon a la mujer y le robaron lo que había en la casa. En otro asalto bajaron a mi casa, rompieron una chapa y se robaron unos rejos, y del ganado se llevaron las dos terceras partes del mejor.

Vencida esta terrible revolución, que tanta desolación trajo a la patria, el partido liberal, con su acostumbrada generosidad y con muy raras e indispensables excepciones, concedió amnistía a los comprometidos en ella. Exceptuó de este indulto a los que habían cometido crímenes bárbaros e inciviles contra el derecho de la guerra, Y sin embargo de haber descubierto a muchos de estos responsables, según me ha dicho, no se ha castigado a ninguno. Mas sí es cierto que han aumentado su fortuna los caballeros que creen que la religión y la moral les enseña que es lícito vender la justicia y comprar el crimen.

Terminada la revolución, los vencidos no entregaron todo el armamento como lo ofrecieron, y olvidaron, sin agradecer el perdón, lo que su partido, en calidad de gobierno legítimo, hizo el año de 40 con los liberales vencidos: que se les fusiló, desterró y persiguió sin descanso. Olvidaron también lo que luego, el año de 52, hicieron los liberales con ellos, indultándolos a todos.

Como muestra de la ingratitud salió *El Mochuelo*, y como *ave fatídica* —*ave de las tinieblas*— con graznidos destemplados vomitó insultos y calumnias. Allí se exhibió el poeta del tradicionalismo, y en versos encumbrados, apuró toda la ofensa ultrajante y calumniosa que halló en el idioma para denigrar a los que lo habían vencido y perdonado *generosamente*, mostrando al mundo, con este acto de ingratitud, el fondo de su alma.

Llegó el tiempo de la elección del que debía suceder al digno Presidente doctor Aquileo Parra, quien con su energía y tino había salvado la patria. ¿En quién otro habían de pensar los

defensores de la independencia de la República y de la libertad que en el compatriota que con más lucidez había secundado los esfuerzos del primer Jefe del Gobierno, el que más se había distinguido por sus sacrificios y acierto entre los caudillos que salvaron la nave de la patria del horrible naufragio que amenazó sepultarla en el abismo de las tinieblas? En el general Trujillo, el noble campeón de la libertad; y por él, solo por él, votó todo el partido liberal.

Por mi parte este compatriota fue mi candidato desde ha mucho tiempo, cuando se disputaron la candidatura el general Mosquera y el general Salgar, pues hice un viaje a la capital con el fin de presentarlo como tercero en discordia, cosa que el señor Justo Briceño debe recordar.

Luego que el general Trujillo fue electo por todo el partido liberal, se le anticipó una *camarilla*, representada por un círculo de hombres apasionados, atribuyéndose ella sola la elección y atemorizándolo hasta el punto de hacerle creer, según parece, que ella es a la única que debe atender y escuchar aun en la actualidad. En esta *camarilla*, que tiene la singularidad de haberse bautizado a sí misma y la originalidad de haberse creado antes que existiera el poder que debía encabezarla, se encuentra el pérfido, el ingrato que más influyó en la caída del general Obando, y que al efecto se le han cogido ya muchas puntadas de traición a la causa liberal.

Disfrazada con el pomposo título de la *voz de Colombia* ha vuelto la noble *camarilla*. En su nueva fisonomía moral se le encuentra un no sé qué de *mochuelo*. Como para que no quede la menor duda de que el Presidente lo hizo ella, y que por tanto le pertenece, nos lo presenta en el frontis rodeado de adornos, como suelen aparecer los carteles de teatro.

Tal vez estas justas apreciaciones pueden ofender la natural modestia y sencillez del general republicano, liberal y demócrata, y es muy probable que en el fondo no esté muy avenido con la *camarilla*, que tanto se esfuerza en separarlo de la mayoría verdaderamente liberal.

Entre los nuevos periódicos que lo defienden se encuentra el mismo energúmeno que parece se empeña en abrir un abismo, para que por él encuentren paso la teocracia y los verdaderos *godos*, implacables enemigos de la República.

¡Bien puede ser que yo tenga el dolor de morir viendo a mi patria sojuzgada por sus mortales enemigos; pero me anima la íntima convicción de que esto no será más que un dique momentáneo puesto a un torrente caudaloso que no hará sino aumentar la fuerza con que lo arrastrará con ímpetu sepultándolo para siempre en el olvido!

CAPITULO VI

TERMINO DE ESTA AUTOBIOGRAFIA — CONVICCIONES ADQUIRIDAS EN MAS DE CINCUENTA AÑOS DE CONSTANTE OBSERVACION

He terminado, a grandes rasgos, la historia de mi vida hasta hoy que cuento setenta años; por ella se verá que he seguido constantemente por la senda que me indicó mi ilustre padre, quien murió por la independencia y la libertad de la patria.

Mi instrucción la recibí de la que se daba a principios del siglo en las escuelas primarias: leer con sonsonete, escribir sin ortografía y sin el más pequeño conocimiento de la gramática. De aritmética aprendí las cuatro primeras reglas, sin la teoría, y doctrina cristiana como se le enseñara a un loro. Con este saber me hice agricultor; pero no por esto he sido un egoísta indiferente a la suerte de mis compatriotas. Cuando he podido, he tomado parte en defensa de la libertad, sin que se crea que pretendo decir que he acertado siempre en el camino de su defensa; pero sí puedo asegurar que mi decisión ha sido de buena fe, y no para ejercer venganza, ni menos para buscar lucro. En las luchas en que he tomado parte, luego que han terminado, he vuelto a mis ocupaciones de campo.

Mi poca lectura, mis relaciones con amigos ilustrados, mi constante observación de los hechos y resultado de ellos, el estudio del hombre, la práctica en la vida y lo que he experimentado en ella, y quién sabe cuánto más, me han dado las íntimas convicciones que hoy me dominan, las cuales me parece que versan sobre política y religión.

En política creo que en general existe buena y mala. La buena es la que se empeña en procurar la mayor suma de bien posible a los asociados, compensando las obligaciones con los derechos. La mala política es la que solo busca el poder y las con-

veniencias para los gobernantes, procurando aumentar su fortuna y envolviendo sus obligaciones en apariencias. La política que se presenta débil y pusilánime cuando se trata de la defensa de los gobernados a quienes se les han cercenado sus derechos, y a los que con engaño se les domina, se les oprime y se les estafa su mísera fortuna. Por desgracia, la mala política impera sobre la buena: rara vez aparece un destello de buena política; y si aparece, es ofuscado pronto, por razón de que es mayor el número de los malos que el de los buenos.

Mis convicciones en materia religiosa son más profundas, más extensas, las cuales se chocan abiertamente con un poder colosal, con un poder que tiene la osadía, la pretensión y la soberbia de aspirar al absoluto dominio de la conciencia de todo el género humano, pretendiendo además hacer creer que lo hace en nombre de Dios y por su autoridad divina.

Contra este poder son más sólidas mis convicciones. Combatirlo demostrando lo absurdo, falso e imposible de que ellos sean los representantes de la divinidad de Jesucristo, siéndolo apenas de la iniquidad del romanismo; falseando, alterando y corrompiendo así las doctrinas del Redentor, ese filósofo sublime que rindió su vida en bien de sus hermanos y luchó contra la avaricia, la hipocresía y la soberbia de los sacerdotes corruptores de la doctrina verdadera de la humanidad.

Bien comprendo que estas verdades me traerán el odio implacable de todos los que tienen la insensatez de creerse fieles ministros del Altísimo, de todos los que sin creerse tales, fingen la creencia para dominar la ignorancia y vivir en la ociosidad con todas las comodidades, a expensas de los que pasan la vida trabajando sin descanso. Bien sé también que las familias que me han apreciado por mi modo de manejarme, cambiarán su estimación en odio envenenado porque ataco sus creencias; pues sin leerme con atención me juzgarán como un monstruo, a pesar de ser el mismo que apreciaban como conocido. Empero, ¿qué me importa todo esto y mucho más? Nada, absolutamente nada.

Me lanzo, pues, y voy a ver, según mis ideas, si es cierto que después de más de sesenta años de lucha y de inmensos sacrificios por el triunfo de la libertad, somos dueños de nuestra razón y podemos discurrir y pensar con nuestra cabeza y amar con nuestro corazón, libre y espontáneamente.

En mis íntimas convicciones está a la vanguardia la de que es absolutamente imposible que sea verdadera una religión que pretende en nombre de Dios gobernar en la tierra sobre bases de ambición al poder y a las riquezas; que legisla en nombre de Dios y en provecho propio; que se apodera de la justicia y de la misericordia divina para venderlas, para traficar con ellas; que acumula riquezas sin producirlas con el trabajo, y se apoya en ellas para dominar y envilecer al hombre; y en fin, la que supone que el Omnipotente no puede gobernar al universo sin delegados que lo desempeñen.

Siendo estas, poco más o menos, las pretensiones de todas las sectas que existen sobre la tierra, se deduce que, o todas son falsas, o todas son verdaderas; y como todas han abusado de su poder y son más mundanas que celestiales, hay que convenir en que el carácter que les es más propio es el de la falsedad.

Las sectas, que traen su origen de la doctrina de Jesucristo, están muy en peligro de parecer falsas, por cuanto se presentan en entera contradicción con las doctrinas del Sublime Maestro.

En apoyo de esta convicción, puedo servirme de la estadística de las riquezas que poseen en el Norte los sectarios que allí existen. Esta estadística fue presentada por el obispo de Santa Marta en una representación al congreso en uno de estos años. De ella aparece que entre las doce sectas que registra poseen trescientos treinta y cinco millones doscientos mil pesos. Y es de notarse que las sectas que proceden del cristianismo son las que tienen más riqueza.

Otra de mis convicciones es la de que en las repúblicas hispano-americanas es absolutamente imposible establecer un gobierno liberal independiente mientras haya en ellas una religión dependiente de la romana. A la verdad que pensar en esto es pensar en una quimera o en lo imposible: el dominio de Roma sobre nosotros está infinitamente más fuerte, más arraigado, que lo estuvo el de *nuestro amo el Rey de España*.

Si el poder de Roma no fuera tan grande, no lo habrían buscado entre nosotros todos los que traicionando la libertad han pretendido dominar la república. Todos los teócratas, al dar

principio a sus maquinaciones, han tendido la mano al claro, buscando en él su apoyo, porque saben que en tratándose de atacar la libertad, jamás se lo negarán.

En gracia de que soy un campesino, permítaseme comparar los poderes monárquico y teocrático con las empresas de la agricultura. Supongamos que un agricultor compra un terreno para cultivarlo; en este terreno hay montes y malezas, en las que abunda el helecho, etc. Destruye el monte, quema y siembra tres o cuatro veces: suspende las siembras y ya tiene un potrero con regulares pastos. Hace lo mismo con el terreno dominado por el helecho, y a cada siembra ha tenido que repetir la operación de destruirlo, y después de treinta años todavía lucha con esta planta, que ha echado profundas raíces en el estéril terreno de que se ha apoderado; y si se descuida, volverá a adueñarse del terreno, hasta el punto de que no produzca nada útil. He aquí los reyes caídos al golpe del hacha, dejando libre al pueblo para que produzca y viva.

¿Sucedec lo mismo con la teocracia? No; ella ha echado profundas raíces en el pueblo ignorante, y será muy difícil librarlo del dominio del manto negro. Para librar al terreno del helecho, es preciso establecer en él corrales de ganado por mucho tiempo; es preciso mucho abono para librar al pueblo de la tiranía que lo aniquila y envilece; es preciso mucha escuela, mucha instrucción, mucho abono intelectual.

Las repúblicas suramericanas tienen en su seno una religión dominante, y cuando esta trae ministros delegados del Altísimo con facultad de legislar en su nombre, de organizar su gobierno y de llevarlo en el bolsillo para hacerlo beneficioso a sus intereses, entonces no queda medio de salvación: o el gobierno político se somete a los delegados del Altísimo, o se une con ellos para sojuzgar y extorsionar a los pueblos, o sostiene lucha permanente de poder a poder, sin que esta lucha pueda tener término por otro medio que no sea el sometimiento absoluto, sin restricción alguna, de una de las partes contendoras.

Tal es la suerte que les ha tocado a las repúblicas suramericanas; tanto más difícil, complicada y violenta, cuanto que el jefe de esta teocracia se encuentra a una inmensa distancia; es vitalicio y está investido con la *infalibilidad*. Con esto solo, sin entrar en otras muchas consideraciones, ¿será posible que estas

repúblicas puedan establecer un gobierno verdaderamente liberal, que impida la astucia con que en nombre de Dios se tiraniza, se corrompe y se extorsiona al pueblo? No, mil veces no. Mientras la América española no se emancipe de la corrompida Roma, es preciso que pierda toda esperanza de una paz estable, y debe resolverse a perder todos los esfuerzos y sacrificios que ha hecho para conquistar su libertad, y de una vez se declare colonia romana.

Pasaré a exponer los puntos de mi tercera convicción.

Los fundadores de religiones, seguramente todos, lo han hecho guiados por la más sana intención en favor de la humanidad. Las infinitas desgracias que la afligen, las terribles pasiones que la dominan, la han obligado a buscar constantemente a Dios; esta imperiosa necesidad ha aguijoneado al hombre en busca de un consuelo o de un protector que le haga justicia y lo defienda de las ajenas y de las propias pasiones. Esta busca ha sido lo bastante para fundar religiones.

La sola expectativa de atenuar el rigor de las penas que los gobiernos civiles tenían que establecer para contener al hombre, disculpa la enormidad de las penas y la grandeza de las recompensas que los fundadores de religiones ofrecen en ultratumba. Las religiones se han fundado sobre el falso terreno de la ignorancia. Los materiales para levantar este edificio han sobrado en las mismas necesidades que lo han hecho necesario; pero luego que los fundadores lo han construido, los sucesores de estos lo han considerado como un castillo que con algunas reformas es una fortificación inexpugnable, desde la cual se puede someter completamente al hombre y se puede inventar todo cuanto se quiera para extorsionarlo y convertirlo en humilde rebaño. De aquí el que las religiones, fundadas en su mayor parte para adorar a un Ser superior, se hayan convertido en repugnantes y bárbaras idolatrías.

Mi cuarta convicción me hace ver la existencia de un Ser Supremo, omnipotente, omnisapiente, omnipresente. Todo lo que cercena estos atributos es en mengua de Dios: con ellos se basta a sí mismo, y con ellos gobierna el universo, sin satélites que le ayuden a administrar su justicia y a impartir su misericordia. La existencia del alma es una creencia nacida del reconocimiento de un Dios, que ha creado todo, y que ha puesto al

hombre sobre la tierra como ser superior a todos los demás objetos que sobre ella existen; es una ventaja que le confirma en el reconocimiento de un Dios; que hace lo busque y espere en El, y que hace distinga lo bueno de lo malo, y que lo consuela y alienta en el camino del bien.

En el curso de esta obrita se encuentra a cada paso razones y observaciones que apoyan y dan vigor a las consignaciones que acabo de apuntar, y todos los puntos de que ella se compone se explican, apoyan y sostienen mutuamente, como que llevan el mismo objeto y fines idénticos. En ella adopto como patria a todas las repúblicas hispanoamericanas, y como compatriotas a todos los hijos de ellas.

A mi patria, es decir, a mis compatriotas, siempre deseo ver libres del ominoso yugo de la curia romana. Yo no veré realizado mi deseo, pero moriré con la firme esperanza de que se realizará, no muy tarde, si el clero americano no insiste en la senda que lleva.

La excomunión me vendrá tan pronto como se publique esta obrita, pues hace cincuenta años que yo mismo, por mi propia voluntad, me he separado de una comunión que está abiertamente contra la razón y la justicia, y que, en nombre de Dios, ha esclavizado a los pueblos y sojuzgado a los gobiernos; que con una doctrina de desprendimiento y de paz se ha apoderado de la tierra y la ha anegado en sangre; menos he querido pertenecer a una comunión que vive en el descanso y las comodidades a expensas del pobre que vive del sudor de su frente. Estas convicciones no me dejan temer en la excomunión, pues la realidad de esta implicaría injusticia en el Creador.

Pertenezco, pues, a la comunión de los hombres que viven del trabajo; que hacen esfuerzos para dominar sus pasiones y cumplir sus deberes, para apartarse de los vicios y ser útiles a su patria y al prójimo, rindiendo con estos esfuerzos, culto y homenaje al Ser Supremo.

Si el Omnipotente quiere salvar gran parte de sus criaturas predilectas, escogiendo a las buenas, a las virtuosas, a las que han trabajado por el bien de la humanidad, secundando sus miras; entonces la cosecha será abundante, porque en todas las naciones y en todas las religiones del mundo, aún entre las más

bárbaras, se encuentran de estos hombres; pero si solo ha de salvar a los que profesan determinada religión o secta, y entre estos solo a los que tienen tales o cuales condiciones, entonces perdería casi la totalidad de sus criaturas.

Si suponemos que solo en el cristianismo se encuentra la salvación, quedarían, pues, con este solo hecho, excluidas de la bienaventuranza, por lo menos las cuatro quintas partes del género humano. Ahora, si solo son cristianos los que cumplen con la doctrina enseñada por Jesucristo, ¿a qué viene, pues, a reducirse el número de los que se han de salvar? Puede casi asegurarse que a cero.

La doctrina que predicó Jesucristo la ha adulterado Roma, falseándola, adicionándola y corrompiéndola hasta el punto de querer hacer creer que se cerrarán las puertas del cielo al que deba a la Santa Madre Iglesia aunque sea solo dos reales.

¡No sería aventurado asegurar que es en la religión romana, tal como se enseña, donde se encuentran más ateos, más hipócritas, más hombres dignos de reprobación!

¡Mucho aventuró Jesucristo cuando dejó en manos del hombre la administración de su justicia y las puertas del cielo! Se puede decir que hizo un gran disparate, que ha quitado al Omnipotente mucho de su poder para dejárselo a Satanás, que le arrebató sus hijos y le anuló el sacrificio de su hijo primogénito, que tenía por principal objeto la salvación del hombre, librándolo del poder del demonio.